

César de Vicente Hernando

LA REVOLUCIÓN DE 1918-1919

Alemania y el socialismo radical



César de Vicente Hernando

LA REVOLUCIÓN DE 1918-1919

Alemania y el socialismo radical



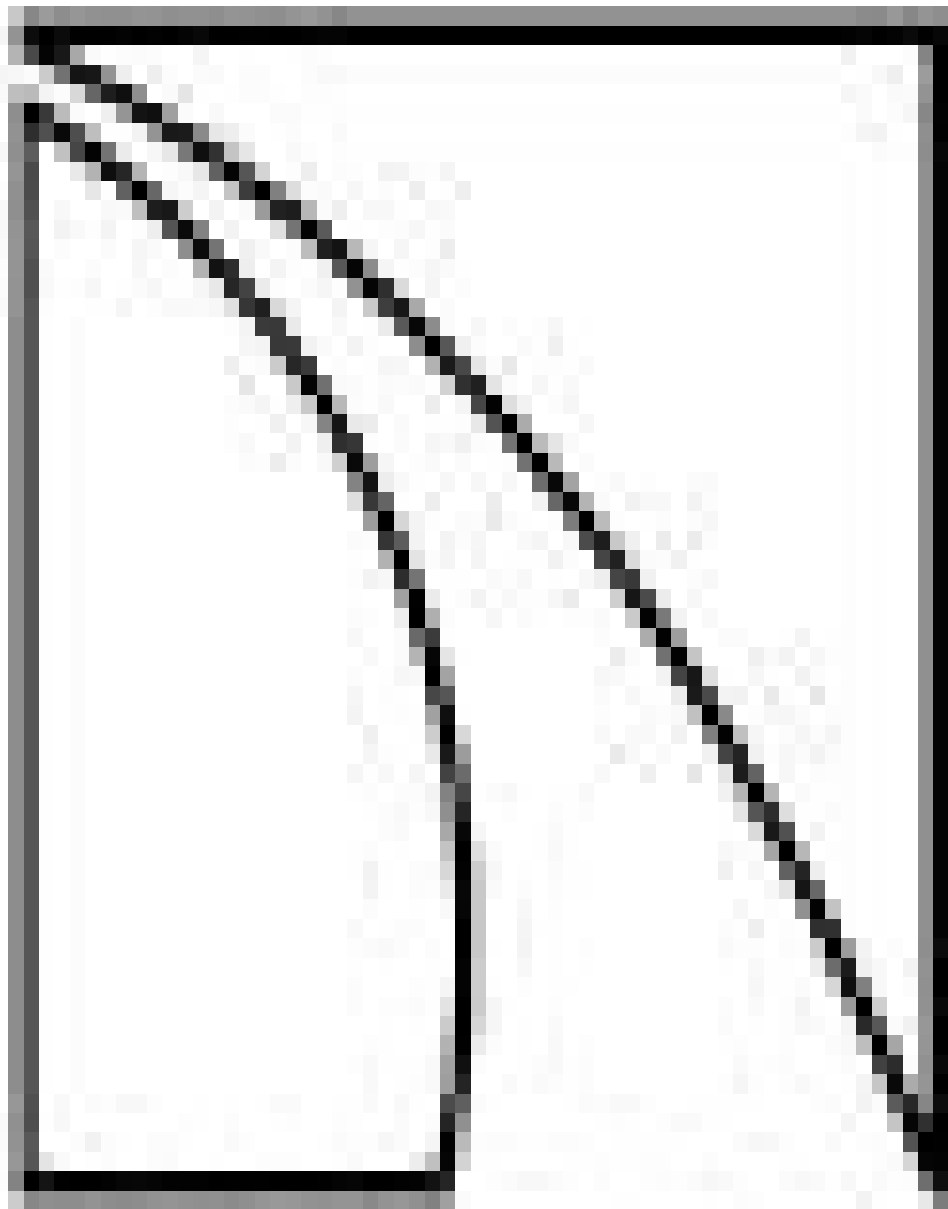
César de Vicente Hernando

Coordinador del Centro de Documentación Crítica. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor invitado en el máster Literaturas Hispánicas: Arte, Historia y Sociedad (Universidad Autónoma de Madrid) y profesor de “Teoría y práctica del teatro político” en la Universidad Complutense de Madrid. Es autor de los ensayos Günther Anders, fragmentos de mundo (2011) La escena constituyente. Teoría y práctica del teatro político (2013) y de La dramaturgia política. Poéticas del Teatro Político (2018). Coordinó en 1996 las jornadas sobre Peter Weiss en el Goethe Institut de Madrid y dirigió en 2009 la exposición “La amenaza atómica” en la Sala Youkali, de la que fue coordinador desde 2003 hasta 2013.

César de Vicente Hernando

La revolución de 1918-1919

Alemania y el socialismo radical



CATARATA

estudios socioculturales

Diseño de cubierta: Marta Rodríguez Panizo

fotografía de cubierta: Bundesarchiv, Bild 183-18430-0001, Zentralbild
Revolution 1918 in Deutschland. Demonstration auf dem Domplatz in
Magdeburg, eine der gewaltigsten Kundgebungen, die diese Stadt je erlebte. 8.
November 1918

© César de Vicente Hernando, 2018

© Los libros de la Catarata, 2018

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

La revolución de 1918-1919.

Alemania y el socialismo radical

ISBN: 978-84-9097-478-0

e-ISBN: 978-84-9097-530-5

Depósito legal: M-24.548-2018

IBIC: HBJD/HBTV/1DFG

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

INTRODUCCIÓN

La coyuntura revolucionaria de 1918-1919, es decir, el periodo histórico en el que fue posible una nueva articulación de las estructuras sociales, se cerró con la destrucción en Alemania de todas las tentativas de constitución de una república socialista. El ciclo abierto por la revolución mexicana de 1909 y por la revolución rusa de 1917 terminó cuando los proyectos de transformación radical fracasaron en el resto de países a lo largo de la década de los años veinte y treinta (Hungría, Polonia, España, etc.). Se iniciaba así el proceso denominado el socialismo en un solo país, que configuraría otro orden social alternativo al capitalismo, pero muy lejos del proyecto comunista sobre el que se había escrito y por el que se había luchado durante el siglo XIX.

La llamada Revolución alemana supuso el hundimiento del Estado monárquico militar que se había formado bajo el dominio de Prusia tras la expulsión de las tropas napoleónicas en 1814 y, fundamentalmente, desde la nueva organización nacional que impulsó el canciller Otto von Bismarck en 1871, durante el reinado de Guillermo I. En 1914, este Segundo Imperio había tratado de afianzarse como una sólida potencia mundial que extendió su territorio hacia el este de Francia y Rusia con el objetivo de dominar las materias primas necesarias para la industria alemana, al mismo tiempo que consolidaba el poder de su aparato militar.

La derrota en la Gran Guerra (1914-1918) favoreció que Alemania transformara en parte su estructura política para fundarse como un nuevo Estado regido por el organicismo parlamentarista liberal: la llamada República de Weimar, que recogía las demandas de las distintas burguesías y de buena parte de las clases subalternas, sustanciadas durante las revoluciones de 1830 y 1848. Sin embargo, impulsado por un siglo de luchas sociales, económicas y políticas, se había conformado al mismo tiempo un proyecto socialista que había encabezado la oposición a la guerra, al hambre y a la miseria derivadas, en buena medida, de la misma, que había sido duramente reprimido y que ahora exigía una República de Consejos. Es por esto por lo que puede decirse que la Revolución alemana fue, en realidad, una diversidad de revoluciones configuradas en torno a dos poderes, el sostenido por el Partido Socialdemócrata de Alemania (Sozialdemokratische Partei Deutschlands, SPD) y el encabezado por diferentes grupos radicales como los espartaquistas, que conformaron el Partido Comunista de Alemania

(Kommunistische Partei Deutschlands, KPD). Como Marx sabía, “entre dos poderes iguales, decide la fuerza” y, en efecto, eso es lo que sucedió entre noviembre de 1918 y mayo de 1919.

La existencia de estos dos poderes se ejemplifica bien en el hecho de que la república fuera dos veces proclamada el 9 de noviembre de 1918: una república burguesa, desde el balcón del Parlamento (Reichstag), por el socialdemócrata Philipp Scheidemann; y una república socialista, desde el Palacio Imperial, por el comunista Karl Liebknecht. Esta es, precisamente, la especificidad del momento histórico, lo que señala la crisis de articulación política, económica y social de todo un país.

Paradójicamente, al menos en lo que concierne a sus siglas, el SPD estuvo al frente de la represión y la destrucción de todos los intentos de construcción de una democracia socialista en la Alemania posterior al final de la guerra mundial. Si en la ciudad prusiana de Kiel lo hizo a través del dominio ideológico y de una acción policial que trataba las manifestaciones y revueltas como desórdenes públicos, en Múnich se sirvió de los Freikorps (o cuerpos militares de voluntarios) y del ejército regular para aniquilar a la joven República Socialista Soviética de Baviera. En su afán por instaurar un orden democrático burgués y estabilizar un funcionamiento reformista del capitalismo, el SPD se alió con la derecha moderada, el Partido de Centro o Zentrum (Deutsche Zentrumspartei) y el Partido Democrático Alemán (Deutsche Demokratische Partei, DDP), con quienes poco tiempo después formó coalición en las elecciones de enero de 1919. También pactó con Wilhelm Groener, adjunto al jefe del Estado Mayor, la autonomía del Ejército y, por tanto, su no sometimiento a los consejos de soldados, así como la defensa de la república burguesa contra la revolución socialista. En enero de 1919, Romain Rolland escribía un artículo en *L’Avenir international* en el que señalaba que “los Scheidemann y los Ebert son, aunque les pese, prisioneros de la reacción; están encajados ya dentro de las fuerzas conservadoras a las que han recurrido contra sus hermanos enemigos”, y en el que terminaba diciendo que “el régimen que se va a instalar en Alemania será el de una burguesía capitalista y militar o el de una dictadura con un hombre fuerte” (Rolland, apud Badia, 1971, vol. 1: 13).

Resulta complejo caracterizar e incluso delimitar el periodo histórico de lo que llamamos Revolución alemana. Para muchos historiadores, como Pierre Broué, Eberhard Kolb o Chris Harman, este periodo debe ampliarse hasta 1923, fecha en la cual son sofocadas las insurrecciones izquierdistas en Sajonia, Turinga y

Hamburgo, al mismo tiempo que se inicia la contrarrevolución impulsada por el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP) y su milicia, los “camisas pardas”. Sin embargo, seguimos aquí los criterios que se utilizan en la Historia ilustrada de la Revolución alemana (Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution) (1929), una de las más amplias y completas crónicas y análisis de esta revolución. Quienes consideran que el periodo debe cerrarse en 1919 son, entre otros, Gilbert Badia (que constituye la guía central de este libro), Reinhard Kühnl y los testigos Larissa Reissner y Sebastian Haffner, para quien lo fundamental de la situación histórica de 1918-1919 fue la posibilidad de cambiar la historia si el SPD hubiera dirigido la revolución en vez de sofocarla, como sucedió.

Por descontado, esta potencia constituyente que aparece en este periodo histórico, resultado de una progresiva agudización de la cuestión social (la miserable situación de la clase obrera) y el antagonismo de clase, se abre camino en varios países y territorios, lo que demuestra que por encima de las historias nacionales, determinándolas, están los procesos mundiales (como pensaban los espartaquistas), y que las concepciones sobre el progreso social requieren un marco más amplio que el que suele utilizarse¹. La concreción sirve aquí para comprender las diferentes fuerzas sociales que modifican los acontecimientos y la estructura de los mismos.

La crisis de régimen político inauguró toda una serie de debates en torno al constitucionalismo, a la defensa del Estado o su liquidación, sobre la organización social, acerca de la cuestión de la legalidad y la legitimidad, así como a asuntos fundamentales como la soberanía, el concepto de nación o el derecho de propiedad de lo común. La crisis de sistema económico (deuda, pagos de reparaciones de guerra, etc., como fue estudiada por Rosa Luxemburg) significó la progresiva introducción del reformismo y el consenso, así como de la comprensión del imperialismo como dispositivo de dominación y de expansión del capital. La crisis ideológica marcó la desconfianza por la teleología burguesa del progreso y la conquista de la razón que se había perdido oculta por el fango y la sangre de los frentes de guerra.

La Revolución alemana fue saludada como la continuación del proceso de transformación social radical que se había iniciado en la Rusia revolucionaria un año antes. Se esperaba de Alemania, un país industrializado, con una fuerte y amplia organización obrera, que fuera la locomotora de la revolución socialista mundial, a la que seguirían las clases trabajadoras de otros países y territorios. Y,

sin embargo, no lo fue.

En noviembre de 1918 se proclamaba en Berlín la república, pero los acontecimientos que siguieron no se entienden sin prestar atención, en primer lugar, a la naturaleza política e ideológica de las estructuras de poder y de los bloques hegemónicos que se configuraron décadas antes; tampoco sin tener presentes las estructuras antagónicas y los conflictos internos que se desarrollaron en su interior. Esto es lo que se presenta en el capítulo 1.

Igualmente, es necesario analizar la coyuntura específica que caracteriza el periodo que va desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta la caída de la República Socialista de Baviera, algo que abordamos en el capítulo 2. En el capítulo 3 se elabora una exposición de los hechos más relevantes sucedidos en los distintos estados alemanes. La descripción e interpretación del proceso constituyente que supusieron las revoluciones rojas alemanas son abordadas, en los ejemplos más significativos del arte, el teatro, la música y la filosofía, en el capítulo 4.

Este libro² hace suya la tesis de Walter Benjamin de que:

El sujeto del conocimiento histórico es la misma clase oprimida que lucha. En Marx aparece como la última clase esclavizada, la vengadora, que lleva hasta el final la que es la obra de la liberación en nombre de generaciones de vencidos. Esta conciencia, que, por breve tiempo, una vez más cobró vigencia en Espartaco, ha sido desde siempre escandalosa para la concepción socialdemócrata. En el curso de tres largos decenios casi consiguió borrar el nombre de un hombre como Blanqui, cuyo bronceo timbre hizo temblar al siglo precedente. Y se ha complacido en asignarle a la clase obrera el papel de mera redentora de generaciones futuras. Con ello cortó el tendón donde se apoya la mejor de las fuerzas. Ahí, en esa escuela, la clase desaprende por igual el odio y la voluntad de sacrificio. Porque ambas se nutren de la imagen fiel de los ancestros que habían sido esclavizados, y no del ideal de los liberados descendientes (Benjamin, 2008: 313).

Antes de ser asesinada, Rosa Luxemburg tituló su último artículo “El orden reina en Berlín” (“Die Ordnung herrscht in Berlin”), en donde se hacía eco de las

proclamas triunfales que hacía la prensa socialdemócrata en enero de 1919. Después, podrían haber escrito esos periódicos, “el orden también reina en Múnich”, tras la caída de la República Socialista de Baviera. Sin embargo, su artículo terminaba con una advertencia: “‘¡El orden reina en Berlín!’... ¡Ah! ¡Estúpidos e insensatos verdugos! No os dais cuenta de que vuestro ‘orden’ está levantado sobre la arena. La revolución se erguirá mañana con su victoria y el terror se pintará en vuestros rostros al oírle anunciar con todas sus trompetas: ¡era, soy y seré!” (Luxemburg, 1971: 76). Pues bien, aunque la Revolución alemana concluyó, la historia continúa.

Capítulo 1

¿Qué era Alemania antes de 1918?

Y que maldita nuestra patria sea,/nuestra patria alemana, donde el cielo/cubre tan solo oprobio, mal e infamias;/donde, al abrir sus pétalos al viento,/se marchita la flor, y solo viven/la traición, el engaño, el vilipendio./ ¡Tejemos! ¡Tejemos!

La lanzadera vuela, el telar cruje;/días y noches sin cesar tejemos./Vieja Alemania, tu sudario helado/ya tejen en la sombra nuestros dedos,/y mezclan nuestros labios al tejido,/la maldición y cólera los ecos./¡Tejemos! ¡Tejemos!

Heinrich Heine

Cuando se inició la Primera Guerra Mundial, Alemania era una unión de veinticinco estados jurídicamente autónomos, pero, de hecho, dominados por uno de ellos, Prusia, que ocupaba dos tercios de su territorio y tenía más de la mitad de su población. La diversa naturaleza política de cada uno de estos estados, ciudades libres (como Hamburgo), ducados (como el de Baden), reinos (como el de Baviera), y el diferente desarrollo histórico de los mismos explica en buena medida el lugar que ocuparon y el papel que desempeñaron en los acontecimientos revolucionarios de 1918.

Un aspecto fundamental para comprender cómo fue posible que se produjera el proceso revolucionario que se abrió en ese año es el hecho de que la conformación política moderna de Alemania tuvo lugar, en buena medida, gracias a la supresión del Sacro Imperio Romano Germánico y a la nueva reorganización administrativa y judicial que se hizo durante la ocupación francesa, así como a la consecución de los derechos y libertades civiles durante la misma. Bajo el dominio napoleónico se abolió la servidumbre y las relaciones sociales feudales:

Bajo la dominación francesa, los nobles perdieron en Renania sus derechos feudales, y no pocas propiedades, junto con las eclesiásticas, pasaron a poder de los campesinos. Es de notar que las libertades políticas decretadas aquí

establecían un violento contraste entre el sur de Alemania, en plena revolución, regido por un código y un sistema administrativo franceses, y el norte, aún estancado en la servidumbre. Prusia no podía sustraerse ya a la influencia de la revolución propagada por Bonaparte. Después del desastre de Jena, Federico Guillermo III comprendió que urgía introducir grandes cambios en su reino, y designó primer ministro al barón Heinrich von und Stein, al parecer de acuerdo con Napoleón.

Stein había estado preconizando reformas desde mucho tiempo antes, pero no se le escuchó. Cinco días después de llegar al poder, el 9 de octubre de 1807, Stein lanzó el edicto de emancipación, por el cual quedaba abolida la servidumbre en Prusia. Derogó las leyes que prohibían que la tierra pasara de una clase de propietarios a otra y, en consecuencia, se permitió a los junkers vender lo que quisieran de sus dominios, y a las clases medias que disponían de recursos para cultivarlas, comprar la tierra. Por virtud del mismo edicto fueron arrumbadas las leyes que vinculaban el desempeño de ciertos empleos en determinadas clases sociales.

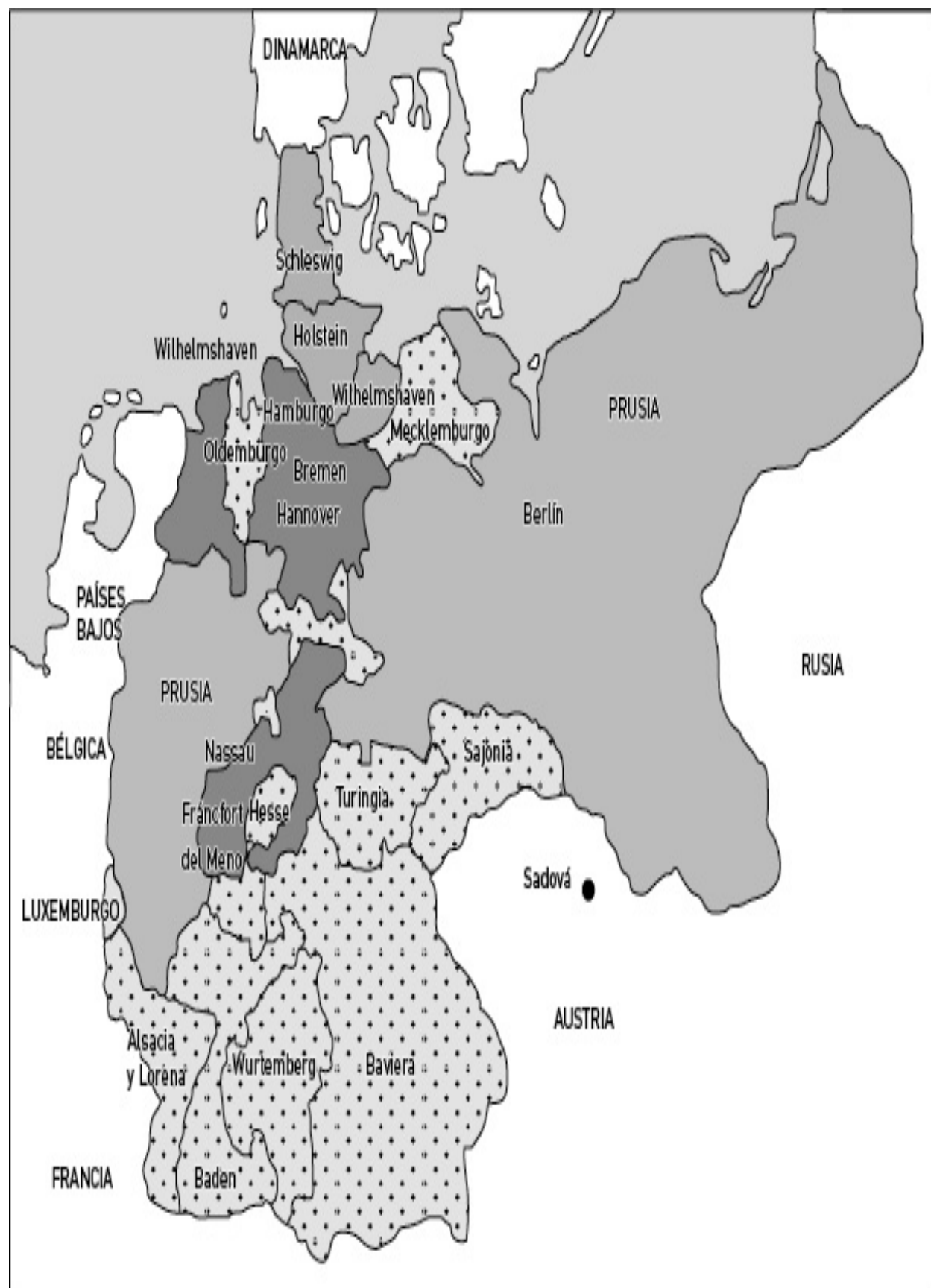
Además, las ciudades se emanciparon de la tutela de funcionarios especiales nombrados por la corona, ganando así cierta autonomía. En los distritos rurales de Prusia el Gobierno estaba en manos de las cortes feudales de los junkers, y Stein pensaba llevar esas reformas hasta ellos.

A despecho del rejuego de avances y retrocesos en el dominio de la legislación innovadora, en final de cuentas, entre 1810 y 1815 se produjeron en Alemania cambios sociales de gran alcance. Sobre los citados, menester es citar la introducción en Prusia de la libertad de industria, impuesta, de una parte, por la presión de la burguesía, clase que, bien que no tan fuerte como en Francia, pedía ya ser tenida en cuenta por el Estado; y de otra parte, por la precaria situación financiera del erario público, deseoso de aumentar sus ingresos fiscales (Ramos-Oliveira, 1995: 200-202).

Numerosas unidades políticas, de entre las ciento doce que existían entre estados, ducados, ciudades libres, etc., fueron eliminadas o reunificadas bajo una nueva forma.

Si bien tras la expulsión del Ejército francés (1813-1814) los antiguos poderes

implantaron una suerte de restauración absolutista, las ideas liberales, ilustradas y democráticas empezaron a extenderse por las ciudades y a tener una firme implantación entre estudiantes, burguesías progresistas y trabajadores que, sin embargo, revelaron sus limitadas fuerzas en las revoluciones de 1830 y de 1848³. Con todo, estos procesos hicieron que el pensamiento filosófico, científico y técnico tuviera un importante desarrollo que luego serviría para impulsar la industria, así como las nuevas ideas democráticas y los cambios políticos en los estados.



Mapa de la unificación Alemana. Fuente: Adaptado de VV AA (1978): Historia del mundo contemporáneo, Madrid, Bruño

A pesar de todo ello, la llamada unificación de Alemania en 1871 no se hizo bajo la forma moderna de un Estado nacional parlamentario, sino bajo el dominio de la monarquía prusiana y el aparato militar, lo que suponía que la corona imperial era hereditaria y que el poder ejecutivo residía en el emperador, que nombraba al canciller y al Gobierno. El canciller era responsable de los asuntos del Estado. La Cámara de Representantes, el Parlamento del imperio (Reichstag), funcionaba como lugar de aprobación o rechazo de las leyes propuestas, pero el acceso a la misma estuvo siempre determinado por un sufragio que limitaba el acceso a las mujeres y a los hombres que no pagaran impuestos. En cada estado había un Parlamento (Landtag), que tenía posibilidades de legislar en materia no federal⁴, y existía una Cámara territorial (Bundesrat) que servía a las relaciones entre estados, pero que, sobre todo, cumplía funciones legislativas. Es por ello por lo que la situación de los partidos reformistas y socialistas en el Parlamento fue siempre tan precaria. La unificación política no eliminó la relativa autonomía de la que se disponía en los estados y ciudades libres que la componían, lo que permitió que durante la Revolución alemana numerosas instituciones políticas (ayuntamientos, gobiernos locales, etc.) actuaran soberanamente frente a las instituciones imperiales, desligándose de sus órdenes o, en última instancia, subvirtiéndolas. Este carácter de relativa autonomía le permitió a la ciudad de Kiel, en Prusia, o a la de Múnich, capital del reino de Baviera, impulsar procesos de transformación política encaminados hacia la república, pero también limitó la expresión colectiva de esta revolución al pensarse siempre en términos locales y no nacionales.

Otro aspecto importante fue el hecho de que, hasta más allá de la mitad del siglo XIX, Alemania había sido un país retrasado económicamente, al haber sido limitadas las grandes progresiones que el capitalismo había hecho en otros territorios europeos. Ello se debía en gran parte al dominio que todavía mantenían las fuerzas aristocráticas feudalizantes, fundamentalmente los junkers, nobleza terrateniente, poseedores de grandes propiedades rurales, que obligaban a permanecer al campesinado en condiciones extremas de explotación y miseria. Era una clase influyente que ocupó hasta 1918 los lugares más importantes de la política alemana (Bismarck y Hindenburg, por ejemplo,

procedían de esta clase).

Si, como hemos indicado, todas las grandes revoluciones modernas habían sido aplastadas por el absolutismo y el militarismo prusianos, paradójicamente, desde 1871 el desarrollo del capitalismo se hizo más rápido. Así, por una parte, la jerarquización de la vida social permitía el mantenimiento del orden a través de la represión militar y, por la otra, la unificación permitía el afianzamiento del mercado interior y el impulso de políticas expansionistas en el mercado internacional. Todo ello llevó a convertir a Alemania, a comienzos del siglo XX, en la primera potencia industrial de Europa.

Para Reinhard Kühnl, el principal problema para el capitalismo alemán en esos momentos fue la contradicción entre “el gran potencial expansivo y sus estrechas posibilidades reales de expansionarse. El mundo estaba ya repartido cuando el capitalismo alemán llegó a su fase imperialista” (Kühnl, 1991: 17-18). Esta lucha competitiva de las grandes potencias capitalistas por el control de los territorios ricos en materias primas y de los mercados para la exportación está, para Kühnl, en el origen del incremento salvaje del gasto militar y del número de efectivos, del peso de los estamentos militares en la política de los grandes estados y de la exaltación de la cultura de la guerra y el nacionalismo que desembocó en la Primera Guerra Mundial.

El bloque hegemónico de poder en Alemania se había unificado también, no solo territorialmente, sino en torno a un horizonte común: el dominio sobre el funcionariado en las instituciones del Estado, del campesinado en el campo y del proletariado en las fábricas se hacía sobre bases tradicionales, según el orden de una jerarquía natural, lo que favorecía una rápida y efectiva acumulación capitalista. La seguridad que brindaba el Estado alemán a la burguesía capitalista se fundaba en el hecho de que se impedía la transformación política del país⁵, favoreciendo condiciones de “acumulación primitiva”⁶; por su parte, las posibilidades de conflicto social se limitaban debido a un complejo sistema de alianzas y consensos desarrollados por Bismarck, entre otros, con Ferdinand Lassalle, uno de los fundadores y presidente de la Asociación General de Trabajadores de Alemania (Allgemeiner Deutscher Arbeiter-Verein, ADAV), germen del SPD, que mantuvo conversaciones secretas con el canciller.

Portada de la revista satírica de tendencia socialdemócrata El verdadero Jacobo (Der Wahre Jacob)

Una gran parte de este modelo de estructura de poder que conformó Alemania hasta 1918 se basaba, por un lado, en las leyes antisocialistas que funcionaron entre 1878 y 1890, que limitaban especialmente la operatividad del movimiento obrero sindical vinculado al SPD (partido prohibido desde 1878 hasta 1890), y, por otro, en un dispositivo legislativo que trataba de solventar algunos de los graves problemas y conflictos sociales que existían: en 1883 se introdujo el seguro de enfermedad; al año siguiente, el de accidentes; en 1889, el de invalidez y vejez. Se había implementado la “integración negativa de las elites”, un consenso fundado en la solidaridad de intereses, la *Sammlungspolitik*, contra un enemigo común: el movimiento obrero y sus aspiraciones socialistas.

El Gobierno de Hohenlohe (1894-1900) favoreció esta “alianza del centeno y el acero” mediante la reunión de distintos grupos de presión entre los que estaban los intereses militares (como la Liga Naval, fundada en 1898), los intereses agrícolas (como la Liga Agraria, *Bund der Landwirte*, de los junkers, fundada en 1893) o los intereses territoriales (como la Liga Pangermánica, fundada en 1893), muchos de los cuales recibían ayuda financiera de industriales como Gustav Krupp y Ferdinand Carl von Stumm. La revolución de 1918, y su estructura de consejos, se opuso resueltamente a este poder industrial y a su concentración en unas pocas familias. Y de la misma manera que las ligas tenían su conexión directa o indirecta con los partidos políticos (la Liga Agraria con el Partido Conservador Alemán [*Deutschkonservative Partei*, DKP]), los consejos también estuvieron vinculados directa o indirectamente con el SPD, el KPD y otros grupos izquierdistas.

La Alemania anterior a 1918 había sufrido una enorme transformación en términos demográficos: había pasado de 41 millones de habitantes en 1871 hasta los 67,7 millones en 1914. Como en casi todos los países de rápida industrialización, las ciudades crecieron enormemente hasta constituirse en núcleos de una nueva cultura. Como señalaron Marx y Engels:

Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las

condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas (Marx y Engels, 2005: 159).

La consolidación de una nueva clase media favoreció el desarrollo de determinadas luchas en ámbitos distintos a los del proletariado. La estructura de clases se modifica:

Las divergencias en los historiales económicos de Gran Bretaña y Alemania eran consecuencia de las diferencias en sus estructuras de clase. Así, mientras en Gran Bretaña los intereses de industriales y terratenientes se habían ido combinando en un proceso lento y gradual, en Alemania la separación entre las distintas categorías había sido históricamente más marcada: la vieja clase hacendada de los junker seguía dominando la política prusiana a través del sistema electoral de las tres clases (no habiéndose vuelto a trazar, además, nuevas fronteras en las circunscripciones que tuvieran en cuenta la rápida urbanización, lo que favorecía en gran medida a las zonas rurales, escasamente pobladas y dominadas por los junker), y a través de Prusia, los junker dominaban el Reich. No obstante, la aparición de la sociedad industrial aumentó la desproporción entre el poder político que los junker seguían ejerciendo y su posición económica, en cierta decadencia. Había que encontrar un equilibrio entre los intereses de las elites agrarias y los de los distintos sectores industriales (que no solían coincidir, dado que algunos apoyaban políticas más proteccionistas que otros); además, el rápido crecimiento de una nueva clase obrera industrial en Alemania —víctima en parte de un cierto choque cultural en la transición desde el campo a la vida de las fábricas en las ciudades— fomentó el desarrollo de los sindicatos y del SPD (Fulbrook, 1995: 193).

Por estas razones, el movimiento obrero creció también con mucha rapidez entre

los siglos XIX y el XX. En las últimas elecciones antes de 1914, el SPD obtenía el 35 por ciento de los votos y ya contaba con más de un millón de afiliados. Los sindicatos socialistas tenían dos millones y medio de afiliados y superaban ampliamente la implantación de los sindicatos cristianos y liberales, que no llegaban al medio millón. Sin embargo, en los sindicatos socialistas se abrió una brecha cuando tuvieron que posicionarse en relación con la política imperialista del Reich, por la creencia de que el desarrollo capitalista favorecería las condiciones de los trabajadores, aunque fuera a costa de los trabajadores de los países dominados, y ante la inminencia del conflicto bélico, donde entonces funcionó la propaganda nacionalista que ponía por encima de la clase social y del internacionalismo proletario a la clase nacional.

El bloque crítico de contrapoder, al contrario de lo que pasaba con el bloque hegemónico de poder, sufría una fragmentación aún mayor que la que se había dado durante el siglo XIX. Derivados de las ideas de la Revolución francesa, la Ilustración y los movimientos emancipatorios, los discursos socialistas habían seguido los intentos de transformación del liberalismo progresista en las revoluciones de 1830 y 1848. Y si bien no avanzaron en su proyecto, lo más importante es que definieron el conflicto de las próximas décadas.

La naturaleza de este discurso se debió a la aparición de las ideas sociológicas que tomaron a su cargo el análisis de la causalidad social, así como el estudio de la historia como enfrentamiento de fuerzas políticas e ideológicas antagonistas, y a la idea de una física histórica sintetizada en las contradicciones. Poco a poco, la “unidad de acción” con la burguesía progresista, que había tenido su momento más fuerte a mediados del siglo XIX a través de comunidades libres, como los Amigos de la Luz (Lichtenfreunde), de asociaciones patrióticas (Vaterlandsverein) o de asociaciones culturales y artísticas, se rompió y dio paso a la elaboración de un nuevo horizonte, independiente del liberalismo. Lejos de ser una voluntad propia del movimiento obrero, para Engels se trataba de un proceso histórico:

En su desarrollo político y social, la clase obrera alemana va retrasada con respecto a la de Gran Bretaña y Francia, del mismo modo que lo está la burguesía alemana respecto a la de estos países. A tal amo, tal criado. La evolución de las condiciones de vida para una clase proletaria numerosa, fuerte, concentrada e inteligente marcha paralela al desarrollo de las condiciones de

vida de una clase burguesa numerosa, rica, concentrada y poderosa. El movimiento obrero no será independiente, no poseerá un carácter exclusivamente proletario, hasta que las diversas fracciones de la burguesía y, fundamentalmente, los grandes industriales, la fracción más progresiva, no hayan conquistado el poder político y transformado el Estado de acuerdo con sus necesidades. Entonces será cuando el inevitable conflicto entre patronos y obreros se volverá inminente y no podrá ser aplazado; la clase obrera no se dejará ya alimentar con esperanzas ilusorias y promesas que nunca se realizan; el gran problema del siglo XIX, la abolición del proletariado, pasará por fin a primer plano, claramente y con su propia luz. Ahora bien, en Alemania, la gran mayoría de la clase obrera no era empleada por esos príncipes modernos de la industria de los que había tan magníficas muestras en Gran Bretaña, sino por pequeños artesanos cuyo sistema de producción era una simple reliquia de la Edad Media... Por ello no debe sorprendernos que, cuando la revolución estalló, gran parte de los trabajadores reclamara a grandes voces el restablecimiento inmediato de las gildas gremiales y de las corporaciones de la Edad Media (Engels, apud Droz, 1984, vol. 2: 553).

El movimiento obrero alemán de 1918 y algunos otros movimientos emancipatorios tenían presente el sintético texto que habían escrito Marx y Engels en 1846, el Manifiesto comunista, que traía a la escena una crítica de los utopismos de principio del siglo XIX, una explicación histórica y un programa de acción. El texto, junto con el que más tarde escribiera Kropotkin, El apoyo mutuo (1902), fue base de numerosas tendencias organizativas (sindicatos, grupos de trabajo, partidos, etc.) hasta llegar a la condensación de un gran número de esas tendencias con la fundación del SPD en 1875⁷ como resultado de la unión entre el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschlands, SDAP, de 1869) y la Asociación General de Trabajadores de Alemania, fundada en 1863 por Lassalle, entre otros. Todo este periodo está caracterizado por los esfuerzos de crear una organización mundial (Primera Internacional, 1864; Segunda Internacional, 1889; y Tercera Internacional, esta última ya dominada por la URSS, 1919).



Dibujo con el lema “Proletarios del mundo, uníos”

Si bien nunca llegó a definirse antes del siglo XX, el modelo de consejos obreros que se propone en 1918 se alimentó de un movimiento progresivamente fortalecido alrededor de la revolución de 1848, empezando por la proliferación de asociaciones obreras (Arbeitervereine) en las que la cultura y la educación fueron fundamentales. Es el caso de la Fraternidad (Verbrüderung) de Leipzig en torno a Stephan Born, y de organizaciones políticas que elaboraron un discurso sobre el mundo social e histórico, como la Liga de los Comunistas (Bund der Kommunisten), nombre dado a la Liga de los Justos (Bund der Gerechten), fundada con anterioridad. Por otra parte, numerosas obras contribuyeron a delimitar, más allá de la burguesía, la formación de una sociedad democrática y autogestionada, como las de Wilhelm Weitling, incorporado a la Liga de los Justos, que estaban escritas contra el reformismo y en favor de una revolución social radical en su obra de 1838 *La humanidad tal como está y tal como debería estar* (Die Menschheit. Wie sie ist und wie sie sein sollte). En su obra posterior de 1842, *Las garantías de la armonía y de la libertad* (Garantien der Harmonie und Freiheit) acentuaba

las tesis expuestas en su primera obra, invitando a la clase obrera a una acción revolucionaria, a la que quería ligar a los presos por delito común libertados de la prisión; condenaba enérgicamente la democracia política y el reformismo social, como paliativos insuficientes que tan solo prolongarían la miseria obrera: “No es bueno —escribía— considerar un lento periodo de transición para establecer un orden nuevo. Si se tiene el poder, es necesario aplastar la cabeza de la serpiente... No es necesario concertar el armisticio con los enemigos, abrir negociaciones con ellos y creer en sus promesas. Desde que se abren las hostilidades, es preciso considerarlos como animales incapaces de comprender el lenguaje de la razón”. Weitling contaba con una especie de “dictadura” para imponer el comunismo, sustituyendo las elecciones conforme a una democracia representativa por las procedentes de la consulta de “capacitados” (Fähigkeiten) (Droz, 1984, vol. 1: 577).

Lo más significativo es que, a finales del siglo XIX, el proletariado, fuera de la tendencia que fuera, ya estaba definido como un sujeto antagonista que tenía tres horizontes: luchar para acabar con el dominio de la burguesía, de la misma manera que antes había sucedido con los estamentos feudales; construir una nueva sociedad, desvinculada de la lógica capitalista; y establecer una estructura de poder democrática, que se fundara en la participación de todos sus miembros. Estos tres elementos fueron los que dieron cuerpo al proyecto revolucionario de 1918⁸.

Un aspecto importante de la Revolución alemana fue el tipo de organización en que se constituyó, el SPD:

El partido tendría que esperar bastante tiempo hasta adoptar su organización definitiva. En 1891 tuvo que adaptarse a la legislación reaccionaria del Imperio alemán, que prohibía las asociaciones de sociedades políticas. Los miembros del partido de cada ciudad designaban, en reunión pública, “hombres de confianza” (Vertrauensmänner) que los representaban ante el organismo central. Tras ser abolidas las leyes de excepción, este estaba constituido por un congreso anual de delegados elegidos en las mismas condiciones que los hombres de confianza, un directorio (Vorstand) del partido, compuesto de militantes elegidos por el Congreso, y un periódico, el Vorwärts. Al ir liberalizándose progresivamente la legislación, sobre todo a raíz de la Ley de Asociaciones de mayo de 1908, el Partido Socialdemócrata pudo dotarse de una organización normal, en la que a partir de entonces fueron admitidas las mujeres. En la base se encontraba la unión socialdemócrata de cada circunscripción electoral, dividida eventualmente en grupos locales; por encima de ellos estaban las federaciones nacionales o estatales —45 en 1914—, cada una con congreso y secretariado propios; en la cumbre había tres organismos principales: el Congreso Nacional, que se reunía todos los años —formado por los delegados del partido en cada circunscripción, con una proporcionalidad que varió según la época—, el grupo socialista del Reichstag y los miembros del comité directivo y de la comisión de control; el comité directivo (Parteivorstand), cuyos miembros eran elegidos por el Congreso, estaba formado en 1914 por dos presidentes, un tesorero, tres secretarios, un delegado de las mujeres y otros dos miembros, que tenían como misión dirigir la política del partido según las directrices elaboradas por el Congreso; la comisión de control, elegida también por el Congreso, estaba formada por nueve miembros y llevaba la contabilidad del partido así como la

del Vorwärts (Droz, 1985, vol. 1: 45-46).

Esto confluía con los avances de la socialdemocracia, que incrementaba en cada elección el número de votantes: de 1.427.000 (19,7 por ciento) en 1890 hasta los 4.250.000 (34 por ciento) en 1912. Pero los límites de este avance llegaron desde dentro del partido: primero, con la idea de ampliar su electorado perdiendo su carácter reivindicativo y el horizonte de un proyecto de sociedad. Segundo, con la crisis revisionista, que trasladaba estos intereses de hegemonía social a la construcción de un discurso de reforma democrático capaz de actuar desde dentro del sistema social instituido.

La Alemania prerrevolucionaria se vio sacudida por otros acontecimientos exteriores. El más relevante fue la revolución rusa de 1905 y, claro está, la de 1917.

Dos años antes del comienzo de la guerra mundial, Rosa Luxemburg ya había descrito el proceso por el que el capitalismo se había desarrollado en Alemania y en el resto del mundo: primero, acabando con la economía natural y apoderándose de sus fuentes: tierras, ganado, materias primas, etc. En segundo lugar, introduciendo la economía de mercancías, para lo que necesitaba —como se hizo— ampliar la base social del consumo (aparición de grandes comercios, producción en serie, fordismo, etc., lo que impulsó la aparición de nuevas clases sociales). En tercer lugar, ampliando los sistemas financieros y liberalizando los límites fiscales, lo que obligaba a potenciar aún más la acumulación de capital. Finalmente, usando el militarismo como campo de acumulación:

El militarismo ejerce en la historia del capital una función perfectamente determinada. Acompaña los pasos de la acumulación en todas sus fases históricas. En el periodo de la llamada “acumulación primitiva”, esto es, en los comienzos del capital europeo, el militarismo desempeña un papel positivo en la conquista del Nuevo Mundo y de la India. Asimismo, más tarde, en la conquista de las colonias modernas, en la destrucción de las corporaciones sociales de las sociedades primitivas y en la apropiación de sus medios de producción, en la imposición forzosa del comercio de mercancías en países cuya estructura social es un obstáculo para la economía de mercado, en la proletarización violenta de

los indígenas y la imposición del trabajo asalariado en las colonias, en la formación y extensión de esferas de intereses del capital europeo en territorios no europeos, en la implantación forzosa de ferrocarriles en países atrasados y en la ejecución de los créditos del capital europeo provenientes de empréstitos internacionales. Finalmente, como medio de la lucha de los países capitalistas entre sí; por la conquista de territorios de civilización no capitalista.

Hay que agregar a esto, todavía, otra importante función. El militarismo es también, en lo puramente económico, para el capital, un medio de primer orden para la realización de la plusvalía, esto es, un campo de acumulación (Luxemburg, 1985: 114).

La Alemania anterior a 1918 colapsa tras los cuatro años que dura la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En ella se enfrentan, por una parte, los intereses de las grandes potencias imperialistas y sus gobiernos liberales o monárquicos, entre los que están la ampliación de mercados, el dominio sobre la producción industrial, la distribución y venta de las mercancías y el control de las materias primas, y, por otra, la resolución de los conflictos étnico-culturales que se estaban produciendo en el interior del Imperio austrohúngaro (aspiraciones checas a la autonomía, problemas eslavos, inestabilidad de los Balcanes por la intervención de Rusia). La alianza de Alemania con el Imperio austrohúngaro y de Francia con Rusia se refuerza cuando una cadena de acontecimientos favorece los intereses bélicos de las potencias.

La guerra mundial tiene varias consecuencias fundamentales para comprender la Revolución de Noviembre: la más importante fue la quiebra económica en que iba a entrar un país que durante cuatro años había invertido todos sus recursos en el triunfo militar. Con la firma del Tratado de Versalles, ya en junio de 1919, se especifican las condiciones para las reparaciones de guerra, pues se hace responsable a Alemania y sus aliados de los daños ocasionados por el conflicto bélico, a pesar de que la mayoría de organizaciones revolucionarias seguían la reivindicación enunciada por Liebknecht de no reconocer que el pueblo alemán fuera responsable, sino la monarquía y el estamento militar. Alemania perdió, además, parte de su territorio. El triunfo del nazismo, en 1933, devolvió a Alemania a los tiempos más oscuros del imperio.

Capítulo 2

De la guerra a la revolución (1914-1918)

El pobre pueblo tira pacientemente del carro sobre el cual príncipes y liberales juegan su comedia simiesca.

Georg Büchner

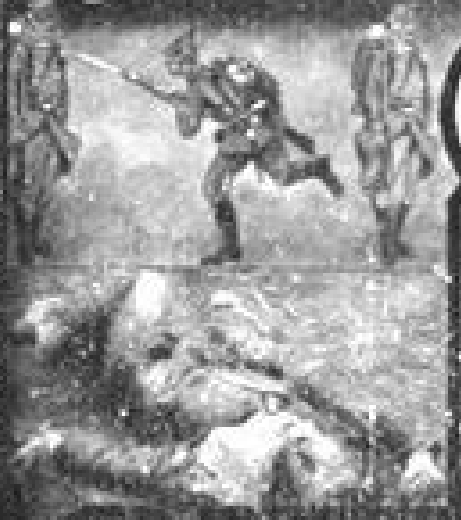
El 4 de agosto de 1914, en el Reichstag, el SPD vota unánimemente a favor de los créditos militares. Se consumaba lo que en otros parlamentos de las potencias europeas, como en el de Francia, se iba a instituir: una política de acuerdos en relación con la guerra en la que participaban desde los socialdemócratas hasta los monárquicos. En Francia se llamó Unión Sagrada (Union Sacrée) y en Alemania con el término medieval Burgfrieden. Con este pacto, se encadenan los intereses políticos de los socialdemócratas a los intereses de las clases dominantes de la Alemania imperial. Allí donde un proceso revolucionario radical ya estaba en marcha, no hubo esos acuerdos: en contra de apoyar los créditos para la guerra estuvieron los socialdemócratas serbios o los bolcheviques en Rusia.

El acuerdo durará hasta 1918 y lo romperá precisamente la Revolución de Noviembre. Solamente un mes antes, los socialistas alemanes habían presentado en el Parlamento una proposición para que se reformara la Constitución y que la cámara, con muy poco poder, pudiera tener una posición más determinante en relación con la decisión sobre la paz y la guerra, que dependía enteramente del emperador y del Gobierno. Dos años antes, en 1912, socialistas franceses y alemanes habían tratado de que sus respectivos gobiernos emprendieran una política de desarme. Sin embargo, el emperador alemán estaba “harto de parlamentarismo”. Desde agosto de 1911, muchos testigos habían escuchado las airadas declaraciones de Guillermo II:

[...] que él no dependía para nada del Parlamento, ni de las asambleas populares, ni de la nación. Declaró, en sustancia, que reinaba por designio divino y que solo ante Dios respondía de sus actos. Este era también el punto de vista de las

oligarquías gobernantes en Alemania. El junker Von Oldenburg-Januschau se había levantado un día en el Reichstag y había advertido que el rey de Prusia y emperador de Alemania debía poseer en todo instante la facultad de dirigirse a un general del Ejército con estas palabras: “Llame usted a diez hombres y cierre el Reichstag” (Ramos-Oliveira, 1995: 278).

Guerre à la Guerre



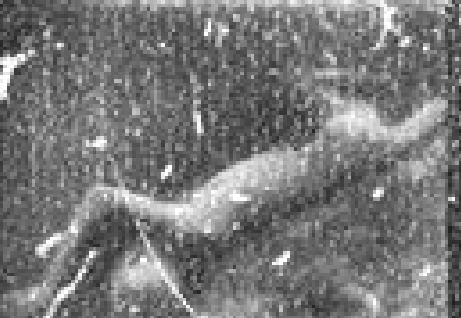
Ernst
Friedrich



Krieg im Krieg



Krieg
im
Krieg



Portada del libro Guerra a la guerra (Krieg dem Krieg) de Ernst Friedrich (1924)

El SPD, uno de los partidos más poderosos del mundo por aquel entonces, había sucumbido en cuatro años al nacionalismo y a la guerra. El día anterior, en la reunión del grupo parlamentario y del comité directivo, se había tomado la decisión en relación con los créditos violando el programa del partido. Solo 14 diputados se opusieron, pero la mayoría estaba a favor y se impuso la disciplina de partido.

La misma tarde del 4 de agosto se reunieron miembros de la oposición interna del SPD en la casa de Rosa Luxemburg. Entre los acuerdos estaba el de no abandonar la organización socialdemócrata e invitar a todos aquellos miembros del partido que simpatizaran con las posiciones pacifistas e izquierdistas para que participaran en la tarea de discutir la decisión adoptada. Solo Clara Zetkin respondió al llamamiento. Para Liebknecht era un síntoma claro de que el ala izquierda del partido se había hundido. No se respondía ni siquiera a lo que en 1907, en el Congreso de la Internacional en Stuttgart, se había votado a propuesta de él y de Luxemburg: que “en caso de estallar la guerra, los socialistas se opondrían a ella con todas sus fuerzas, procurando utilizar la crisis económica y política creada como instrumento de agitación a nivel de las capas populares, para acelerar la caída y liquidación del dominio capitalista” (Badia, 1971, vol. 1: 20).

Esta diferencia con el ala mayoritaria era una más en el enfrentamiento que, desde hacía tiempo, existía en torno al anticapitalismo de los socialdemócratas. La división respecto al asunto de la guerra mostraba también que el partido actuaba de manera distinta en el ámbito internacional y en el nacional. El mismo año de Stuttgart, en el Congreso socialdemócrata de Essen, se había proclamado que “en caso de que nuestro país se vea seriamente amenazado, los socialdemócratas defenderán su patria con entusiasmo [...] pues no son menos patriotas que la burguesía” (Badia, 1971, vol. 1: 21). La decisión sobre si apoyar una confrontación bélica quedaba del lado de considerar defensiva u ofensiva la misma. Frente a la posición de Gustav Noske, que tendrá un protagonismo especial en la liquidación de las revoluciones rojas de 1918, Zetkin veía en esta disyuntiva una merma del carácter internacionalista de la lucha socialista que afirmaba la concepción de la patria frente a la crítica de la explotación y la

expansión capitalista. El ala izquierda había impulsado, en oposición al imperialismo del Reich, un antimilitarismo radical. El 31 de julio, en un artículo muy difundido titulado “Ser o no ser” (“Sein oder Nichtsein!”), Friedrich Stampfer recogía los argumentos que Noske había lanzado en Essen, y hablaba de que los “sin patria” (los socialistas) cumplirían con sus obligaciones y no se dejarían superar por los patriotas, incluso en el caso de que Alemania fuera responsable, como señalaba Wolfgang Heine en *Contra los alborotadores* (*Gegen die Quertreiber*, 1915), pues se estaría siempre en la obligación de defender al país y salvar todo lo digno de ser salvado⁹. El argumento de guerra defensiva fue esgrimido por los socialdemócratas de derechas cuando Rusia comenzó a movilizar a sus ejércitos y a amenazar el territorio de Prusia oriental. Lo mismo hicieron los socialdemócratas franceses que entendieron la entrada en guerra de Alemania como una agresión que demandaba de ellos una defensa. Enseguida comenzaron a aparecer las consignas de propaganda bélica, en la prensa socialdemócrata, del tipo “Defendamos nuestras mujeres y nuestros hijos contra las hordas cosacas” (Badia, 1971, vol. 1: 23). Incluso se explica la ocupación alemana de Bélgica porque, las declaraciones de Bethmann Hollweg en el Parlamento, “sabíamos que Francia estaba dispuesta a invadir este territorio”.

A pesar de haber encabezado numerosas manifestaciones en favor de la paz, los socialdemócratas habían asegurado al canciller Hollweg que no convocarían ninguna huelga ni ninguna acción que fuera contra los intereses de Alemania. Con la votación de los créditos militares, los argumentos nacionalistas se convertían en razones que se imponían en todos los niveles de la sociedad. Como escribirá Luxemburg, cuando ya la guerra no traía los triunfos a Alemania y se mostraban las falsas informaciones que habían envenenado a la población:

Ha pasado el delirio. Ha pasado el bullicio patriótico de las calles, la caza a los automóviles de lujo, la continua sucesión de falsos telegramas, las fuentes envenenadas con bacilos de cólera, los estudiantes rusos que arrojaban bombas desde todos los puentes del ferrocarril de Berlín, los franceses que venían sobre Núremberg, los excesos callejeros de la muchedumbre husmeando espías, las oleadas humanas en los cafés, en donde una música ensordecedora y las canciones patrióticas alcanzaban los tonos más elevados; poblaciones urbanas enteras se convertían en chusma, dispuestas a denunciar, a violar a las mujeres, a gritar ¡hurra! y a llegar al delirio propagando absurdos rumores; una atmósfera de crimen ritual, un ambiente de Kichinev, en donde el guardia en la esquina era

el único representante de la dignidad humana (Luxemburg, 1978, 2: 11).

La guerra trajo el olvido de la lucha de clases y el afianzamiento de la línea reformista que ya no abandonaría al SPD. La prensa socialdemócrata apenas dio voz a los discrepantes y a los opositores a la guerra. En una carta de Luxemburg de septiembre de 1914, escribe:

La prensa del partido se hunde cada vez más en el lodo. La campaña de los “Dum-dum” y la invitación para suscribir los créditos de guerra (por ejemplo, en el Schwäbische Tagawcht se puede leer en grandes titulares: “Suscríbase para contribuir a los créditos de guerra”) demuestran que nuestra prensa se está transformando gradualmente en un órgano gubernamental. Yo he procurado cambiar impresiones al máximo con la gente de aquí. El clima es muy bueno, pero el periódico está sometido a la vigilancia de una doble y severa censura. Ahora estoy escribiendo para nuestra Correspondencia un artículo polémico contra el Echo¹⁰, que dudo reproduzcan (Luxemburg, apud Badia, 1971, vol. 2: 11).

Por eso, desde el mismo día 3, Liebknecht y otros dirigentes de la izquierda, como Mehring, Karski o Luxemburg desarrollaron sus argumentos en asambleas de militantes y en órganos de prensa que habían aparecido previamente a la guerra, como la Sozialdemokratische Korrespondenz, que duró hasta 1915, cuando fue prohibida por las autoridades gubernamentales. A la censura del Gobierno siguió una limitación en las posibilidades de expresión antibélica en todos los ámbitos.

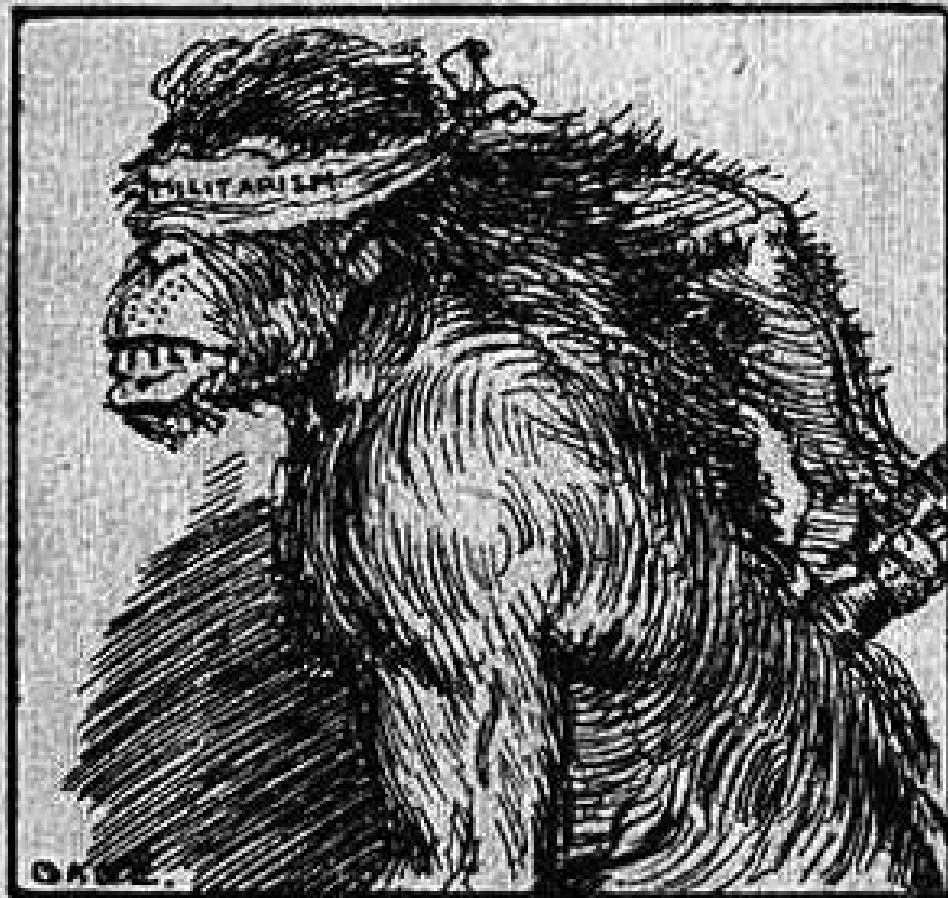
Guerra imperialista

Antes de que se formara esa oposición izquierdista en el SPD, Liebknecht ya había defendido una lucha contra la política militarista prusiana. En *Militarismus und Antimilitarismus* (1907) había descrito la específica relación de poder que era el militarismo, su forma de imposición a través de la formación política de los soldados, la organización burocrática de la sociedad civil, las formas de influencia en el pueblo, así como la función que el militarismo cumplía en la expansión del capitalismo. También daba cuenta de las experiencias antimilitaristas en muchas partes del mundo y de las tácticas que llevaban a cabo en su lucha. Su libro lo había llevado a una condena de prisión de 18 meses.

Brady L5

MILITARISM & ANTI-MILITARISM

By Dr. KARL LIEBKNECHT
Trans. by A. SIRMIS



PUBLISHED BY THE
SOCIALIST LABOUR PRESS
50 RENFREW STREET
GLASGOW

1/-

Portada del libro Militarismus und Antimilitarismus (1907) de Karl Liebknecht

Liebknecht sabía, pues, cómo organizar una fuerte oposición a la guerra. Aprovechó su popularidad y el respeto que le tenían las masas trabajadoras para mantener durante los cuatro años de conflicto esta batalla. El 2 de octubre, el partido lo llamó para que diera explicaciones de todas estas actividades, incluida una visita a Bélgica y las declaraciones que hizo después señalando la violencia y el salvajismo con el que actuaban las tropas alemanas. En su comparecencia, publicada como Ein Briefwechsel, declara que

Esta guerra [...] es una guerra imperialista, una guerra por el dominio del mercado mundial [...]. El slogan “Contra el zarismo”, tan usado en Alemania, ha servido, igual que en Francia y en Gran Bretaña “Contra el militarismo”, para movilizar los instintos más innobles, las tradiciones revolucionarias y las esperanzas del pueblo al servicio de un odio chovinista [...]. La liberación de los pueblos ruso y alemán debe ser su propia obra. Hay que exigir una paz sin anexiones, que no sea humillante para nadie. La paz solo será duradera y firme si se funda en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos (Liebknecht, apud Badia, 1971, vol. 1: 49).

El 2 de diciembre, después de que aumentara el número de los diputados opuestos a votar a favor de los créditos de guerra y de que, sin embargo, el partido no permitiera la libertad de voto, Liebknecht se negó a votar los créditos. Al año siguiente, el partido volvía a quejarse por la actividad de Liebknecht. De nuevo se produjo una discusión que se recoge en Sesión del Reichstag del 2 al 4. Febrero 1915 (Sitzungen der Reichstagsfraktion vom 2. bis 4. Februar 1915). En su defensa, Liebknecht adujo no haber violado ningún punto de los estatutos del partido ni del programa. Fracasó el intento de expulsarlo pero fue sancionado. Además, el Gobierno actuó contra él incorporándolo como soldado al Ejército y, por lo tanto, sometiéndolo al reglamento militar, con lo que se trataba de impedir que siguiera dando charlas y mítines contra la guerra bajo pena de cometer un delito de traición.

El 19 de febrero, Luxemburg entraba en prisión para cumplir una condena impuesta el año anterior. Hugo Eberlein describe cómo se trabajaba en la clandestinidad contra la guerra: “En cada reunión tomábamos la palabra y a cada momento se iniciaban violentas discusiones con los partidarios de la guerra. En Berlín, empezamos por apoyarnos en Mariendorf y Charlottenburg, mientras que la juventud del grupo lo hacía por Neukölln. Dentro de estas secciones organizamos fracciones secretas [...] que no tardaron en ser vigiladas por la Policía, por lo que no hubo más remedio que organizarlas ilegalmente” (Eberlein, apud Badia, 1971, vol. 1: 57-58).

Las acciones y escritos contra el conflicto bélico se multiplicaron, además de folletos como Paz en la tierra (Friede auf Erden, 1915) o El mundo escupe sangre (Die Welt speit Blut, 1915), Liebknecht da cuenta en un documento de un año de intensas actividades:

A partir de setiembre de 1914, dado que la oposición no tenía la posibilidad de expresarse en la prensa del partido, se vio en la obligación de remitir a los militantes materiales y notas de información, en cuyos textos tomábamos posiciones claras contra la actitud de la mayoría, con la finalidad de determinar cuáles eran los principios y la táctica socialdemócratas. Este material apareció aproximadamente durante unas tres semanas, y fue regularmente enviado a los centros responsables de la oposición. En marzo se intentó la fundación de un órgano que reagrupase a su alrededor a toda la oposición dispersa. Se trata de Die Internationale, cuya suerte ya conocéis. La protesta de la oposición fechada el 9 de junio fue difundida a través de más de 100.000 ejemplares. Un gran número de octavillas y folletos contra la guerra se difundieron de manera similar, atacando la posición de las jerarquías del partido. Los tirajes fueron importantes, hasta tal punto que en conjunto debieron superar el millón. También se difundieron folletos con la finalidad de clarificar las ideas sobre los principios básicos y la táctica a seguir. Se organizaron varias manifestaciones públicas, pero el aparato del partido consiguió evitarlas. El hecho de que todo lo expuesto haya sido posible, a pesar del obstáculo que representó en todo momento el aparato del partido, demuestra que la oposición ha desarrollado una gran actividad periodística, combatiendo sistemáticamente en la prensa del partido la postura de la dirección y defendiendo a ultranza los principios socialistas (Badia, 1971, vol. 2: 11-13).

La oposición a la guerra, procedente o no del SPD, comenzó a formarse en torno a un núcleo que poco tiempo después se denominaría Liga Espartaquista. Se necesitaba, según Luxemburg, una publicación teórica y práctica, capaz de unificar las luchas socialistas, tanto en Alemania como fuera de ella. La revista, como hemos visto, tiene el significativo título de Die Internationale. El único número que apareció era una suerte de estado de la cuestión. El artículo de Luxemburg atacaba no solo al partido, sino a los que se postulaban como críticos a las posiciones que tenía en esos momentos; para ello utilizaba la que, sarcásticamente, consideraba era la versión corregida por Kautsky del llamamiento histórico del Manifiesto comunista: “Proletarios de todos los países, uníos durante la paz y degollaos durante la guerra” (Badia, 1971, vol. 1: 66). Julian Marchlewski (alias Julius Karski) publicaba en Leipzig un texto que seguía la crítica antimilitarista de Liebknecht ¿Quién es responsable de la guerra? (Wer hat die Schuld am Kriege?). A estas publicaciones se unió la de Rayos de luz (Lichtstrahlen) de Julian Borchardt, un socialista revolucionario, activista en la Izquierda de Zimmerwald, que había salido de la conferencia de paz celebrada en la ciudad suiza entre el 5 y el 8 de septiembre de 1915 (hubo tres más), y miembro, años después, de la Asociación de Escritores Proletarios y Revolucionarios (Bund proletarisch-revolutionärer Schriftsteller). Los textos de Lichtstrahlen abundaban en una radical crítica a la situación histórica y a sus responsables. Finalmente, las fuerzas antibélicas se completaban con las actividades políticas de los Socialistas Internacionales de Alemania (Internationale Sozialisten Deutschlands, ISD).

Portada de Paz en la tierra (Frieden auf Erden, 1915)

En el tercer año de guerra, la situación económica se volvió tremendamente complicada y empezó a afectar a la adquisición de los alimentos básicos. El aumento de precios de los productos, la escasez de patatas y las medidas del Gobierno habían cambiado las arengas patrióticas por quejas y manifestaciones de protesta. En 1916, la guerra se había estabilizado y lo que se había presentado como un conflicto rápido se volvía lento y agotador. El movimiento contra la guerra debatía ahora no acerca de cómo calificarla, sino de cómo acabar con ella. Liebknecht, que impulsaba infatigablemente las movilizaciones populares, había escrito en mayo de 1915 un folleto titulado Para cada uno, el principal enemigo está en su propio país (Der Hauptfeind stecht im eigenen Land!), que daba un giro radical a la lucha contra el conflicto al reclamar la ruptura con el discurso nacionalista en beneficio del clasista: eran los gobernantes monárquicos, los empresarios y las clases dominantes los responsables de la carnicería y debía ir contra ellos la ofensiva popular. La defensa que uno de los más importantes dirigentes socialdemócratas (después ministro sin cartera en el Gobierno de Scheidemann), Eduard David, había hecho de la posición del SPD a favor de la guerra empezaba a ser cuestionada. Poco a poco se iría abriendo la brecha entre quienes mantenían continuar la guerra y los que defendían una revolución capaz de acabar con ella y con todas las condiciones sociales e históricas que la habían hecho posible. Por ello, Liebknecht insistía en que “la Internacional proletaria no podrá ser reconstruida en Bruselas, La Haya o Berna por algunas docenas de personas. Solo podrá resucitar a través de la acción de millones de hombres. Solo podrá renacer aquí, en Alemania, y en Francia, en Gran Bretaña, en Rusia, a condición de que por todas partes las masas obreras enarboleden ellas mismas la bandera de la lucha de clases” (Badia, 1971, vol. 1: 114).

Esta tesis que defendía la transformación de la guerra en revolución fue elaborada también en un ensayo de Hermann Gorter titulado El imperialismo, la guerra mundial y la socialdemocracia (Het imperialisme, de wereldoorlog en de sociaaldemocratie Hoofdstuk, 1915). En Berlín, coincidiendo con la conmemoración del Primero de Mayo, se organiza una manifestación en la Potsdamer Platz donde se escuchan gritos de “¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz!”. Dada la gravedad del acontecimiento, Liebknecht es detenido, juzgado (después de que le sea retirada la inmunidad parlamentaria) y condenado a 30 meses de

prisión. A las movilizaciones de protesta contra la condena se suman huelgas en varias ciudades del país: Brunswick, Bremen y Stuttgart. Rosa Luxemburg contraataca con dos folletos muy críticos: Política de perros (Hundepolitik, 1916) y ¿Qué le ha sucedido a Liebknecht? (Was ist mit Liebknecht?, 1916).

Por otro lado, la tensión contra la guerra había impulsado la creación de “delegados revolucionarios” (Revolutionäre Obleute) que trasladaban a los centros de trabajo y a las fábricas esta lucha política. En abril de 1917, la más importante huelga general del periodo bélico mostró la misma fractura entre las fuerzas sindicales que se había producido en el nivel político. Aunque solo duró un par de días, tres importantes fábricas continuaron y los sindicatos denunciaron que “habían sido traicionados”. En Leipzig, una gran asamblea de huelguistas incluyó entre sus reivindicaciones varias demandas de carácter político, como la paz sin anexión y la libertad de los presos políticos, y decidieron trasladarlas al canciller. Para Badia, este podría ser el “embrión del primer consejo obrero que se conoció en Alemania” (Badia, 1971, vol. 1: 139).

Con la extensión de los conflictos en el interior de Alemania, las autoridades aumentaron la represión, se endurecieron las penas y se practicaron detenciones masivas. Esto afectó especialmente a los marineros, que por estar en unidades militares más pequeñas tenían mayores posibilidades de organizarse y de constituir “comités” de representación de las tripulaciones. Dos de esos marineros, Alfred Köbis y Max Reichpietsch, alentaron actos de desobediencia de los marineros, desembarcos no autorizados y celebraciones de mítines políticos. El 17 de septiembre fueron ejecutados como instigadores de una sublevación. Mientras el SPD afirmó que no existía ninguna vinculación entre estas acciones subversivas y la socialdemocracia, los espartaquistas los encumbraban como héroes y publicaban un folleto significativamente titulado Seguid su ejemplo.

Portada de uno de los números de Spartacus

Hacia enero de 1918, derivado de las conversaciones de paz entre rusos y alemanes en Brest-Litovsk, la escisión socialdemócrata afectaba también al USPD (que sufría una división por la izquierda). Mientras este partido apoyaba el armisticio, los espartaquistas ya definían el horizonte posible para detener el conflicto bélico: una huelga general masiva que paralizara la industria de guerra e instaurara, a través de una revolución, una república popular en Alemania. Siguiendo a los obreros austríacos, que habían parado entre el 14 y el 20 de enero, las asambleas de trabajadores alemanes convocadas para el domingo 27 respaldaron una huelga general para el día siguiente. Además de las cifras, alrededor de 400.000 trabajadores en huelga, la asamblea de delegados huelguistas eligió un comité de acción que incluyó significativamente a miembros del USD (Ebert, Scheidemann y Braun). Ebert, según declara varios años después, explica que entró “a formar parte del comité de huelga con intención deliberada de acabar con ella lo antes posible e impedir que el país saliera perjudicado” (Badia, 1971, vol. 1: 156).

Las posiciones socialdemócratas más reaccionarias empezaban a ser rechazadas y resultaba necesario que el partido funcionara no ya como “un Estado dentro del Estado” (Droz, 1984, vol. 1: 70), como se conocía al SPD a comienzos del siglo XX, sino, ahora, como una maquinaria, en sentido contrario, dentro de la maquinaria de la revolución. Esta posición no será diferente a la política que siga como presidente del Gobierno provisional durante la Revolución alemana. La huelga produjo una división institucional y mostró la falta de dirección de los dirigentes de la misma:

El Comité, con los diputados independientes a la cabeza, no sabía qué hacer con la energía revolucionaria de las masas. Por cretinismo parlamentario, por su deseo de aplicar el esquema previsto para todas las huelgas sindicales, sobre todo por falta de confianza en las masas, pero también —y esta no es la razón menos importante— porque, desde el comienzo, los Independientes imaginaban la huelga como un simple movimiento de protesta. A causa de predominar esta mentalidad, el comité se limitó, bajo la influencia de los diputados, a intentar el

inicio de negociaciones con el Gobierno, en lugar de rechazar categóricamente cualquier negociación y desencadenar la energía de las masas bajo las formas más variadas. De todos estos hechos, “las altas esferas” sacaron la conclusión de que era simplemente un movimiento de protesta, mientras que las masas y el consejo obrero le daban un carácter revolucionario. La conclusión es que el movimiento se convirtió en un híbrido y, cuando el Gobierno se negó a negociar, el comité se encontró con que no sabía qué hacer. Durante la postrera (segunda) reunión del consejo obrero, el último día de huelga (sábado), la disposición de los delegados era todavía excelente (Badia, 1971, vol. 1: 158).

La huelga finalizó tras aplicarse el estado de sitio agravado, y ocupar los militares la dirección de las siete fábricas berlinesas. Se produjo una nueva ola de detenciones y represión de las manifestaciones y concentraciones. Los espartaquistas seguían con una retórica crítica sumamente eficaz: “De dos cosas, una: o nos hundimos en un mar de sangre o derrocamos al Gobierno. No hay un tercer camino. La causa de los trabajadores es también la nuestra. A nosotros, soldados, se nos sacrifica para satisfacer la sed de saqueo y de lucro de los junkers y de los capitalistas” (Badia, 1971, vol. 1: 159). Su valoración de la huelga era clara:

El proletariado alemán, que ha dejado pasar el momento de detener las ruedas del carro del imperialismo, se deja conducir hacia la destrucción del socialismo y la democracia en toda Europa. Marchando sobre los cadáveres de los proletarios revolucionarios de Rusia, Ucrania, los países bálticos y Finlandia, arrancando la soberanía a los belgas, polacos, lituanos, rumanos, y después de haber arruinado la economía de Francia, chapoteando en sangre hasta los muslos, el obrero alemán avanza para plantar por doquier la bandera victoriosa del imperialismo alemán (Badia, 1971, vol. 1: 164).

Para Badia, las declaraciones del alto mando militar alemán, a través de Von Kühlmann en el Reichstag el 24 de junio, de que era difícil que la guerra pudiera terminar por medios únicamente militares y de que había que iniciar los trámites de paz por medios diplomáticos, confirmadas unas semanas después por

Ludendorff, precipitó la situación revolucionaria que estallaría en octubre en Kiel (Badia, 1971, vol. 1: 165).

La escisión se consume

La división formal en el seno del SPD fue definitiva cuando, el 27 de enero de 1916, aparecen las primeras Cartas políticas (Politische Briefe) de los espartaquistas, a razón de una al mes aproximadamente, que salieron hasta mayo de 1917 y después de forma irregular. También en el ámbito institucional, en marzo, el grupo parlamentario socialdemócrata expulsó al ala izquierdista, que tuvo que crear un nuevo grupo, el Grupo de Trabajo Socialdemócrata (Sozialdemokratische Arbeitsgemeinschaft). En realidad, la división había empezado años antes.

En 1913 ya existían, al menos, dos tendencias diferentes dentro del SPD: una, de carácter revolucionario, que impulsaba sus acciones hacia la liquidación del régimen imperial y el sistema capitalista, y tenía como horizonte político, económico y social la implantación de una república socialista. Y otra, centrorreformista, que consideraba la transformación del régimen una cuestión secundaria por cuanto era posible integrar ambas opciones, socialista y monárquica, en un espacio político neutro, y después realizar las conquistas necesarias dentro del sistema social establecido.

La primera tendencia, que corresponderá en la Revolución alemana a las fuerzas izquierdistas, tiene su origen en la idea de comunidad de bienes elaborada por Wilhelm Weitling, miembro de la Liga de los Justos, y que se conocerán a partir de dos obras básicas: la influyente obra titulada, precisamente, Comunidad de bienes. La humanidad tal como está y tal como debería estar (Die Menschheit. Wie sie ist und Wie sie sein sollte, 1838). En una obra posterior, ya mencionada, Las garantías de la armonía y de la libertad (Garantien der Harmonie und Freiheit, 1842), extendía su crítica más allá de las corrientes liberales, oponiéndose al reformismo social y a la democracia burguesa, que no eran más que formas insuficientes de acabar con la miseria y la explotación, y escribía: “No es bueno considerar un lento periodo de transición para establecer un orden nuevo. Si se tiene el poder, es necesario aplastar la cabeza de la serpiente... No es necesario concertar el armisticio con los enemigos, abrir negociaciones con ellos y creer en sus promesas. Desde que se abren las hostilidades, es preciso

considerarlos como animales incapaces de comprender el lenguaje de la razón” (Weitling, apud Dorz, 1984, 2: 577). Las insurrecciones de los tejedores en 1844 están en la base de la obra de Wilhelm Friedrich Wolff *La miseria y el levantamiento de Silesia* (*Das Elend und der Aufruhr in Schlesien*, 1845) que analizaba con claridad la estructura de los antagonismos sociales y lo insuficientes que eran los caminos reformistas y las soluciones caritativas. La cuestión social se conformaba como el elemento central de los procesos históricos. Con la elaboración crítica realizada por Karl Marx y Friedrich Engels, por una parte, y con la construcción antagonista desarrollada por Mijaíl Bakunin, Piotr Kropotkin y otros discursos radicales que desembocarán en el consejismo de activistas como Anton Pannekoek, la tendencia revolucionaria se fortalece e impulsa las ideas planteadas en los congresos de la Primera Internacional, cuya demoledora alocución inaugural, en la que se trataba de dar cuenta del grado de miseria y explotación a que se había llegado en 1863, establecía unos estatutos cuyos considerandos funcionarían como programa de acción hasta la misma revolución de 1918:

Considerando:

Que la emancipación de los trabajadores debe ser conquistada por ellos mismos; que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no deben tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer derechos y deberes iguales para todos y abolir la dominación de cualquier clase;

Que la sumisión económica del trabajador respecto a los detentadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la causa primera de su servidumbre política, moral y material;

Que la emancipación económica de los trabajadores es, por tanto, el gran objetivo al que debe subordinarse todo movimiento político;

Que todos los esfuerzos realizados hasta ahora han fracasado por la falta de solidaridad entre los obreros de las diversas profesiones en cada país, y de una unión fraternal entre los trabajadores de los distintos países;

Que la emancipación del trabajo, al no ser un problema local, ni nacional, sino social, afecta a todos los países en los que existe la vida moderna, y necesita para su solución la participación teórica y práctica de todos ellos;

Que el movimiento que reaparece entre los obreros de los países más industrializados de Europa, al infundir nuevas esperanzas, advierte claramente de no caer en los viejos errores, y los empuja a combinar inmediatamente sus esfuerzos, aislados todavía (La Primera Internacional, 1977, vol. 1: 29).

a n i f e s t

der

Kommunistischen Partei.

Veröffentlicht im Februar 1848.

Verbreitet alle Käufer vorzugsweise durch:

London.

Verkauft in der Office der „Bildungs-Gesellschaft für Arbeiter“
von J. E. Juppich.

48, LITTON-ROD, STRAND, LONDON.

Portada del Manifiesto comunista de Karl Marx y Friedrich Engels

La radicalidad con la que el Manifiesto comunista había establecido unos años antes la estructura básica del antagonismo social, “burgueses y proletarios”, despejaba las dudas que dentro del SPD y del USPD existían en 1918, más allá de las derivadas de las necesidades de establecer estrategias convenientes a la situación política que se vivía.

La segunda tendencia, que corresponderá en la Revolución alemana a las fuerzas derechistas (habitualmente llamados “mayoritarios”), tiene su origen en los discursos que ya en el siglo XVIII reivindicaban la intervención del Estado en favor de las clases subalternas, y que consideran la democratización radical de las instituciones. Fichte, por ejemplo,

expresa en sus Pensamientos al azar, en una noche de insomnio, los sentimientos de horror que le produce la sed de goce de las clases dirigentes, el espíritu “de rapacidad y opresión” que las mueve, el sultanismo de los príncipes, la superstición en la que los sacerdotes dejan estancarse a las masas, y la frivolidad en las relaciones entre los sexos. En este escrito se respira un soplo de rebelión plebeya. Es digno de destacar que los primeros escritos de Fichte, que no tenía simpatía por la burguesía liberal de la Constituyente, proceden de la época en que la revolución se hizo ya democrática. Sin embargo, en sus Contribuciones destinadas a rectificar el juicio del público sobre la Revolución francesa (1793), es todavía el aspecto individualista y antiestatal del pensamiento de Rousseau lo que Fichte parece haber recogido: refutando los escritos conservadores que el hannoveriano Rehberg había consagrado a la revolución, destaca que la principal conquista es la emancipación del individuo de las cadenas con que el Estado le mantiene prisionero; insiste en el carácter revocable del Contrato social, y el Estado le parece una institución transitoria, que debe trabajar para destruirse ella misma. El gran mérito de la revolución está, según su punto de vista, en haber disuelto la autoridad en provecho del individuo, terminando así “la obra de Jesús y de Lutero, genios tutelares de la libertad”, permitiendo al ciudadano afirmarse y reconocer la moral que se impone a sí mismo. Esta emancipación del individuo era posible, según él, por la destrucción de los privilegios de la nobleza y el

reconocimiento de una Iglesia con vocación estrictamente espiritual. Pero la revolución, al transformar todo esto —y aquí aparecen por vez primera las preocupaciones socialistas de Fichte—, había traído consigo una nueva concepción de la propiedad: esta es el producto de nuestro trabajo; solo es legítimo el trabajo del propietario que transforma la materia prima; nadie podrá ser privado de la cantidad necesaria de bienes para subsistir. “Ningún hombre —dice— tiene derecho a dejar sus fuerzas sin utilizar, y no debe vivir gracias a una ayuda ajena. Una alimentación soportable por el cuerpo humano y en cantidad suficiente para recobrar las fuerzas, una vestimenta adecuada al clima, y una morada sólida y sana, esto es lo que cada hombre que trabaja tiene el derecho de poseer” (Dorz, 1984, 2: 559-560).

Fichte promueve un Estado racional (Vernunftstaat) en el que la acción del individuo, como miembro del organismo social, estará en perpetua reciprocidad con la sociedad entera (Droz, 1984, vol. 2: 562). Toda vez que la Revolución francesa había traído una nueva consideración de la propiedad, ahora concebida como el producto del trabajo, lo que excluía de su posesión a las clases aristocráticas y religiosas, para Fichte la máxima de toda Constitución tenía que ser que cada uno viviera de su trabajo, pues el derecho a la vida es la propiedad inalienable de todos los seres humanos. Las funciones principales del Estado serían, por ello, repartir la propiedad de modo que cada uno recibiera al menos un mínimo vital, velar para que nadie fuera privado de ello en aplicación de la justicia social y determinar la parte del patrimonio nacional que cada uno puede explotar.

Las concepciones socialistas sobre el Estado se desarrollan en paralelo a cincuenta años de revoluciones burguesas que suponen una lenta corrosión y desfundamentación del Estado absolutista y de sus procedimientos de organización social. Cuando este asunto llega a su fin, en 1918, la alternativa de esta tendencia será aceptar y tratar de adaptar al Estado burgués a las exigencias populares que habían nutrido los debates socialistas desde la época de Vormärz entre el Congreso de Viena, de 1815, y las revoluciones de 1848. La institucionalización de esta tendencia se produjo en dos momentos precisos: el primero, con el ya citado Ferdinand Lassalle, cuando mantuvo reuniones secretas con el canciller Bismarck en las que se examinó la situación de la clase obrera, y cuyos resultados fueron, como ya hemos señalado, las políticas reformistas, que el canciller puso en marcha para acabar con la creciente fuerza del proletariado

organizado algunos años después: la ley sobre el seguro de enfermedad en el artesanado y la industria (1881), la ley sobre seguro de accidentes (1883) y la ley sobre el seguro de vejez y la jubilación (1889).

Las otras organizaciones obreras, que confluyeron en 1875 en la fundación del SPD junto a la ADAV, como el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP), fundado en Eisenach en 1869, si bien mantuvieron una confrontación crítica con las posiciones de la ADAV, acabaron cediendo a esta línea tendente al parlamentarismo, calificada por las juventudes como “aburguesamiento”, y a la conversión del partido en parte del aparato oligárquico. El otro momento fue el que se abrió con la aparición de la elaboración teórica de un proyecto reformista que hacía del revisionismo la base de una crítica a los fundamentos del socialismo. El ensayo de Eduard Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia. Problemas del socialismo* (Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie, 1899) era, en realidad, una desfundamentación del comunismo y una reconversión de la socialdemocracia en un movimiento de reforma democrático. El ensayo de Bernstein sancionaba lo que Kautsky (su oponente) ya reconocía: “Prácticamente no somos más que un partido radical; no hacemos otra cosa que lo que hacen todos los partidos burgueses radicales, aunque intentemos disimularlo tras un lenguaje completamente desproporcionado con nuestra actividad y nuestros medios” (Dorz, 1985, 1: 58).

Entre ambas tendencias, existió, podría decirse, una tercera que, sin embargo, siempre estuvo radicalmente determinada por la específica coyuntura que se había abierto con el inicio de la guerra. Formada como grupo político separado del SPD en 1917, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands, USPD) se convirtió en seguida en una organización que trataba de mantener las conexiones entre las bases de la larga tradición socialista y el pragmatismo necesario para afrontar adecuadamente la situación crítica que vivía Alemania. Esto hizo que el partido tuviera una trayectoria errática, tibia e inestable. De hecho, los espartaquistas, que formaban parte de sus filas, aunque manteniendo una cierta autonomía, reproducían en su seno el izquierdismo del mismo modo que aquellos que habían adoptado una posición moral frente a la guerra, negándose a votar los créditos en el Parlamento o apoyando las manifestaciones contra el conflicto bélico, mientras que, en casi todo lo demás, mantuvieron las posiciones de la tendencia derechista.

Desde el primer momento de su oposición a la guerra, antes incluso de que esta comenzara, la tendencia izquierdista no contó con recursos del partido. Los periódicos y revistas del mismo impidieron, poco a poco, que aparecieran artículos y noticias a su favor o en apoyo a sus causas. Frente a su órgano central, el Vorwärts, Liebknecht, Luxemburg, Mehring y Karski fundaron en 1913 un boletín periódico ciclostilado, de muy pocos ejemplares (150, señala Badia), denominado Sozialdemokratische Korrespondenz, que, sin embargo, era utilizado por numerosos periódicos locales, que incluso llegaban a reproducir sus editoriales. A finales de 1915 dejó de editarse. En los artículos publicados en este boletín de pocas páginas se mostraba la existencia de una crisis en el seno del SPD. En abril de 1915, Rosa Luxemburg escribía desde la cárcel un folleto titulado La crisis de la socialdemocracia (Die Krise der Sozialdemokratie), que se publicaría al año siguiente. El texto es, por una parte, un demoledor alegato pacifista que da cuenta del cambio que se ha producido en la sociedad ante la crudeza y barbarie de la guerra:

En la severa atmósfera de estas tristes jornadas se escucha un coro muy distinto: el grito ronco de los buitres y de las hienas sobre el campo de batalla. ¡Garantizadas 10.000 tiendas de campaña de reglamento! ¡Se pueden entregar inmediatamente 100.000 kilos de tocino, de cacao en polvo, de sustitutos de café, pagando al contado! ¡Granadas, tornos, cartucheras, arreglos matrimoniales para las viudas de los soldados caídos, cinturones de cuero, intermediarios para los abastecimientos del Ejército... solo se aceptan ofertas serias!

La carne de cañón cargada de patriotismo en agosto y septiembre se descompone ahora en Bélgica, en los Vosgos y en Masuria, en campos de exterminio, donde las ganancias de la guerra rezuman en los hierbajos.

Advertía qué función tiene toda esta masacre:

Se trata de llevar rápidamente la cosecha al granero. Sobre el océano se extienden miles de manos codiciosas para participar en el reparto. Los negocios prosperan sobre las ruinas. Las ciudades se convierten en montones de escombros; las aldeas, en cementerios; las iglesias, en caballerizas; el derecho

internacional, los tratados, estatales, las alianzas, las palabras más sagradas, las mayores autoridades se desintegran; todo soberano por la gracia de Dios considera a su igual del campo contrario como infeliz y perjuro; todo titulado ve al colega del otro bando como canalla consumado; todo Gobierno considera a los demás como una maldición de su propio pueblo y los entrega al desprecio general; y los tumultos causados por el hambre en Venecia, en Lisboa, en Moscú y en Singapur; y la peste se extiende en Rusia, y la miseria y la desesperación reinan por doquier.

Y señalaba el fin de todo un sistema social establecido sobre el comercio y la acumulación de capital:

Cubierta de vergüenza, deshonrada, chapoteando en sangre, nadando en cieno: así se encuentra la sociedad burguesa, así es ella. No como cuando, delicada y recatada, simula cultura, filosofía, y ética, orden, paz y Estado de derecho, sino como bestia predadora, como cazadora de brujas de la anarquía, como peste para la cultura y para la humanidad: así se muestra en su verdadera figura al desnudo. Y en medio de esa caza de brujas se produce una catástrofe histórico-mundial: la capitulación de la socialdemocracia internacional. (Luxemburg, 1978, 2: 12)¹¹.

En enero de 1916, Otto Rühle, en el artículo “Hacia la división del partido” (“Zur Parteispaltung”), publicado en Vorwärts, considera inevitable la escisión. El ala derechista del SPD, por un lado, mantenía una política de colaboración con la Cancillería: votaba los créditos de guerra, aceptaba las condiciones de censura que imponía el conflicto bélico, cedía en el cambio de dirección de Vorwärts, condicionando con ello su levantamiento, y desautorizaba, cuando no bloqueaba, las manifestaciones que se producían en las calles de numerosas ciudades alemanas. Pero, al mismo tiempo, también mantenía su influencia social gracias a la fuerte implantación que tenía el partido y a las medidas sociales que conseguía arrancar al Gobierno; entre ellas, la tan demandada reforma electoral, que permitiría acabar en Prusia con el sistema de tres clases por el que, por ejemplo, “en 1903, 239.000 electores de la clase poseedora enviaban a la Dieta prusiana el mismo número de diputados que 6 millones de

electores del pueblo” (Badia, 1971, vol. 1: 140).

Así pues, en 1917, la escisión se había consumado. La Revolución rusa no hizo otra cosa sino agudizar las diferencias entre las dos tendencias y hacer más precarias las tentativas del USPD. En 1918, el 25 de octubre, Otto Rühle lanzaba un discurso suficientemente claro de lo que podría esperarse:

En nombre de los obreros y soldados socialdemócratas, que no figuran ni en el partido de los socialistas gubernamentales y dependientes ni en el partido de los socialdemócratas independientes y que, sin embargo, ascienden a millares y millares, en nombre de estos hombres que reivindican el derecho de hacerse oír desde esta tribuna, a fin de dar su opinión sobre una situación políticamente e históricamente importante, quiero brevemente precisar nuestro punto de vista sobre los problemas que están en el centro de todos los debates durante estos últimos días.

Rechazamos toda alianza de paz que los gobiernos burgueses-capitalistas tienen la intención de concluir a espaldas de los pueblos exhaustos. En época del imperialismo, una paz de compromiso que pueda ser utilizada por el pueblo y los intereses de la clase obrera es una cosa puramente y simplemente imposible. Un tal acuerdo solo será llevado a cabo a expensas del pueblo. Pues la contradicción política, económica e histórica que opone el capital al trabajo, la burguesía al proletariado no ha sido suprimida: continúa existiendo e incluso esta guerra no ha hecho más que ampliarla y profundizarla (Badia, 1971, vol. 2: 84).

Para diciembre de 1918, durante la celebración de una asamblea extraordinaria del USPD se mostraba abiertamente la imposible posición revolucionaria de este partido al proclamar, a través de Hugo Haase, la necesidad de consolidar las políticas de Ebert-Scheidemann.

Las masas y el poder

Para los espartaquistas y la izquierda radical de Bremen, Hamburgo y Múnich, la revolución debía hacerse en la calle y no en los parlamentos. Esto obligó a pensar la forma de constitución social de las masas más allá de las consideraciones que habían hecho la filosofía y el arte, al tratarlas como muchedumbres urbanas, o la sociología positivista de Gustave Le Bon, al caracterizarlas como una agrupación humana en la que existía una pérdida de racionalidad y una manifiesta emocionalidad sugestionada. La primitiva sociedad de consumo que se abría paso desde mediados del siglo XIX mostró un rostro de la multitud igualmente desfigurado y sin identidad colectiva. Las clases populares de la Revolución francesa, en plural, alternaban con los diferentes nombres y definiciones que se daban de “pueblo”. La batalla por una noción u otra es fundamental para que la masa fuera considerada sujeto de la historia o simplemente objeto de la misma. En este sentido, es interesante analizar, a la luz de la teoría de Ernesto Laclau sobre el populismo, el debate social en torno a las masas, es decir, si consideramos que no es la posición social lo que hace que una masa se convierta en agente histórico, sino el agregado de demandas que han sido hegemonizadas por una de ellas en términos de antagonismo. Así se pueden empezar a comprender mejor muchas de las divergencias, resoluciones y problemas que existieron en la Revolución alemana¹². Es lo que hicieron Marx y Engels en su Manifiesto comunista. La síntesis “burgueses y proletarios” no reducía el espectro social de las masas y de las clases dominantes, sino que puede leerse como resultado de las tendencias ideológicas antagónicas que hegemonizan el campo de lo político, dotando a las respectivas clases de un horizonte histórico común, de un sentido del mundo y de una potencia suficiente de construcción social.

La masa proletaria se había constituido, a lo largo de casi un siglo de movimientos revolucionarios, en organizaciones colectivas, en partidos (el SPD tenía obreros en la dirección) y en sindicatos. La tensión principal que existió desde el primer momento se debió a las diferentes consideraciones que se hacían de la condición proletaria, al concebirla como un problema laboral o como un problema político, así como de su instrumento básico de lucha: la huelga. Las

reservas a las experiencias que habían tenido lugar en Bélgica, Holanda y Suecia a comienzos del siglo XX no habían influido en las cúpulas sindicales, que veían imposible sostener y financiar una huelga general. Al mismo tiempo, se consideraba que no existía aún una conciencia proletaria y que, por lo tanto, era necesario un tiempo de paz social para conseguir el crecimiento de los trabajadores afiliados y formar a los ya participantes en las organizaciones.



La huelga, cuadro del pintor alemán Robert Koehler

August Bebel, en el Congreso de Jena, había concebido la huelga de masas como una medida defensiva indispensable para salvaguardar los derechos necesarios de las clases trabajadoras (Droz, 1985, vol. 1: 72). El mismo instrumento que había servido para la lucha obrera en los centros de trabajo, la huelga, comienza a ser materia de debate en el seno del SPD cuando en 1906 Rosa Luxemburg publica el folleto Huelga de masas, partido y sindicatos (Massenstreik, Partei und Gewerkschaften). En él expone que las antiguas argumentaciones contra la concepción bakunista de la huelga como palanca de la que hay que valerse para iniciar la revolución social han quedado obsoletas tras los acontecimientos revolucionarios que habían tenido lugar en Rusia en 1905:

Hasta el presente, tanto los fervorosos partidarios de “ensayar la huelga de masas” en Alemania, los Bernstein, Eisner, etc., como los adversarios rigurosos de semejante tentativa, representados en el campo sindical por Bolmelburg, por ejemplo, se atienen, en realidad, a una misma concepción, a saber: la concepción anarquista. Estos polos en apariencia opuestos, no solo no se excluyen, sino que se condicionan y complementan recíprocamente. Para la concepción anarquista, la especulación sobre la “gran conmoción”, sobre la revolución social, constituye, en realidad, solamente algo exterior e inesencial; lo esencial es la manera totalmente abstracta y antihistórica de abordar el problema de la huelga de masas, como, en general, el de todas las condiciones de la lucha proletaria. Para los anarquistas solo existen dos cosas como premisas materiales de sus especulaciones “revolucionarias”: en primer lugar, el espacio etéreo y, luego, la buena voluntad y el coraje para salvar a la humanidad del actual valle de lágrimas capitalista. Por obra y gracia del razonamiento surgió hace ya sesenta años, en el aire, la idea de que la huelga de masas es el medio más corto, seguro y fácil para dar el salto hacia el más allá social mejor. Y fue en este mismo espacio etéreo donde nació recientemente la idea —surgida de la especulación teórica— de que la lucha sindical es la única “acción de masa directa” real y, en consecuencia, la única lucha revolucionaria posible: último estribillo, como es sabido, de los “sindicalistas” franceses e italianos.

Y, sin embargo,

para desgracia del anarquismo, los métodos de lucha improvisados en el aire no solo fueron las cuentas de la lechera, es decir, meras utopías, sino que, precisamente porque no tenían en cuenta la triste y despreciada realidad, envueltos, en la mayoría de los casos, en especulaciones revolucionarias sobre esta triste realidad, se convirtieron sin darse cuenta en verdaderos colaboradores de la reacción. Y sobre este mismo terreno del análisis abstracto y antihistórico están hoy los que quieren desencadenar próximamente en Alemania la huelga de masas, por decreto de la dirección del partido y a fecha fija, y también los que, como los delegados del congreso sindical de Colonia, quieren liquidar definitivamente el problema de la huelga de masas, prohibiendo su “propaganda”. Ambas tendencias parten de la idea común y absolutamente anarquista de que la huelga de masas es solo un arma puramente técnica que podría, por conveniencia y a voluntad, ser “decretada” o, a la inversa, “prohibida”, como una especie de navaja que se puede llevar cerrada en el bolsillo, “por lo que pueda ocurrir”, o ser abierta y utilizada cuando se decida (Luxemburg, 1978, vol. 1: 137-38).

Para Luxemburg existe una unidad por la base y lo único que mantiene separadas a las organizaciones sindicales y la socialdemocracia son las cúpulas:

La conclusión más importante de los hechos expuestos es que la completa unidad del movimiento obrero y socialista, absolutamente necesaria para las futuras luchas de masas en Alemania, existe ya realmente, encarnada en la amplia masa que forma tanto la base de la socialdemocracia como la de los sindicatos, y en cuya conciencia se encuentran fusionadas las dos partes del movimiento en una unidad espiritual... La presunta oposición entre socialdemocracia y sindicatos se reduce, en este orden de cosas, a una oposición entre la socialdemocracia y [la capa superior dirigente] de los sindicatos, lo que es al mismo tiempo una oposición entre esa parte de los dirigentes sindicales y la masa proletaria sindicalmente organizada (Luxemburg, 1978, vol. 2: 196)

La concepción de la huelga como forma de lucha política supone comprender que:

La huelga de masas, tal como nos la muestra la Revolución rusa, es un fenómeno cambiante, que refleja en sí mismo todas las fases de la lucha política y económica y todos los estadios y momentos de la revolución. Su campo de aplicación, su fuerza de acción y el momento de su desencadenamiento cambian continuamente. Abre repentinamente nuevas y amplias perspectivas para la revolución allí donde parecía haber caído en un callejón sin salida; y fracasa allí donde se creía poder contar con ella plenamente. Ora se extiende por todo el imperio como una ancha ola de mar, ora se divide en una red gigantesca de estrechos riachuelos; ora brota de las profundidades como un fresco manantial, ora se hunde completamente en la tierra. Huelgas políticas y económicas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas seguidas de manifestaciones y huelgas acompañadas de combates, huelgas generales de ramas industriales aisladas y huelgas generales en determinadas ciudades, luchas pacíficas por aumentos salariales y batallas callejeras, combates en las barricadas...: todo esto fluye caóticamente, se dispersa, se entrecruza, se desborda; es un océano de fenómenos, fluctuante y eternamente en movimiento. Y la ley del movimiento de estos fenómenos aparece claramente: no radica en la huelga de masas misma ni tampoco en sus particularidades técnicas, sino en las relaciones de fuerza políticas y sociales de la revolución (Luxemburg, 1978, vol. 1: 161-162).

También supone entender que la “la huelga de masas es más bien la denominación, el concepto unificador de todo un periodo de años, quizás de decenios, de la lucha de clases” (Luxemburg, 1978, vol. 1: 162). En definitiva, para la militante espartaquista, los sindicatos no debían convertirse en un fin en sí mismo, sino en un medio para construir y fortalecer un contrapoder, enseñanza que procedía de la revolución rusa de 1905, en donde las masas en Rusia, sin tener sindicatos, habían podido afrontar un complejo movimiento revolucionario. La gran importancia socialista de la lucha sindical y política consiste en la gran capacidad formativa: las revoluciones, decía Luxemburg, no se aprenden en las escuelas. Bernstein, por su parte, prevenía contra el caos de la acción de las

masas que se produciría con las huelgas políticas. Lo mismo pensaba Eduard David. La oposición a esta forma de lucha se hizo fuerte en el Congreso de Mannheim, en 1906, donde Legien advertía de que aceptar la huelga general supondría una deriva hacia el anarquismo. Con todo, la huelga política, frente a la huelga laboral, irá cobrando fuerza a medida que se aplica a la lucha contra el imperialismo alemán a partir de 1907 y, sobre todo, contra la guerra a partir de 1914.

Más allá de las implicaciones que estos debates tuvieron para la socialdemocracia y los sindicatos, la cuestión abrió otro, más importante y fundamental: el de la constitución social de las masas. Si en una sociedad de clases “las masas explotadas, las clases, capas, categorías sociales explotadas, agrupadas alrededor de la clase explotada capaz de unir las” (Althusser, 1974: 30), de hegemonizar sus demandas y de ponerlas en movimiento contra las clases dominantes que detentan el poder del Estado y que impugnan la lógica capitalista que articula el mundo, son capaces de constituirse socialmente a través de la luchas, lo que aparece, entre otras formas posibles, es lo que va a caracterizar la Revolución alemana: un sujeto social constituyente que se tradujo políticamente en la República de Consejos.

La forma-Consejo frente a la forma-Estado

La socialdemocracia se había constituido en una fuerza social con una organización muy influyente. Su representación en diputados había pasado de 35 en 1890 (1.427.000 votos, 19,7 por ciento) a 110 diputados en 1912 (4.250.000, 34,8 por ciento), pero, a pesar de todo, no había podido extenderse por otra capas: el 49,3 por ciento de los votos proceden de las grandes ciudades, el 35,8 por ciento de las pequeñas y el 19 por ciento del campo (Dorz, 1985, vol. 1: 47, 50). El reformismo lo había llevado a aceptar la transformación social desde dentro de las instituciones del Estado imperial, a pesar de lo cual, en el Manifiesto comunista, el Estado es considerado como un “comité para administrar los asuntos comunes de la burguesía”. Marx había escrito ya en su Filosofía del derecho de Hegel que el Estado no se preocupaba de los intereses generales de la sociedad, como había señalado este. El Estado era un instrumento de las clases dominantes así como el medio de que se servían estas para mantener la propiedad y el control de los medios de producción. La forma-Estado implica todo un sistema institucional (legislativo, productivo, etc.) que se desarrolla en función de las necesidades del capital¹³. Y es por ello por lo que el parlamentarismo y la Asamblea Nacional serían dos palabras con las que la socialdemocracia tratará de frenar la Revolución de Noviembre. Frente a esto, la forma-Consejo se revela como la organización de instituciones (asambleas, congresos, etc.) que se desarrollan en función de las necesidades de lo social. Pero:



Manifestación por la República de Consejos

El movimiento obrero era reformista porque reconocía el Estado clasista, porque veía su objetivo principal en intentar desde un órgano del Estado clasista, desde el Parlamento, influir en los dominantes. Era reformista en sus luchas sindicales, porque no organizaba la clase obrera con el objetivo de destrozar la burguesía, de suprimir el principio del empresariado, sino con el objetivo de negociar con los empresarios, garantizándoles su futura existencia, e intentar de esta manera obtener condiciones de salario y de trabajo más favorables para determinadas capas de trabajadores. Y si el partido y los sindicatos participan en la lucha de clases, solo era una lucha en el marco del Estado existente. También en las acciones de lucha, en las huelgas, para los sindicatos no se trataba de destrozar la burguesía, sino de obligar a determinados grupos a reconocer algunas exigencias de ciertas capas de los trabajadores, exigencias que se establecían de tal manera que su satisfacción de antemano era posible, exigencias cuya satisfacción tampoco para el futuro imposibilitaba la prosperidad del capital.

Y, también:

El proletariado no ha sido consciente de esto, no estaba acostumbrado a reflexionar sobre lo que es un Estado. Se le había acostumbrado al proletariado a limitarse a reunir cada cinco años una bonita montaña de papeletas blancas, por encima de la que luego los llamados representantes del proletariado trepaban a los parlamentos. En la organización económica se le había acostumbrado u obligado al proletariado a ceder todas las decisiones a un pequeño grupo de dirigentes, y a limitarse a pagar cuotas más o menos elevadas, para que este pequeño número de dirigentes tuviera su existencia asegurada. Estas básicamente eran las funciones del proletariado en Alemania, y si se usaban las organizaciones políticas y sindicales también para otra cosa, era con el propósito de transmitir el ejercicio mental machacón que escuela y cuartel habían preparado dignamente en el pueblo alemán, en el partido y los sindicatos también a aquellos obreros, que de otra manera podrían haber tenido ideas revolucionarias (Barrot y Authier, 1978: 352-353).

Para Otto Rühle, que escribió *La revolución no es un asunto de partido* (*Die Revolution ist keine Parteisache*) en 1920, “el parlamentarismo apareció con la dominación de la burguesía. Con los parlamentos aparecieron los partidos políticos. La época burguesa encontró en los parlamentos la palestra histórica en la que tuvo sus primeros altercados con la corona y la nobleza” (Rühle, 1920: 113). En 1919, en un manifiesto del recién creado KPD, se instaba a los obreros a acabar con “la Asamblea Nacional de la burguesía y de sus lacayos socialpatriotas” y a darle “todo el poder a los consejos de obreros y soldados revolucionarios” (Luxemburg, 1971: 101). La forma-Consejo no reconoció, en tanto que el parlamentarismo era forma-Estado, la Asamblea Nacional, que sería apoyada por el Gobierno de Ebert-Scheidemann, convocada para enero de 1919:

La Asamblea Nacional es un legado superado de las revoluciones burguesas, un recipiente sin contenido, un requisito de la época de las ilusiones pequeñoburguesas de “pueblo unido” de “libertad, igualdad y fraternidad” en el Estado burgués. Quien hoy apoye la idea de la Asamblea Nacional ata consciente o inconscientemente a la revolución a la etapa histórica de las revoluciones burguesas; es un agente encubierto de la burguesía o un ideólogo inconsciente de la pequeña burguesía... Actualmente no se trata de elegir entre democracia o dictadura, la cuestión incluida por la historia en el orden del día reza así: democracia burguesa o democracia socialista. Porque la dictadura del proletariado es la democracia en el sentido socialista. La dictadura del proletariado no son bombas, golpes de Estado, algaradas y “anarquía”, calumnias conscientemente propaladas por los agentes del beneficio capitalista, sino que consiste en la utilización de todos los recursos del poder político para la realización del socialismo, para la expropiación de la clase capitalista; en el sentido y a través de la voluntad de la mayoría revolucionaria del proletariado, es decir, dentro del espíritu de la democracia socialista. Sin la voluntad y la actuación consciente de la mayoría del proletariado no hay socialismo posible. Y para aguzar esa consciencia y templar esa voluntad, para organizar esa actividad hace falta un órgano de clase, el Parlamento de los proletarios en la ciudad y en el campo (Luxemburg, apud Frölich, 1976: 379).

El primer artículo de Die Rote Fahne expresaba claramente el programa de la revolución:

El derrocamiento de la hegemonía capitalista y la realización del orden socialista, esto y nada menos que esto, constituye el tema histórico de la actual revolución. Es una obra imponente que no puede hacerse de un plumazo promulgando un par de decretos desde arriba, sino que solamente puede ser llevada a buen puerto a pesar de todas las tempestades, convocando a la vida política la acción consciente de las masas trabajadoras urbanas y rurales, solamente a través de la más alta madurez intelectual y a través del inagotable idealismo de las masas populares. Del objetivo de la revolución se deduce nítidamente su camino, de la tarea se deduce el método. Todo el poder en manos de la masa trabajadora, en manos de los consejos de soldados y trabajadores, protección de la revolución ante el enemigo que acecha: estas son las líneas maestras que presidirán toda medida del Gobierno revolucionario. Cada uno de los pasos y cada una de las decisiones del Gobierno deberían indicar hacia esta dirección como si fuese una brújula:

- Ampliación y reelección de los consejos locales de soldados y trabajadores para que el gesto inicial caótico e impulsivo de su constitución sea sustituido por el proceso consciente de la coincidencia en los objetivos, tareas y caminos de la revolución...
- Urgente convocatoria de un Parlamento de trabajadores y soldados a fin de constituir a los proletarios de toda Alemania como clase y como compacto poder político y colocarlos detrás de la obra de la revolución que será para ellos un baluarte y un ariete.
- Improrrogable organización no de los “campesinos”, sino de los proletarios rurales y de los pequeños campesinos que hasta el momento han estado, como clase, ausentes de la revolución;
- Formación de una Guardia roja proletaria cuyos fines serán la constante protección de la revolución y la formación de una milicia obrera que será una guardia dispuesta a intervenir en cualquier momento.

- Supresión de los órganos del Estado policía absolutista que hemos conseguido ocupar en la Administración, la justicia y el Ejército.
- Confiscación inmediata de los bienes de la corona, así como de todos los latifundios como primera medida provisional para asegurar el sustento del pueblo, ya que el hambre es el aliado más peligroso de la contrarrevolución.
- Inmediata convocatoria de un Congreso Internacional de los Trabajadores en Alemania para destacar con toda claridad el carácter socialista e internacional de la revolución, porque solamente en la Internacional, en la revolución mundial del proletariado, reside el futuro de la revolución alemana (Frölich, 1976: 376).

Para Rosa Luxemburg estaba claro que la realización de la sociedad socialista suponía una transformación completa del Estado, así como una revolución de los fundamentos sobre los que se sustentaba la sociedad, y señalaba a las masas como el sujeto histórico capaz de hacerlo¹⁴:

Esta transformación y esta revolución no las puede decretar autoridad, comisión o parlamento algunos, sino que son las masas populares quienes han de acometerlas y llevarlas a cabo. En todas las revoluciones anteriores era siempre una pequeña minoría del pueblo la que dirigía la lucha revolucionaria, le marcaba objetivo y dirección y utilizaba a las masas populares como instrumento, a fin de hacer triunfar sus intereses, los intereses de la minoría. La revolución socialista es la única que puede triunfar gracias a la gran mayoría de los trabajadores y representando los intereses de la gran mayoría (Luxemburg, 1978, vol. 2: 153).

La forma-Consejo se configuró como uno de los puntos privilegiados de fijación de lo social en formas inteligibles de la nueva sociedad socialista que la revolución debía constituir. El término “consejo” (sóviet, del ruso) procedía de Rusia. El primer consejo había aparecido en San Petersburgo durante la revolución de 1905. Las masas crearon este tipo de órganos, que permitían una articulación flexible y rápida del movimiento revolucionario. En teoría, los consejos suspendían el poder del empresariado, de los dueños de las fábricas y

centros de trabajo, y de la jerarquía existente en los distintos cuerpos de Ejército y en los cuarteles. Con ello bloqueaban dos de las instituciones de la forma-Estado fundamentales en su sostenimiento: la lógica de producción y acumulación capitalista y el monopolio de la violencia mediante el control del Ejército y de la Policía. Con la revolución rusa de 1917 se volvieron a constituir consejos de obreros, soldados y campesinos que permitieron el acceso al poder de las masas. En 1918, las insubordinaciones y desobediencias que se produjeron en un Ejército alemán que buscaba una salida diplomática a la guerra, así como la extensión subversiva de los servicios auxiliares, que se había puesto en marcha en 1916 en las fábricas para movilizar más recursos para la economía de guerra, desembocaron en la formación de distintos consejos de obreros y soldados que se sumaban al ya constituido Consejo obrero del Gran Berlín, organizado en enero de 1918. La diversidad de la composición y los procedimientos de constitución de todos ellos hizo que se hiciera necesario un órgano centralizado capaz de asumir la coordinación de los mismos y de acumular las demandas, lo que dio lugar a la Conferencia Nacional de Consejos de Obreros y Soldados que tuvo lugar en Berlín entre el 16 y el 21 de diciembre. Si algunos de los consejos eran proclamados en sesiones multitudinarias, otros, en cambio, eran creados por pequeños grupos. Rápidamente se trató de establecer una representatividad de los mismos en los distintos ámbitos territoriales en que estaba dividida Alemania: distrito, provincia y estado (Land). En muchos casos, los consejos se formaban en estratos distintos a los que constituían los sindicatos¹⁵, normalmente encuadrados por tipo de producción y que, por lo general, no habían colaborado con las huelgas contra la guerra. En estos casos, al frente de estos consejos se habían puesto no la minoría sindical, sino delegados revolucionarios:

Al encontrarse con la oposición de los sindicatos, los huelguistas crean nuevas organizaciones que agrupan a todos los obreros de la empresa y no la minoría sindical (que representa ante todo a los obreros cualificados); al frente de ellas son puestos “delegados revolucionarios” (Obleute). Este movimiento tenía su equivalente en Inglaterra, aunque de menor importancia, con los shop-stewards. Estos “hombres de confianza” son generalmente antiguos delegados sindicales de primer grado; siguen siendo sindicalistas contra las direcciones sindicales que, afirman, han “traicionado”. En esta primera fase, aún confusa, estas organizaciones —respecto de las cuales hay que observar que también rompen con la organización tradicional por oficios— son las más radicales (Appel et al.,

2004: 10).

Por otra parte, los consejos estaban compuestos políticamente por aquellos que se habían significado desarrollando una actividad sindical o reivindicativa, generalmente miembros del SPD o del USPD, lo que explica, en buena medida, que durante la Conferencia Nacional de Consejos de Obreros y Soldados se decidiera, contra el ala izquierdista, la convocatoria de una asamblea nacional para el 19 de enero de 1919, que, de hecho, suponía volver al parlamentarismo y aceptar la forma-Estado burguesa¹⁶. El Consejo Central que salió también del Congreso debía vigilar al Gobierno provisional que debía dirigir la transición de la monarquía a la república. Pero ese órgano, como los propios consejos, fue poco a poco siendo relegado a tareas sociales y económicas. A pesar de todo, la reflexión sobre el modelo social tuvo su espacio en la revista El Consejo Obrero (Arbeitsrat), que comenzó a aparecer en febrero de 1919, cuyo jefe de redacción desde el número 2 fue Ernst Däumling. Contra el modelo parlamentario, la forma-Consejo suponía:

Dominio de los obreros, exclusión de los capitalistas del derecho de voto.

Tender a la eliminación de las formas de producción capitalistas y a la socialización de los medios de producción.

Legitimación de abajo arriba; toma de decisión política a partir de las unidades más pequeñas (empresa, barrio); mandato condicionado de los delegados, asegurado por la posibilidad permanente de ser revocados de su cargo y por el carácter rotativo de estos.

En los niveles más bajos, asignación de todas las funciones por elecciones directas; en niveles más altos, por el sistema indirecto.

Compensación económica para los que ocupen cargos, pero sin que esta sobrepase el nivel de ingresos de sus electores.

Supresión de la división de poderes; los consejos asumirán funciones legislativas, ejecutivas y judiciales.

Rechazo de los partidos, unidad de la voluntad del proletariado expresada a través de los consejos (Tormin, 1987: 27).

El debate en torno a los consejos se enriqueció con las reflexiones en torno a la comuna; en esta:

Los ciudadanos de París y los trabajadores eligieron un parlamento según el viejo modelo, pero ese parlamento se convirtió inmediatamente en algo distinto de nuestro parlamento. No servía para entretener al pueblo con bellas palabras y para dejar que una pequeña camarilla de señores y capitalistas mantuviesen sus propiedades privadas; los hombres que se reunieron en el nuevo parlamento tuvieron que regular y administrar todo públicamente para el pueblo. Lo que era una corporación parlamentaria se transformó en una corporación de trabajo; se dividió en comisiones, que se encargaron por sí mismas de la confección de las nuevas leyes. De este modo, desapareció la burocracia como clase especial, independiente y dominadora del pueblo, quedando suprimida la separación entre el poder legislativo y el ejecutivo. Las personas que llegaron a los puestos más altos ante el pueblo eran a la vez elegidas y representantes que el propio pueblo se dio directamente a sí mismo, y que en todo momento quedaban sujetas a revocabilidad (Azzellini y Ness, 2017: 105).

Con las reflexiones de otros representantes del movimiento consejista, que “reconocían que en las sociedades industriales modernas no bastaba con reivindicar la supresión de la dominación, el mandato delegado o el autogobierno de las unidades sociales básicas, y que el movimiento obrero perdería parte de su fuerza moral con el establecimiento de un nuevo sistema de dominación de clases”. Y con el modelo impulsado por el presidente del Consejo Central, Max Cohen-Reuss, sustentado en un sistema bicameral

que él denominaba “democracia socialista” y en el que coexistirían un Parlamento elegido por el sistema electoral tradicional y una Cámara del Trabajo, con derechos iguales, elegida por sufragio indirecto a partir de los

consejos obreros pero que incorporase también a representantes empresariales. Otras propuestas de índole socialdemócrata limitaban los consejos al ámbito económico y pretendían traspasarles atribuciones tanto en la empresa como en la dirección de la economía (Hugo Sinzheimer, SPD). (Tormin, 1987: 27).

El Segundo Congreso Nacional se celebró entre el 8 y el 14 de abril. El debate de los consejos se mezcló con el de la socialización. En relación con ello, no existió en la socialdemocracia un modelo previo para la organización socialista de la economía nacional y solo cuando la Revolución de Noviembre estuvo en marcha impulsaron sin mucha convicción una reorganización social del sistema.

El término “socialización” comenzó a formar parte del lenguaje corriente solo después de la Revolución de noviembre. También había sido usado aisladamente antes. Por lo que pude comprobar, en 1875 lo utilizó por primera vez el insignificante filósofo universal Eugen Dühring, quien conquistó un lugar en la historia gracias a que Friedrich Engels lo hizo literalmente pedazos. Pero ni en Dühring ni en otros escritos del periodo no revolucionario en los que hallamos el término “socialización” tiene el particular significado que hoy le atribuye la conciencia de las masas.

Las “socializaciones” de las que habla Dühring son perfeccionamientos del mundo motivados ideológicamente y cuando en otra parte se habla de socialización, la palabra significa el proceso de desarrollo histórico considerado en términos puramente teóricos, de una “socialización” que se realiza por sí, o bien algo todavía más distante del actual concepto revolucionario de “socialización”, es decir, el perfeccionamiento meramente reformista del Estado existente, en el sentido de los ideales de política social que Eduard Bernstein y los suyos consideran como la realización del “socialismo” (Korsch, 1982: 39).

Sin embargo, la socialización se utilizó como un modo de frenar el acceso de las masas a los medios de producción, algo que ya había empezado en la zona del Ruhr, donde se había procedido al arresto de industriales como Thyssen y Stinnes (liberados por la intervención de comisarios socialdemócratas mayoritarios del pueblo), y de reconvertir la industria bélica que había

monopolizado en los cuatro años anteriores los esfuerzos económicos del Reich. El Gobierno provisional creó una “comisión de socialización” —formada por, entre otros, el científico K. Ballod, el propietario del trust de la AEG Walter Rathenau, Karl Korsch o el economista Rudolf Hilferding—, de la que el órgano socialdemócrata Vörrwärts decía que

El objetivo de la socialización no está en perjudicar a los poseedores, sino en ser útil a los que no poseen nada [...]. El socialismo no es solo un problema de repartición, sino, en primer lugar, un problema de producción [...]. La tarea de la Comisión consistirá en ejercer, al comienzo, una acción de apaciguamiento: dejará muy claro y precisará que no debe verificarse ninguna clase de experiencia poco razonable y que nadie lamente haber vuelto, tras la guerra, a sus ocupaciones habituales. Por otra parte, deberá ser bien consciente de que toda nacionalización, estatificación o socialización suponen la existencia de una nación, de un Estado, de una sociedad sólidamente constituidos, circunstancia que lamentablemente no se da ahora en Alemania. Hemos de crearlas primero para luego poder edificar un futuro sobre bases sólidas (Badia, 1971, vol. 1: 229).

La mayoría de las fábricas, industrias y minas siguieron perteneciendo a sus dueños y si algunas se “estatalizaron” se debió al necesario mantenimiento de la producción. Por otra parte, no se desarrolló la concepción de la dictadura del proletariado en la Alemania revolucionaria más allá de una consigna extendida o tomada como forma extrema de resistencia ante la violencia de la represión. Incluso la propia Luxemburg le daba otro significado al establecido en la URSS:

Pero esta dictadura no consiste en la eliminación de la democracia, sino en la forma de practicarla, esto es, en la intervención enérgica y decidida en los derechos adquiridos y en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin la cual no cabe realizar la transformación socialista. Pero esta dictadura tiene que ser la obra de una clase y no la de una pequeña minoría dirigente, en nombre de una clase, esto es, tiene que ir resultando paso a paso de la participación activa de las masas, asimilar su influencia inmediata, someterse al control de toda

opinión pública, surgir de la educación política creciente de las masas populares (Luxemburg, 1978, 2: 147).

Broué ha tratado de distinguir los consejos que se formaron en Alemania durante la revolución y en Rusia, en 1917. Para el historiador, la diferencia está “en el lugar que ocupan en ellos los antiguos partidos y sindicatos”. Uno de los problemas que existieron en el desarrollo de esta forma política fue que su exigencia democrática chocaba con las elecciones por aclamación o votaciones preparadas. El dominio del SPD, además de por su fuerte implantación, derivaba de la sistemática inclusión de candidatos conocidos (Broué, 1971: 189 y ss.).

Con el final de la República Socialista de Baviera y la aprobación de la Constitución de Weimar, el modelo desapareció en Alemania¹⁷. Se terminaba lo que Eisner tenía por un modelo de sociedad:

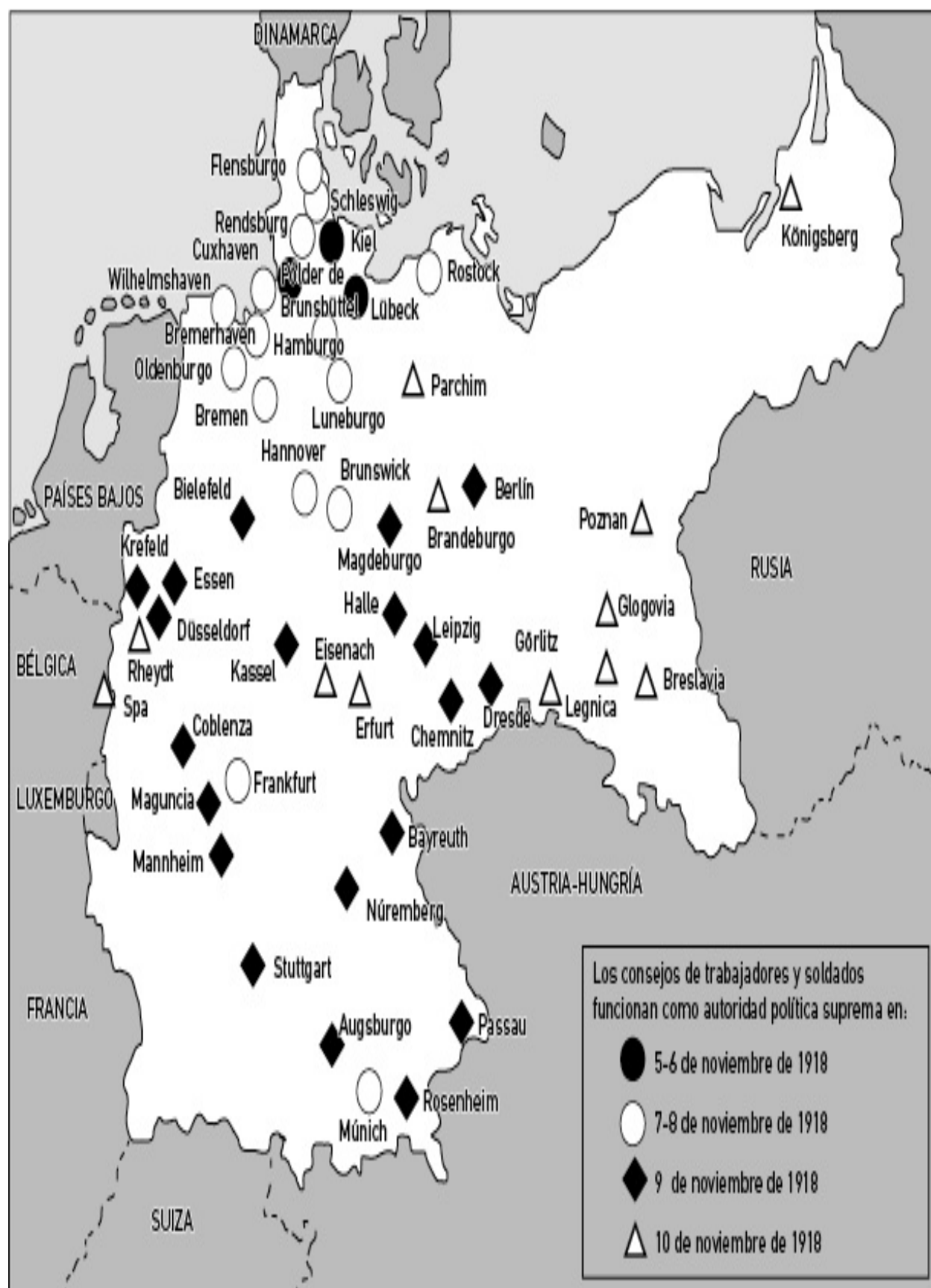
En los consejos de obreros, soldados y campesinos, en la ciudad igual que en las áreas rurales, todos pueden aprender cómo actuar política y económicamente. Estoy convencido de que la organización democrática directa de las masas debe ser la base del futuro desarrollo político. No habrá dirigentes y dirigidos; la masa del pueblo decidirá. No me cabe la menor duda de que existe hoy en el seno del pueblo alemán la capacidad política para trabajar por la totalidad de la sociedad y para sacrificarse a uno mismo por la totalidad. Los consejos son los cimientos de la democracia (Eisner, apud Phelan, 1990: 186).

Capítulo 3

Los hechos

En la vida comunitaria de los hombres de nuestro tiempo existe una única idea de territorialidad, de la que hablaremos más adelante: el común y la unión de los comunes.

Gustav Landauer



Mapa de las revoluciones de 1918

Con el comienzo de la Revolución rusa en febrero y con la entrada de EE UU en la guerra en abril, el año 1917 marca un cambio fundamental en el desarrollo del conflicto bélico. Si el primer acontecimiento afectará a las orientaciones de los partidos políticos progresistas y al sentido de las confrontaciones en el interior del movimiento obrero alemán, el segundo supone el inicio del desastre militar de Alemania y del Imperio austrohúngaro.

La primera manifestación de este cambio se produce como respuesta a una incipiente crisis alimentaria que se concreta en la primera gran huelga general que tuvo Alemania desde el inicio de la guerra. El 16 de abril 300.000 obreros paran en más de 300 empresas de Berlín, a pesar de los informes policiales que veían imposible acciones revolucionarias en las calles, pues el arresto de los dirigentes más radicales (como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht) había supuestamente privado al movimiento obrero izquierdista de una dirección enérgica. Fue fundamental el hecho de que algunas de las fábricas que participaron en la huelga fueran de armamento. La acción de los dirigentes socialdemócratas en contra de la huelga y colocándose al lado del Gobierno imperial consiguió romper el paro, excepto en tres de las más importantes fábricas, que resistieron hasta varios días después. Esta huelga tuvo eco en Leipzig, Halle, Brunswick y Magdeburgo. No era la primera: en agosto y en noviembre de 1916 había habido movimientos similares, pero este era diferente. Toller describe la situación en ese tiempo que va de abril de 1917 a noviembre de 1918:

El hambre campa por sus respetos en Alemania. Los profesores demuestran que el salvado posee el mismo valor nutritivo que la harina, que la mermelada endulzada con sacarina sienta mejor que la mantequilla y que las hojas de la patata son más saludables para los nervios y saben igual de bien que el tabaco. Las lecciones de los profesores no llegan hasta el estómago, el cual responde a semejante absurdo a su manera. La gente se desmorona, cae en la enfermedad y en la desesperación.

Hay un proverbio alemán que dice: “El hambre es un buen cocinero”. Pero a mí

ese cocinero me da horror cuando una tarde, a las puertas del cuartel de Neu-Ulm, veo a unos prisioneros de guerra rusos haciendo trasbordo de tren en su viaje a un nuevo campo de concentración. Se abalanzan sobre los toneles en los que los cocineros han arrojado mondas de patata y desperdicios, y los soldados restos de su comida, pan enmohecido y huesos, meten sus manos en esa masa que huele a agrio, ese forraje de puercos, y se llenan la boca con ello.

Cuando salimos del cuartel, delante del portón hay montones de niños escuálidos que mendigan un mendrugo y se dan por contentos si logran atraparlo (Toller, 1987: 95-96).

Más allá de la reivindicación por las condiciones de vida depauperadas (entre otras, aumento de las raciones de comida y de la partida de carbón), la huelga estaba atravesada por la consigna que desde el primer momento había existido en el seno de la izquierda alemana: acabar con la guerra y hacer que las masas se apropiasen de su propio destino, que incluía, entre otras medidas: una declaración gubernamental en favor de una paz sin anexiones, la supresión de la censura, la abolición de la ley de movilización de la mano de obra, la liberación de los detenidos políticos y la introducción del sufragio universal. La asamblea que se creó, y que redactó siete puntos con la intención de llevarlos hasta la misma Cancillería, tuvo el carácter de primer consejo obrero de Alemania. Hindenburg, el comandante en jefe del Ejército, habló abiertamente de que tales manifestaciones debilitaban la capacidad defensiva del país y eran una clara traición a los soldados que estaban en el frente. La carta, que, aunque de carácter interno, fue publicada por varios diarios sindicales, en la que se recogían sus puntos de vista, denominaba a los huelguistas “perros” (Badia, 1971, vol. 1 : 140). La tesis espartaquista era que la paz solo podría venir de la caída del derrocamiento de los gobiernos reaccionarios, de la revolución (“Carta política nº 6”, Badia, 1971, vol. 1: 142), y esta no saldría de los parlamentos, sino de las calles.

Si durante el Primero de Mayo no hubo manifestaciones, en el verano de 1917 se produjo una rebelión en la flota que estaba situada en el mar del Norte y que tendría su eco en los inicios de la revolución en 1918. Enfrentados con los oficiales, los marineros se organizaron, siguiendo el modelo soviético, junto con miembros de los socialdemócratas independientes, comités que representaban a la tripulación de los barcos, y celebraron mítines desobedeciendo las órdenes

expresas de no desembarcar. El resultado fue que el almirantazgo mandó arrestar a los principales dirigentes del movimiento y los juzgó rápidamente. Cinco fueron condenados a muerte, aunque solo dos fueron ejecutados (Broué, 1971: 108).

El horizonte político de los espartaquistas y de otros grupos de la izquierda radical incidía en la necesidad de una quiebra del orden imperial. En su manifiesto *La hora de la decisión* (Die Stunde der Entscheidung) señalaban que “solo existe una manera de detener la masacre de los pueblos y conseguir la paz: llevar a cabo una lucha de masas, de huelgas masivas que paralicen toda la economía y la industria de guerra, es decir, instaurar, a través de la revolución de la clase obrera, una república popular en Alemania” (Badia, 1971, vol. 1: 150).

Con el ejemplo de los obreros austríacos, que habían parado del 14 al 20 de enero de 1918, los espartaquistas y un grupo de socialdemócratas independientes impulsaron una huelga general capaz de acabar con el estado de sitio y superar las reivindicaciones reformistas para definir los caminos de la revolución, en un manifiesto titulado *El lunes 28 de enero empieza la huelga de masas* (Am Montag 28, Januar der Massenstreik!), donde ya se interpelaba a trabajadores y soldados a organizarse siguiendo el modelo de consejos que debía sostener la nueva república, de acuerdo con los propuestos en Rusia y Austria. 400.000 trabajadores paralizaron las principales fábricas y se eligieron delegados que exigían medidas económicas, de política exterior, la democratización de las instituciones, la instauración del sufragio universal en Prusia, etc. Dada la situación, algunos responsables sindicales del SPD propusieron que este partido entrara en la dirección de la huelga. A pesar de que Ebert había afirmado que los obreros debían “sostener a sus hermanos y padres ahora en el frente y suministrarles las mejores armas”, continuando la política belicista que los había caracterizado desde el comienzo de la guerra, declaró que las reivindicaciones de los huelguistas eran justas. El SPD modificaba así su posición para tratar de avanzar desde el furgón de cola en que estaba en el proceso revolucionario hasta la locomotora, lo que conseguirían en enero de 1919. El 29 de enero, la huelga se había extendido por las grandes fábricas del Ruhr, Kiel, Bremen, Hamburgo y Dresde. El que será presidente de la República de Baviera, Kurt Eisner, es detenido y condenado a nueve meses de cárcel. La nueva posición del SPD disgustó profundamente a los poderes del Estado que no querían que el Partido Socialdemócrata se sumara al proceso revolucionario. Las tesis de los militares triunfaron y se desencadenó un amplio número de acciones represivas: la ocupación de la casa de los sindicatos, la prohibición de comités de huelga, la

ocupación militar de fábricas y tranvías, arrestos masivos, la prohibición del Vorwärts y movilizaciones para el frente. La huelga termina:

El Comité, con los diputados independientes a la cabeza, no sabía qué hacer con la energía revolucionaria de las masas. Por cretinismo parlamentario, por su deseo de aplicar el esquema previsto para todas las huelgas sindicales, sobre todo por falta de confianza en las masas, pero también —y esta no es la razón menos importante— porque, desde el comienzo, los Independientes imaginaban la huelga como un simple movimiento de protesta. A causa de predominar esta mentalidad, el comité se limitó, bajo la influencia de los diputados, a intentar el inicio de negociaciones con el Gobierno, en lugar de rechazar categóricamente cualquier negociación y desencadenar la energía de las masas bajo las formas más variadas. De todos estos hechos, “las altas esferas” sacaron la conclusión de que era simplemente un movimiento de protesta, mientras que las masas y el consejo obrero le daban un carácter revolucionario. La conclusión es que el movimiento se convirtió en un híbrido y, cuando el Gobierno se negó a negociar, el comité se encontró con que no sabía qué hacer. Durante la postrera (segunda) reunión del consejo obrero, el último día de huelga (sábado), la disposición de los delegados era todavía excelente (Badia, 1971, vol. 1: 158).

Tras esta huelga, las grandes manifestaciones obreras cesaron hasta tal extremo que, en la “Carta nº 6” (junio de 1918), los espartaquistas se lamentaban de que “el proletariado alemán, que ha dejado pasar el momento de detener las ruedas del carro del imperialismo, se deja conducir hacia la destrucción del socialismo y la democracia en toda Europa” (Badia, 1971, vol. 1: 164).

En este tiempo se producía la unión de dos organizaciones de Berlín: la Berliner Jugendbildungverein (de tendencia espartaquista) y la Vereinigung Arbeiterjugend (de tendencia independiente, USPD). Ocurría, pues, por la base, una unidad programática y de acción que se extendería al resto del país.

En octubre de 1918, la búsqueda por parte del Gobierno alemán de un armisticio suponía la confirmación de que la guerra no podía ya ganarse. El canciller Max de Baden habilitó una “parlamentarización del régimen” e invitó al SPD a participar en un nuevo Gobierno. Scheidemann, Bauer y David aceptaron con la

intención de transformar Alemania en una monarquía constitucional, evitar el colapso institucional y frenar las tensiones revolucionarias que habían aparecido en los últimos tiempos. Los socialdemócratas independientes, que apoyaban las tesis del presidente norteamericano Wilson, vieron estos cambios como una oportunidad para modificar el sistema político a través del Parlamento. Los espartaquistas, por su parte, en el seno de USPD, y los Linksradikalen (izquierdistas radicales) de Bremen, que no formaban parte del USPD, denunciaban las consecuencias de esta política: “El Partido socialista gubernamental, al participar en el actual Gobierno, obstaculiza el camino de la revolución proletaria que se acerca. La revolución proletaria le pasará por encima. Su primera consigna, su primera etapa debe ser la República Alemana”.

El 7 de octubre, en la conferencia espartaquista de Berlín, se instaba, una vez más, a “constituir inmediatamente Comités de obreros y de soldados en todo lugar donde todavía no funcionen”. También se decidió incrementar la agitación entre los soldados” (Badia, 1971, vol. 1: 167). En cambio, el Vörrwärts decía: “La Revolución rusa ha apartado la democracia y establecido en su lugar la dictadura de consejos de obreros y soldados. El Partido Socialdemócrata rechaza sin equívocos la teoría y el método bolchevique para Alemania y se pronuncia por la democracia” (Broué, 1971: 137). El programa salido de la conferencia tenía varios puntos fundamentales: además de las medidas inmediatas como la puesta en libertad de los presos políticos o la supresión de todas las dinastías, otras apuntaban a un cambio radical de régimen, como la expropiación del capital bancario, minero y siderúrgico o la expropiación de todos los grandes y medianos propietarios agrícolas. Una vez iniciada la revolución, los independientes y el SPD trataron de frenarla ofreciendo un puesto en el Gobierno a Liebknecht. Finalmente, el militante espartaquista rechazó el mismo al serle negada, según Luxemburg, la condición que había puesto: que desde el principio el nuevo Gobierno practicara una política socialista.

Las movilizaciones se suceden por todo el país. Los espartaquistas discuten la oportunidad de una insurrección armada, incluso ya se había formado una dirección revolucionaria formada por Liebknecht, Wilhelm Pieck y Ernst Meyer, pero la falta de preparación de las masas los lleva a decidir el uso de la huelga general inicial para, poco a poco, tomar medidas más audaces hasta la insurrección (Broué, 1971: 143).

La progresiva descomposición del régimen, la insistencia cada vez más unánime del deseo de paz de la población alemana y la convicción de que solo el aparato

militar del Reich y el rey Guillermo II lo impedían, no disuadió al Alto Estado Mayor del Ejército, aun con la guerra ya perdida, de seguir haciendo declaraciones y proyectando distintas operaciones militares.

Está claro que nuestra situación no puede mejorar. El desastre en el sudeste prosigue su curso, no cabe ninguna duda. Pero los inusitados esfuerzos del pueblo alemán podrían haber desalentado a los pueblos y a los ejércitos franceses, ingleses e incluso americanos. Aún podíamos proseguir la lucha durante algunos meses. Una fortaleza que se rinde antes de haberlo intentado todo hasta el final queda condenada a la maldición del deshonor. Un pueblo que acepta la humillación y se deja imponer condiciones que aniquilan su existencia como tal, sin defenderse hasta las últimas consecuencias, se hunde irremisiblemente. Pero si se ve obligado a soportar tales afrentas después de haberse esforzado hasta la extenuación, entonces sobrevivirá (Haffner, 2005: 54).

Wilhelmshaven-Kiel

El 29 de octubre de 1918, en la ciudad alemana de Wilhelmshaven, al norte del país, donde estaba concentrado el mayor contingente de la flota armada, después de que se hubiera aceptado el cese de la guerra submarina por el Gobierno alemán, los jefes de la misma decidieron, a espaldas de las indicaciones del nuevo Gobierno, iniciar una ofensiva contra la flota inglesa en el mar del Norte. Para algunos historiadores, esta decisión tiene un carácter claramente político, ya que no había ninguna posibilidad de que la guerra cambiara de orientación. La orden dada por los oficiales de la flota fue respondida con una insubordinación de los marineros. Según el testimonio escrito de Ernst Schneider, un militante comunista activo en diversas organizaciones, publicado en 1943 con el título *La revuelta de Wilhelmshaven* bajo el pseudónimo de Ícaro, los marineros reunidos saludaban con un “larga vida a Liebknecht”. Se reproducía en parte la situación de 1917 y continuaba otras resistencias que se habían dado a lo largo de todo el año 1918 (Kuhn, 2012: 8). Haffner relata que

un enviado de los marineros había subido a bordo del *Thüringen*, uno de los dos barcos de línea que se habían negado a zarpar el 30 de octubre, para comunicarle al primer oficial que el ataque naval planeado no se ajustaba a la política del nuevo Gobierno. El oficial contestó con sequedad (según la posterior declaración del marinero durante la instrucción del consejo de guerra): “¡Sí, de vuestro Gobierno!”. Esta conversación aclara la disparidad de posturas en pocas palabras: Eran los oficiales quienes ya no reconocían al Gobierno como suyo y las tropas las que creyeron que tenían que luchar por “su” Gobierno. Desde su punto de vista, actuaron en legítima defensa del Estado y salieron en apoyo del marco legal establecido; si se amotinaron, entonces se puede decir que lo hicieron contra los amotinados (Haffner, 2005: 58).

Las tripulaciones amotinadas del *Thüringen* y el *Helgoland*, como las del *Baden* y el *Hindenburg* (Kuhn, 2012: 9) se hicieron con el control de los dos buques y

arrestaron a los oficiales. Una parte de los marineros que estaban en tierra se negaron a subir a sus barcos. Hubo enfrentamientos y disparos. La operación militar fue, finalmente, cancelada, pero los marineros que habían desobedecido las órdenes y se habían sublevado fueron detenidos y enviados al puerto de Kiel. Una delegación de marineros trató de negociar la liberación de sus compañeros. Ante la negativa de la comandancia, se realizó una asamblea en la casa del sindicato (Gewerkschaftshaus) entre los marineros y los trabajadores de los astilleros. La imposibilidad de volverse a reunir allí por estar bloqueada la entrada por guardias armados hizo que la reunión se realizara al aire libre en el recinto de un campo de instrucción. A esta asamblea asistieron miles de trabajadores. La manifestación que sucedió a los mítines fue reprimida por una patrulla militar que ordenó disparar contra los participantes. Nueve muertos y veintinueve heridos fue el resultado del primer suceso cruento de la revolución.



Opmarsch van 0.18.45 Haven

Sublevación de los marineros de Kiel

El 4 de noviembre, los marineros de la tercera escuadra eligieron a los miembros de sus consejos, desarmaron a los oficiales y tomaron bajo su control los barcos izando la bandera roja. Horas después, una columna de marineros armados dirigidos por el contramaestre Artelt desembarcó en la ciudad, ocuparon la prisión sin que se opusiera resistencia y liberaron a los marineros presos. Después, ocuparon los edificios públicos y la estación. El destacamento militar procedente de Altona que venía a reprimir la sublevación fue desarmado. El 5 de noviembre, la *Völkische Zeitung* (Gaceta Popular) de Schleswig-Holstein escribía: “La revolución está en marcha. Lo ocurrido en Kiel se repetirá los días próximos en otros sitios y dará impulso a un movimiento que se extenderá por toda Alemania” (Ramos-Oliveira, 1995, vol. 1: 302). Kiel era la primera ciudad en la que la revolución había triunfado.

Enterados de los sucesos de Kiel, el Gobierno de Berlín envió a Gustav Noske y a Haussmann, que fueron recibidos con júbilo por los insurrectos. La convicción de los marineros era que debían extender el proceso revolucionario por todo el país. El resultado fue que los marineros emprendieron una marcha por esa zona y llegaron el 5 de noviembre hasta Lübeck, Brunbüttelkoog; el 6, hasta Hamburgo, Bremen y Wilhelmshaven; y el 7, hasta Hannover, Odelnburg y Colonia. Sin apenas resistencia, las instituciones imperiales fueron cayendo y las autoridades locales quedaron bajo el control de los consejos:

Por dondequiera que pasaran los marineros se les unían los soldados de las guarniciones y los trabajadores de las fábricas, como si les hubieran estado esperando; prácticamente en ningún lugar encontraron una firme resistencia; por todas partes, el orden vigente se desmoronaba como un castillo de naipes. [...] A partir del tercer día, la revolución ya no necesitó del impulso de los marineros; como si se tratase de un incendio forestal, ahora la revolución se abría paso por sí misma. Por todas partes, como por acuerdo tácito, sucedía lo mismo: los soldados de las guarniciones elegían sus consejos de soldados, los obreros escogían sus consejos de trabajadores, las autoridades militares capitulaban, se entregaban o huían, y las autoridades civiles, atemorizadas e intimidadas,

reconocían tímidamente la nueva soberanía de los consejos de trabajadores y de soldados. El mismo espectáculo se repetía por doquier: se veían por todas partes concentraciones de personas por las calles, grandes asambleas populares en las plazas de los mercados, por todas partes se veían escenas de hermanamiento entre marineros, soldados y civiles extenuados. En todas partes se trataba en primer lugar de liberar a los presos políticos; después de las prisiones, se ocupaban los ayuntamientos, las estaciones, las comandancias militares, e incluso a veces las redacciones de los periódicos (Haffner, 2005: 62).

Sin embargo, el encargo del Gobierno socialdemócrata era sofocar esta revolución. Días después, Noste había restituido la autoridad de los oficiales y recompuesto la capacidad ofensiva de la marina. En sus memorias, el príncipe Max escribió que “el destino de Alemania dependía de que Ebert emulara a un mayor nivel la tarea que su compañero de partido había realizado”, es decir, que el movimiento “diera marcha atrás” en todo el país. Para el príncipe Max Noske, había hecho “un trabajo sobrehumano” (Haffner, 2005: 68).

Stuttgart

Al sur del país, la capital del estado de Baden-Wurtemberg había sido ducado, principado y, desde 1806, reino. Allí existía una red de delegados de fábricas desde septiembre que impulsaba las movilizaciones obreras. En su diario, Friz Rück señala que la movilización de las masas solo podía hacerse desde los centros de trabajo y que “la adhesión oficial al partido independiente [al USPD], por antipática que nos sea políticamente, nos deja las manos libres y nos permite construir en las fábricas, bajo la cobertura de un trabajo de organización de partido legal, un sistema bien sólido de hombres de confianza” (Broué, 1971: 143). Este grupo disponía de un periódico regional, Der Sozialdemokrat, que había sido suspendido. Tras los primeros pasos revolucionarios, editaría Die Rote Fahne.



Revolución en Stuttgart

Desde 1914, Stuttgart era una de las ciudades más fuertes de la izquierda alemana. El USPD tenía una gran influencia de los espartaquistas, y otros grupos radicales eran activos y numerosos. El 30 de octubre de 1918 coincidieron dos importantes reuniones en Stuttgart y, en ellas, se distribuyó un manifiesto de la dirección local del USPD, pero dominada por los izquierdistas, en el que se incluían algunos de los puntos del programa espartaquista: la creación de un “parlamento popular compuesto por obreros y soldados” y “la expropiación de bancos, minas e industria siderúrgica”. Una manifestación a la salida de la reunión izquierdista se dirigió al palacio real al grito de “¡Viva la República!”. El 4 de noviembre, el comité de acción de Stuttgart convocó una huelga que paralizó la ciudad y entregaron al ministro del Interior local el llamamiento distribuido días antes. Se eligió un consejo obrero central y se hizo un llamamiento para que otras ciudades de Wurtemberg constituyeran sus propios comités locales. La acción revolucionaria consiguió bloquear las instituciones de la ciudad, pero no el resto del estado. Un aspecto relevante es que, al contrario que en otros casos, en el Gobierno provisional de Wurtemberg colaboraron socialdemócratas mayoritarios, espartaquistas (August Thalheimer y Albert Schreiner) e independientes, hasta que la central berlinesa espartaquista hizo dimitir a sus dos parlamentarios estatales (Broué: 168). Poco después, las autoridades del estado consiguieron detener a los responsables de los comités obreros, el de las fábricas Daimler y el de las industrias de armamento de Friedrichsafen, al mismo tiempo que se conocía la noticia de que la revolución se extendía por toda Alemania.

Halle

A esta ciudad situada en Sajonia-Anhalt llegaron militantes obreros en tren el 6 de noviembre a la cabeza de los marineros amotinados. Consiguieron el levantamiento de los soldados del 14º regimiento y asaltaron los otros cuarteles. El marinero Karl Meseberg, del USPD, presidía el consejo de soldados que se había fusionado con el de obreros. De nuevo, fue una red de delegados la que permitió la unidad de acción que facilitó la constitución de un Consejo de Obreros y Soldados notablemente influidos por los comunistas.

Hanau

Al este de Fráncfort, esta ciudad del estado de Hesse, en el centro de Alemania, era un núcleo importante de la industrialización y poseía un centro de comunicaciones ferroviarias fundamental para el país. Las revoluciones de 1830 y 1848 tuvieron un fuerte impulso aquí. Anexionada a Prusia desde 1866, una manifestación obrera se enfrentó a la policía. En esa misma jornada, se creó un Consejo de Obreros y Soldados que presidía el espartaquista Schnellbacher. Este consejo estableció la prohibición de cualquier despido e impuso la reducción de la jornada laboral a ocho horas (Broué, 1971: 149, 167). Cerca de Hanau, en Fráncfort, se creó una guardia obrera.

Ruhr

El valle del Ruhr, corazón industrial de Alemania, centro de los enfrentamientos más duros en las luchas obreras durante el siglo XIX, había tenido un estatuto especial durante la Gran Guerra al ser considerado zona desmilitarizada. Su parte oeste había sido ocupada por la Triple Alianza. El Ruhr había participado en las huelgas de 1916, 1917 y 1918. La fuerte organización sindical tenía representación de todas las tendencias políticas. Incluso era importante un sindicato cristiano y una organización que representaba a los migrantes polacos. Allí, los grandes dirigentes industriales, como Krupp, Thyssen o Stinnes, habían cedido en algunas de las reivindicaciones laborales para evitar los conflictos. El 9 de noviembre, la revolución se había producido pacíficamente en este valle, sin encontrar prácticamente ninguna oposición (Harman, 2015: 135). Las condiciones habían cambiado mucho en diciembre (hambre y aumento en un 50 por ciento del precio del carbón), lo que provocó conflictos que no pudo resolver el trabajo burocrático de algunos delegados sindicales. Lo más grave fue que, en enero de 1919, se produjeron incidentes entre mineros y fuerzas de seguridad formadas tras la revolución. Esto provocó una exigencia de reelección en los consejos de obreros y soldados. Se sumó la demanda de los trabajadores para que se pusiera en marcha la socialización de las industrias. El 10 de enero se desarrolló una conferencia en Bremen que designó una comisión para preparar la socialización de las minas. Contó con el apoyo del Gobierno de Berlín. Sin embargo, los intentos de llevar a cabo el proyecto chocaron con numerosos obstáculos.

En febrero, durante una nueva conferencia de los consejos de obreros y de soldados de la zona, se designó al comunista Karski para que presentara un ultimátum, bajo la amenaza de una huelga general (Harman, 2015: 137). La decisión de los mineros se reforzó con el apoyo del consejo de soldados del 7º cuerpo del Ejército acuartelado en Münster, al norte del valle. Berlín respondió enviando a dos unidades de Freikorps, que se dirigieron de Bremen al Ruhr. A pesar de la resistencia inicial, las villas de mineros fueron ocupadas y la represión fue brutal. En respuesta, se convocó una huelga general que apoyaron un gran número de socialdemócratas. Los combates se produjeron en numerosas

localidades y los obreros armados se conformaron como el “primer Ejército Rojo del Ruhr”. Este estado de tensión en la zona se mantendrá durante muchos meses, aunque perdiendo poder político, y sus gentes serán quienes consigan parar el golpe de Estado de Kapp, ya en 1920.

Múnich, I

A pesar de los intentos de la casa Wittelsbach, que reinaba en Baviera, el reino siguió siendo básicamente un estado alemán con mayor peso del campesinado. Sin embargo, los lentos y progresivos cambios modernizadores le permitieron dotarse de instituciones fuertes y estables. A comienzos de noviembre, los insurrectos de Kiel pasaron por Múnich y llevaron las noticias de la revolución en marcha. El 7 de noviembre se había convocado, con las garantías del líder de los socialdemócratas del SPD, Erhard Auer, una concentración en la Theressienwiese, un prado emblemático para la historia de la realeza bávara. Tras los discursos en favor de la paz y contra la monarquía, la concentración se dividió en dos: una, encabezada por Auer, se dirigió hasta el monumento del Ángel Caído; la otra, guiada por Eisner, se dirigió hacia los cuarteles donde se formaron los primeros consejos de soldados, llegó hasta el Parlamento local y proclamó allí el Estado Libre de Baviera, el fin de la guerra, y forzó la abdicación del rey Luis III.



Revolución en Múnich

El historiador Allan Mitchell considera este acto una ruptura de los acuerdos a los que se había llegado. Eisner escribe en su proclamación: “Para reconstruir después de muchos años de destrucción, el pueblo ha derrocado el poder de las autoridades civiles y militares y ha tomado el régimen en sus manos” (Mitchell, 1965: 101). Desde el primer momento, el triunfo de la revolución en Baviera se considera una anomalía: impulsada por una bohemia radicalizada, de corte anarquista, entre los que se encuentran Gustav Landauer, Ernst Toller y Eric Musham; uno de los estados más conservadores, dominado por el clero y con una población de ocho millones de habitantes constituida básicamente por campesinado católico. Un estado sin grandes ciudades industriales antes de la guerra mundial. Sin embargo, durante la guerra, Múnich había tenido un cierto crecimiento del proletariado con la instalación de una fábrica de municiones de Krupp, y la ciudad, al ser un lugar de estancia de las tropas que venían del frente, había adquirido un conocimiento directo de lo que sucedía en la guerra, adaptando poco a poco una fuerte oposición a la misma.

Como en Berlín, se produjo una dualidad de poderes que acabó resolviéndose con un reparto de la nueva Administración. A las tensiones derivadas de esta misma lucha se unieron las reivindicaciones separatistas de buena parte de la población enfrentada a la Prusia protestante¹⁸. Si bien Eisner trató de sostener el equilibrio entre los poderes contendientes, comprometiéndose a convocar “en tiempos de mayor paz y desarrollo” una asamblea constituyente, lo cierto es que la precariedad del nuevo estado procedía, por un lado, de los más de 6000 consejos obreros y campesinos que se habían censado durante las jornadas revolucionarias (Harman, 2015: 164) y del hecho de que no tenían, la mayoría de ellos, base en las fábricas y cuarteles; y por otro, porque el SPD trataba de imponer a toda costa un sistema parlamentario que acabara con el modelo de consejos que intentaba consolidarse. Es importante tener en cuenta que Eisner estuvo apoyado desde un principio por un Consejo Revolucionario de Trabajadores (Revolutionärer Arbeiterrat), cuyos miembros pertenecían mayoritariamente al USPD, una institución encargada de la organización de elecciones en las fábricas, la formación de los trabajadores y la coordinación de los diferentes consejos de trabajadores, soldados y campesinos, de muy distintas tendencias algunos de ellos, a través del Consejo Central de Baviera. En la

sección de Múnich estaba, entre otros, Gustav Landauer. Por su parte, Erich Mühsam había fundado, con otros intelectuales y trabajadores, una organización revolucionaria proletaria, la Alianza de Revolucionarios Internacionalistas de Baviera (Bund Revolutionärer Internationalisten), que demandaba la realización del socialismo y que funcionó como crítica por la izquierda, manteniendo el apoyo a Eisner, de las medidas de su Gobierno (Kuhn, 1991: 213 y ss.)¹⁹. No es extraño, entonces, que durante las primeras sesiones del Consejo Nacional Provisional se discutiera la cuestión de la soberanía y el problema de la representación. La mayor parte de las masas revolucionarias no pedían una dictadura de los consejos. De hecho, fueron los propios consejos los que convocaron una asamblea nacional, como recuerda Haffner. Se reclamaba una democracia de los consejos:

una construcción constitucional parecida a la de Bismarck, solo que cabeza abajo, o mejor dicho, renovada de pies a cabeza: los consejos de trabajadores y soldados como poder supremo del Estado, como antes lo habían sido la aristocracia y la alta burguesía; un partido socialdemócrata reunificado como partido de Estado y de Gobierno independiente del Parlamento, tal y como habían actuado antes los conservadores; y de paso, como antes, un Parlamento escogido libremente por todo el pueblo —también por las clases que ya no eran dominantes— como representación del Pueblo y órgano legislativo y de control, tal vez incluso con derechos más amplios que el viejo Reichstag, pero sin poder absoluto. Esa era la constitución a la que aspiraba en todas partes la revolución alemana de 1918 (Haffner, 2005: 184).

La Asamblea Nacional significaba, para Landauer, “que la revolución desengancha sus caballos y los lleva al establo” (Kuhn, 2012: 172). El equilibrio de fuerzas dio lugar a problemas del orden y seguridad pero, sobre todo, al mantenimiento de la maquinaria burocrática del anterior estado sobre la que no se habían hecho reformas sustanciales que funcionó contra la forma-Consejo. El 22 de noviembre, en una carta a Martin Buber, Landauer escribe que “la situación en Múnich es muy seria: será un milagro si la revolución sobrevive a los problemas económicos dejados por la guerra” (Kuhn, 2012: 172-173). Ante su hermano Hugo, Landauer insiste en que la Entente quiere un Gobierno elegido por la Asamblea Nacional como condición para las negociaciones de paz

(Kuhn, 2012: 174). La crisis agudizó esa situación y Landauer le escribe entonces, 2 de diciembre, después de haber discutido en anteriores cartas sobre las posiciones de cada uno algo, que sugiere la complejidad que debía caracterizar los debates:

Es imposible continuar esta correspondencia. No hay tiempo suficiente. Y tú estás demasiado sentimental para comprender lo que te estoy diciendo. En mi decepción tranquila con el género humano, he previsto todo lo que debe pasar antes de que la miseria traiga a hombres para decidir. ¿Y conviertes esto en algo feo y vergonzoso? ¡Me conoces, y tal malentendido no debería ser posible! Tu contradicción es permanente. Primero dices que el pueblo está ya listo para el socialismo; entonces me impulsas para comprender que no lo están. ¡Me acusas de esperar para introducir el socialismo desde arriba! ¿Cómo tendré el tiempo para clarificar todo esto? (Landauer, apud Kuhn, 2012: 180).



Eisner en una manifestación revolucionaria en Múnich

El triunfo del Partido Popular Bávaro en las elecciones del 12 de enero, boicoteadas por anarquistas y comunistas, llevó a la República hasta una situación aún más problemática de enfrentamiento entre el nuevo Parlamento y los consejos, más aún cuando el SPD y los liberales trataban de organizar un nuevo Gobierno. Eisner, que tenía intención de incluir en la constitución la incorporación de los consejos, iba a dimitir el 21 de febrero, cuando fue asesinado:

El asesino, un joven con gabardina que desde la entrada de una casa se acercó a Eisner y le disparó a la cabeza dos balas de revolver a bocajarro, era un nazi medio judío. El conde Arco-Valley había sido expulsado de la Sociedad Thule, una asociación que más tarde se vanagloriaría con razón de haber sido la célula originaria del movimiento nazi, por no decir que su madre era judía. Por eso quería, tal como más tarde escribió el fundador de la Sociedad Thule Rudolf von Sebottendorff, “demostrar que también un medio judío era capaz de ejecutar un acto heroico”. Eisner murió en el acto. Un guardaespaldas de Eisner disparó al asesino y lo hirió de gravedad, pero se recuperó, fue juzgado e indultado. Vivió hasta 1945. Tras este crimen sangriento, que inmediatamente fue divulgado en todo Múnich y desató ira y horror, se produjo acto seguido un segundo intento de asesinato. Un carnicero llamado Lindner, apenas tuvo noticia del asesinato de Eisner, cogió su pistola lleno de rabia, corrió hacia el edificio Landtag, consiguió entrar por la fuerza, apuntó al líder del SPD Auer, que en esos momentos pronunciaba en un tono convencional de indignación un discurso en memoria de su oponente asesinado, y le disparó. Lo interesante es que, al parecer, Lindner asumió como evidente que tras el asesinato de un dirigente revolucionario debía esconderse necesariamente el líder del SPD del momento. Hasta ese punto habían llegado las cosas en la Alemania de entonces. Realmente, Auer no tenía nada que ver con el asesinato de Eisner. Sobrevivió a sus heridas, pero durante años quedó apartado de la vida política (Haffner, 2005: 186-187).

El programa de la nueva República de Baviera prometía la redistribución de la

tierra, pero dejaba sin concretar la manera en la que se iba a hacer. Para la industria había propuesto la incautación de las grandes minerías, el aumento de la energía hidráulica y un extenso programa de electrificación (Mitchell, 1965: 120). Para Haffner, “al revés que en Berlín, en Múnich la revolución no cayó desde el primer momento en manos de sus propios enemigos; al revés que en el resto del Reich, no fue obra de masas, sino de líderes” (Haffner, 2005: 179). Así:

La Revolución de Noviembre en Múnich fue cosa de un solo hombre. Todos los componentes de la revolución berlinesa del 9 y 10 de noviembre (el cambio de opinión de las tropas, la concentración de masas, la proclamación de la república, el parlamento revolucionario, la constitución del Gobierno, la elección de los consejos) habían tenido lugar en Múnich dos días antes en una sucesión algo distinta, durante la noche del 7 al 8 de noviembre, y todo se realizó bajo la dirección y el protagonismo absoluto de Kurt Eisner: fue al mismo tiempo Otto Wels y Karl Liebknecht, Emil Barth y Scheidemann, y en cierto sentido también el Ebert de la revolución de Múnich; porque él fue el único que sabía exactamente lo que quería y entendió cómo podía llevarlo a cabo (Haffner, 2005: 180).

Sin tener en cuenta la evidente exageración, lo cierto es que Eisner concentró en sí todos los caminos posibles de la república, excepto el que planteaban los comunistas y, claro, las clases dominantes. Y tuvo siempre presente la determinación que los procesos exteriores tendrían sobre la revolución:

Al contrario que Ebert, Eisner tuvo desde el primer día una visión inequívoca de la situación internacional de la Alemania vencida y una concepción muy clara de la política exterior a seguir. Veía el peligro de una paz impuesta e intentó anticiparse a ella dando pruebas irrefutables de la ruptura con el pasado en el interior del país y estableciendo contactos directos con las potencias occidentales, sobre todo con Estados Unidos; Rusia apenas le interesaba. Al seguir este tipo de política, Eisner topó más adelante en Berlín con un rechazo total ya que allí se mantenía una política exterior plenamente continuista respecto a la del Reich, y la ruptura sin contemplaciones de Eisner con la política

de guerra de 1914 se consideraba una “actitud indigna”; más tarde, todo el mundo se quedaría de una pieza cuando los vencedores en Versalles trataron al “nuevo” Reich alemán de Ebert como si fuera el viejo imperio derrotado (Haffner, 2005: 182).

Paul Frölich, en un libro publicado en 1920, caracterizaba los hechos de Múnich: “La revolución bávara de los consejos comenzó como una farsa y terminó como una tragedia. Sus inicios fueron grotescos, ridículos. Pero se escondía detrás de ellos una significación histórica. Es el fin de una etapa de la Revolución alemana alcanzada ya en Berlín en enero [de 1919]” (Frölich, apud Harman, 2015: 161).

Toller señala que desde el inicio de la revolución se preparó la contrarrevolución:

En Baviera, la actividad de los consejos de obreros, campesinos y soldados dificulta el reagrupamiento de la reacción, la cual encuentra aliados en los ministros socialistas de derechas. Se forma una Milicia Ciudadana, con la ayuda de Auer, quien no se recata en impulsarla y armarla. Dicha milicia constituye la primera organización puesta en pie por las fuerzas de la contrarrevolución, precursora del Orgesch, del Casco de Acero, de la Milicia Autóctona y de las Tropas de Asalto nacionalsocialistas. Un día mandarán a paseo a sus padrinos. Junto a las milicias legales actúan las ilegales. Los empresarios dan dinero para el pago de una tropa de mercenarios. Los antiguos oficiales vuelven a tener qué hacer y se ponen a fraguar planes para la ocupación de los edificios gubernamentales, organizan centros de espionaje y comandos dinamiteros e, incluso, preparan dispositivos de alarma aérea. Cuando se lanzan al ataque pretextan hacerlo bajo el imperativo de defender a la Asamblea Nacional contra los bolcheviques, pero en realidad su golpe de mano supone el derrocamiento de la república. Por mandato del Consejo de Trabajadores revelo ante el Consejo Nacional provisional los planes de que hemos obtenido información. La Milicia Ciudadana trabaja en la clandestinidad y pronto saldrá a la luz (Toller, 1987: 106).

Hamburgo

Después de la revuelta de Kiel, el día 5 tuvo lugar un mitin del USPD. Wilhelm Dittmann, uno de los fundadores del partido, hizo frente a un grupo de marineros que reclamaba la organización de una manifestación en favor de los detenidos en Kiel. Los acontecimientos en aquel puerto desencadenaron en toda esta zona una gran agitación y solidaridad. Al día siguiente, un grupo de militantes, entre los que estaba el responsable de la Juventud, pacifista y desertor, llegado clandestinamente a la ciudad (Broué, 1971: 147), Friedrich Peter, organizaron un consejo obrero provisional en la casa de los sindicatos, y pusieron al frente del mismo a Friedrich Zeller, un dirigente local de los independientes. Mientras institucionalmente se daban los pasos para un cambio de régimen, el improvisado Estado Mayor en el que estaba Peter trató de asaltar y ocupar los cuarteles de la ciudad. En los combates murieron algunos, pero la acción aceleró la concentración de fuerzas para el cambio de poder, se revocó al responsable militar de Hamburgo y se reconvirtieron las fábricas. Por su parte, Paul Frölich, a la cabeza de un grupo de marineros, ocupó los locales del diario local *Hamburger Echo* y, desde su imprenta, publicó *Die Rote Fahne*, desde donde hacía una proclama en favor de la Revolución alemana y de la revolución mundial (Broué, 1971: 147-148). Después de tres días de debate en torno a qué hacer con las instituciones administrativas, el presidente del Consejo de Obreros y Soldados, Heinrich Laufenberg, proclamó “la unidad indisoluble de la Rusia de los sóviets y del Gobierno de consejos de Hamburgo”.

Hamburger Lebensmittel-Krawalle.

Die Tumulte vor dem beschossenen Rathause.



Revolución en Hamburgo

En el informe publicado poco tiempo después, el propio Laufenberg explicaba el funcionamiento y los problemas con que se encontró el nuevo estado. En primer lugar, el hecho administrativo de que Hamburgo era una ciudad Estado y allí “el poder político era ejercido por el Senado. Junto a él, y condicionada en su actividad por determinados derechos del Senado, existía como asamblea legislativa el Ayuntamiento (Bürgerschaft)” (Laufenberg, apud Barrot y Authier, 1978: 320). Los consejos en Hamburgo no acabaron con el aparato administrativo, sino que lo modificaron radicalmente: se pensaba en el sufragio universal sin distinción de género y la abolición de los privilegios, se discutía acerca de qué tipo de representantes debían componer el parlamento municipal. Comenzaron mesas de trabajo para decidir sobre el futuro de las propiedades industriales y los bancos en la cámara de comercio. Por otra parte, debido a las responsabilidades internacionales, se mantuvo la institución administrativa mientras se preparaba el modelo de funcionamiento del Gran Consejo de Obreros:

Para ser eficaz, el consejo tenía que crearse sus propios instrumentos de trabajo. Huelga decir que desde el primer momento disponía de una oficina bien organizada, además creó un departamento de prensa para la presentación de su política cara al exterior, al principio con él tuvo algunos disgustos, ya que la oficina, en manos del consejo de soldados y ocupada por hombres de pensamiento democrático-burgués, practicó una política que no concordaba de ninguna manera con la del consejo. Solo semanas más tarde pudo arreglarse esta circunstancia, cerrando la oficina y formando otra con un equipo completamente distinto. Ya en su primera sesión el consejo había creado tres comisiones, de política social, medicina, y transporte. A estas se añadieron pronto comisiones de política exterior y prensa, alimentación, justicia y prisiones, seguridad y Policía, sanidad, construcción y vivienda, educación, comercio, navegación e industria, finanzas, asuntos militares, e indemnizaciones.

Como departamentos más importantes se pueden considerar los de justicia, enseñanza, comercio e industria, política social, y seguridad. La comisión de

justicia tenía la tarea de eliminar dificultades que resultaran de las disposiciones del consejo, o de la interpretación de las mismas. Además, debía elaborar nuevas normas para el procesamiento penal, y regular la justicia administrativa, y en general, cambiar la práctica del derecho penal, y eliminar las leyes reaccionarias. A la comisión de seguridad se le encargó adecuar el aparato policial a los nuevos tiempos y crear al mismo tiempo las bases para la liquidación total del antiguo aparato del Ejército y para la creación de una milicia popular, compuesta esencialmente de miembros de las tres organizaciones socialistas. La comisión de enseñanza tenía el cometido de reordenar todo el sistema escolar, en sus grados inferior, medio y superior, teniendo como objetivo la escuela única. La comisión de comercio, navegación e industria se encargó de reincorporar la vida económica de Hamburgo a la producción alemana, orientando, ante todo, la industria metalúrgica, especialmente los astilleros, hacia la reparación y producción de material ferroviario. Importancia casi decisiva tenía el departamento de política social del consejo. Debía trasladar el sistema de consejos a las fábricas, preparando así su socialización. Además funcionaba como instancia superior en caso de conflictos entre obreros y empresarios. No es que desplazara a los tribunales industriales, pero en todos los casos importantes que servían de ejemplo para el ramo, la industria, o la vida económica en general, después de escuchar a las dos partes, era ella quien decidía, con poder vinculante; de manera que la totalidad de las relaciones en las empresas, en definitiva, estaba en manos del órgano del consejo revolucionario (Barrot y Authier, 1978: 323-324).

Sin embargo,

los resultados de la actividad de las comisiones no fueron los deseados, ni mucho menos, ya que en ningún terreno se alcanzaron los objetivos iniciales; la culpa fue tanto de las propias deficiencias como de la resistencia de las autoridades y de los empresarios. Lo dicho vale también para la comisión de comercio, navegación e industria y su intento de repartir la economía del área urbana, y reintegrarla en la producción alemana. Aun siendo difícil la tarea, se podía haber resuelto con un mínimo de colaboración por parte de las autoridades prusianas (Barrot y Authier, 1978: 324).

Entre las primeras medidas del consejo están la reducción de la jornada laboral a ocho horas y la reapertura obligatoria de fábricas y talleres en el caso de que fueran cerradas por sus dueños, medidas contra el paro, como la del establecimiento de un subsidio y de fijación de entregas de alimentos por parte de los campesinos para distribuir en todo el territorio. Todas las medidas, sin embargo, fueron difíciles de desarrollar por obstáculos internos a las instituciones y, en muchos casos, por la lenta incorporación de las masas a la vida política. En cuanto al campesinado, no se consiguió establecer propiamente consejos de campesinos y tampoco articular un buen funcionamiento entre la ciudad y el campo.

Berlín, I

El 9 de noviembre, las fábricas pararon y una gran cantidad de obreros y soldados de los cuarteles de la ciudad se concentraron en el centro de la capital de Prusia. El día anterior, una octavilla firmada por Liebknecht y Ernst Meyer, en la que se exponía un programa de seis puntos, preveía la toma del poder por parte de los comités de obreros y soldados. Por otra parte, el cuarto regimiento de cazadores, la unidad que había combatido con éxito contra los revolucionarios rusos en el verano, se movilizaba para aplastar a los revolucionarios alemanes:

El viernes 8 de noviembre por la tarde, el ministro del Interior prusiano, Drews, sacó su reloj en una sesión del consejo de ministros y dijo: “Son las nueve y media, debemos suspender esta reunión. Mañana hay huelga general, se esperan altercados violentos. Todo dependerá de si las tropas resisten o no. Si no resisten, mañana el Gobierno prusiano se podrá dar por liquidado”. El ministro de la Guerra Von Scheüch replicó airado: “¿Qué le hace pensar a su Excelencia que las tropas no podrán resistir?” (Haffner, 2005: 74).

Y, entonces, se produjo un incidente:

Uno de los cabos hizo una observación sediciosa; inmediatamente fue arrestado; todo ello sucedió sin que se opusiera resistencia alguna. Pero repentinamente, tras este acontecimiento, las tropas empezaron a protestar y a hacer preguntas incómodas, para desconcierto de sus oficiales. También esos “hombres de aspecto bravucón” se empezaron a plantear muchas cuestiones. ¿Qué estaba pasando realmente? ¿Por qué estaban en Berlín? ¿No apuntaba ya todo al fin de la guerra y la abdicación del káiser? ¿No estaban ya los socialdemócratas en el Gobierno? ¿Los enviarían a luchar contra el Gobierno? Ya no entendían nada. Si tenían que lanzar granadas contra los propios paisanos, querían saber

exactamente qué se estaba poniendo en juego. Los oficiales consiguieron tranquilizarlos relativamente prometiéndoles que al día siguiente recibirían todas las explicaciones necesarias. De este modo los soldados se fueron a dormir. Estaban cansados por la larga marcha realizada durante el día. Pero el domingo por la mañana, tras desayunar unos panecillos, repentinamente todos se pusieron de acuerdo en buscar por sí mismos las explicaciones. Una delegación se dirigió en automóvil hacia el Vorwärts (Adelante), el periódico del SPD. No se sabe a ciencia cierta si los oficiales habían sido informados y habían dado su aprobación (Haffner, 2005: 75).

La delegación de soldados que se encontraron en la redacción del Vorwärts necesitaba que alguien explicase a las tropas la situación. Otto Wels, diputado del SPD, los acompañó al cuartel y allí, subido a un camión, les dirigió unas palabras “con tristeza y sinceridad” acerca de

la guerra perdida, de las fuertes condiciones de Wilson, de la insensatez del káiser, de la esperanza de paz. Mientras hablaba pudo notar poco a poco cómo las tropas iban asintiendo y cómo crecía la inseguridad entre los oficiales. Paulatinamente, siguió adelante con tiento y fue siendo cada vez más claro, hasta que dijo: “¡Vuestra obligación es evitar la guerra civil! Os llamo a ello: ¡Un hurra por el Estado popular libre!”, y de pronto todo el mundo aplaudió. Había ganado (Haffner, 2005: 76).

Wels siguió hablando en otros cuarteles. Al mismo tiempo, la Segunda División de la Guardia, formada por los regimientos de la Guardia del rey de Prusia, que había sido enviada a Colonia para acabar con los revolucionarios, se había negado a obedecer a sus oficiales. Guillermo II pretendía firmar el armisticio y volver al frente del Ejército para poner orden en Alemania, pero Groener informó al káiser: “El ejército volverá a casa ordenadamente bajo el mando de sus jefes y oficiales, pero no bajo el mando de Vuestra majestad” (Haffner, 2005: 77). El Ejército ya estaba, en parte, en poder del Gobierno del SPD. El mismo día, Ebert fue nombrado canciller por el príncipe Maximiliano de Baden y se propuso que en el nuevo Gobierno estuviesen socialdemócratas independientes.

Se trataba de dominar la revolución en marcha y reorientarla hacia un Estado parlamentario liberal. Liebknecht aceptaría entrar en el Gobierno, como hemos dicho antes, solamente si el nuevo Gobierno practicaba una política socialista desde el principio, es decir, proclamaba una república socialista, entregaba los poderes a los representantes de los obreros y soldados y eran excluidos del mismo los antiguos ministros burgueses. Como no hubo respuesta a esa condición, el USPD puso en el Comité de Comisarios del Pueblo (Rat der Volksbeauftragten), nombre que tenía la nueva institución hasta las elecciones a la Asamblea Nacional, a Hugo Haase, Dittmann y Emil Barth. La situación en Berlín era propia de un estado de transición:

Las antiguas estructuras estaban en apariencia deshechas, en los balcones ondeaban las banderas rojas, la policía estaba ausente de las calles repletas de gente, entre la que había muchos soldados (armados o no) y marinos, muchos obreros y simples observadores. Los oficiales del Ejército procuraban pasar desapercibidos frente a esas masas prestas a escuchar y a seguir consignas que apoyaran la paz y el socialismo.

Los partidos no socialistas parecían no existir; los funcionarios públicos se preguntaban a sí mismos qué debían hacer. El jefe de la Policía, Von Jagow, había cedido su cargo, sin rechistar, al independiente Eichhorn. La prensa seguía publicándose normalmente; el único periódico nuevo era el de los espartaquistas, Die Rote Fahne, que se imprimía en las rotativas del Berliner Lokal-Anzeiger, a pesar de las vehementes protestas de los propietarios del mismo.

En el resto del país

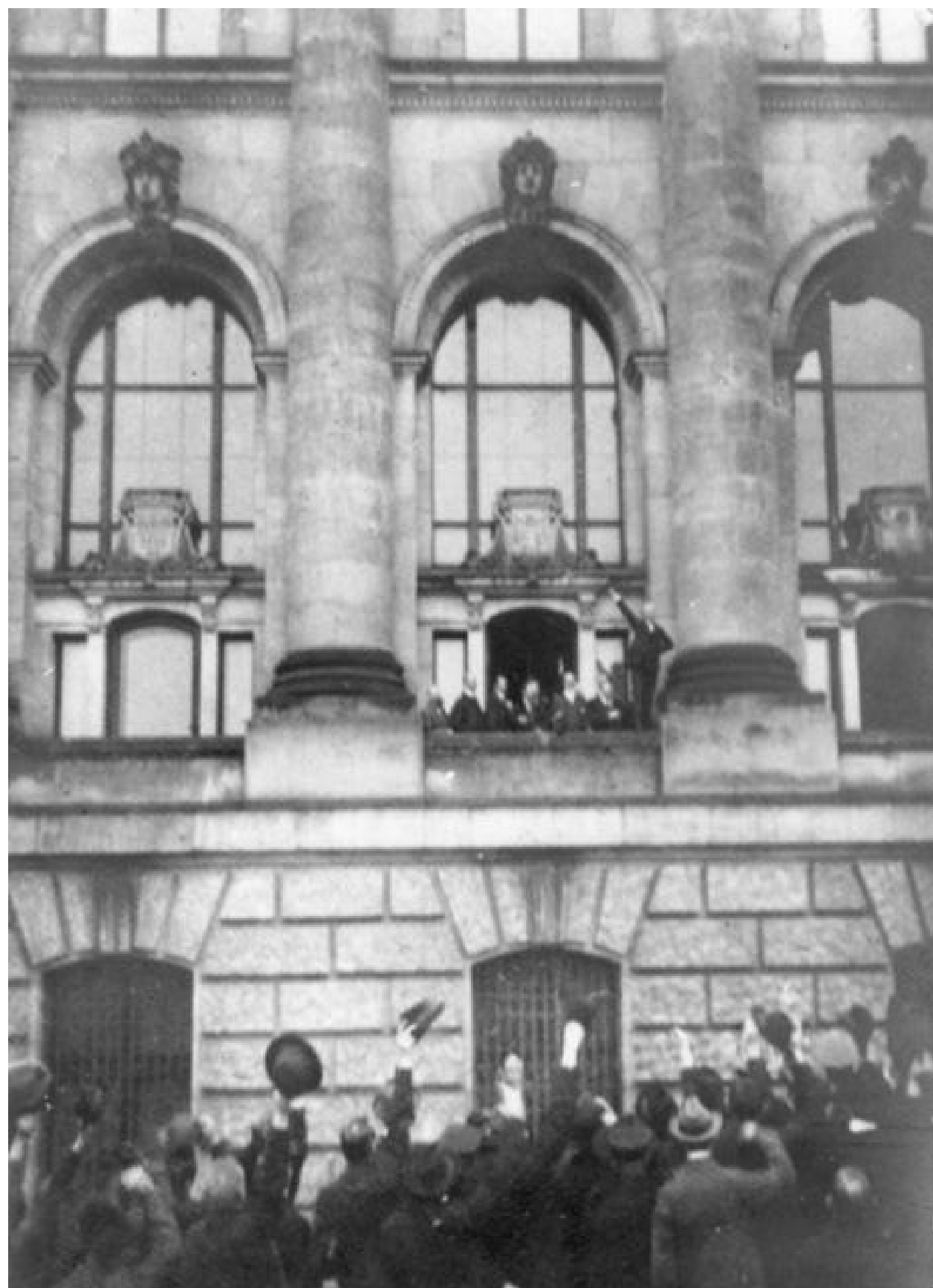
la situación era distinta de una ciudad a otra. Si por una parte en el campo, en los pueblos y en las pequeñas ciudades no había sucedido nada, en la mayoría de las grandes aglomeraciones urbanas el poder estaba de hecho en manos de organismos de composición muy variada, todos bautizados como comités de obreros y de soldados, en el seno de los cuales participaban siempre los socialistas mayoritarios, muy a menudo los Independientes, en algunos casos los espartaquistas, con bastante frecuencia representantes de organizaciones

políticas moderadas y casi siempre soldados sin etiqueta política, aunque vagamente socialistas. A menudo, este nuevo poder colaboraba con el antiguo: el consejo municipal, el Landrat, etc., y en los diferentes estados no era extraño, en el sur y el oeste especialmente, que los partidos de la exmayoría, Zentrum y Progresistas, tuvieran voz y voto en las decisiones a tomar. (Badia, 1971, vol. 1: 199-200).



Revolución en Berlín

Ese mismo día, Scheidemann proclamaba desde el Reichstag que el emperador había abdicado y que sus amigos habían huido, que “el pueblo los ha vencido”. Los dos objetivos iniciales del nuevo Gobierno serían la paz y alimentar al pueblo. Así lo dijo también Ebert en su primer llamamiento. Scheidemann reclamó a los trabajadores que fueran conscientes de lo histórico de este día: “Lo inaudito ha ocurrido. Ante nosotros hay una tarea grande e imprevisible. Todo por el pueblo”. Y como un vanguardista afirma, “lo viejo y decadente, la monarquía está destruida. Viva lo nuevo. ¡Viva la República Alemana!” (Michalka y Niedhart, 2002: 20).



Revolución en Berlín. Proclamación de la República por Scheidemann

Unas horas después, desde el palacio imperial, Liebknecht hacía otra proclamación muy distinta: “Los miembros del partido proclamamos la República Socialista Libre de Alemania; en la que no habrá más esclavos y en la que cada trabajador honrado recibirá la recompensa justa por su honesto trabajo. Las reglas del Capitalismo, que han convertido a Europa en un caos, han muerto”. Haffner describe la ocupación del Reichstag:

Durante todo el día, el Reichstag se había convertido en un ajetreado y descontrolado ir y venir, y el grupo que entró a empujones repentinamente entre las ocho y las nueve de la noche no llamó la atención de nadie porque era tan variopinto como todos los demás grupos singulares que el Reichstag había visto llegar ese día. En ningún caso se limitó la entrada, y curiosos y emprendedores de todo tipo vestidos de civil o con uniforme se unieron a la corriente de los dirigentes revolucionarios. Pero, de pronto, ese día pareció surgir un cierto orden: un plan, una dirección. El grupo, conformado por varios cientos de hombres, ocupó primero la habitación 17, entonces sala de plenos. La sala fue cubierta con trapos rojos, alguien se hizo con la presidencia, se oyó la campana del presidente y las sillas de los diputados fueron ocupadas. En la turbulenta reunión se impuso la disciplina; se propuso una mesa del parlamento y fue aprobada. Desde fuera de la sala de plenos se oían voces y aplausos de aclamación, el mismo ritual que en una sesión normal del Reichstag. Los diputados, reunidos por grupos políticos en diferentes dependencias, acudieron para ver lo que sucedía y constataron sobresaltados que se encontraban ante un parlamento revolucionario en plena actividad.

Era una asamblea turbulenta que no había sido elegida, que no había pasado ninguna criba, pero al parecer era muy capaz de funcionar. Un grupo de hombres que había ocupado los bancos azules del Gobierno dirigía la reunión con bastante firmeza. Eran los líderes de los delegados revolucionarios, y algunas caras eran conocidas: Richard Müller y Emil Barth. Interrumpían discursos interminables, se daban la palabra unos a otros, hablaban poco y contundentemente y parecían saber exactamente lo que querían. Ahora se

presentaban mociones, ahora incluso llegaban a aprobarse (Haffner, 2005: 95).



Revolución en Berlín. En defensa de la república por Liebknecht

El 10 de noviembre se convocó una asamblea general de los comités de obreros y soldados en el circo Bush, uno de los teatros y centros de convenciones más amplios de Berlín, de la que se pretendía que saliera un comité ejecutivo de representantes y un Gobierno provisional. El SPD llevó a la asamblea la consigna de la unidad de los partidos socialistas existentes y definió al enemigo de la misma: Liebknecht y los radicales izquierdistas.

Las octavillas distribuidas en la puerta del edificio en las que se pedía que no hubiera “ni un solo voto a los socialistas gubernamentales. Ellos han traicionado a la revolución durante cuatro años y seguirán haciendo lo mismo. Ni un voto para cualquier socialista que esté dispuesto a participar en un Gobierno del que formarían parte ministros burgueses o socialistas gubernamentales” y las acusaciones de contrarrevolucionarios que dirigió Liebknecht durante la reunión contra los miembros del SPD fueron comprendidas como un mantenimiento de las luchas fratricidas y las tensiones políticas en un momento crucial de la historia alemana. Ebert, además, propuso que hubiera paridad entre miembros del SPD y socialdemócratas independientes en el Gobierno y en el comité ejecutivo, lo que parecía favorecer la unidad reclamada por la asamblea. El 11 de noviembre comenzó a funcionar el comité ejecutivo, pero poco a poco fue relegado a un segundo orden, en funciones de control teórico, hasta su disolución en el Primer Congreso Nacional de Consejos de Obreros y Soldados, que se celebraría el 16 de diciembre, en donde se elegiría un Comité Central, pero ahora de mayoría socialdemócrata de derechas. La iniciativa de este comité ejecutivo, publicada incluso en el *Vorwärts* el 13 de noviembre, de formar una Guardia Roja encargada de la defensa de la revolución no fue, finalmente, hecha efectiva. Richard Müller escribía sobre el mismo que “un organismo que ambiciona pasará a la historia del mismo modo que el comité de salud pública de la gran Revolución francesa debe evitar convertirse en un departamento de trabajo” (Broué, 1971: 179), pero el comité ejecutivo proclamaba, sin más problemas, que “el detentador del poder político eran los Consejos de Obreros y Soldados” (Broué, 1971: 179). Estaba claro que las posibilidades de la revolución iban a depender en buena medida de la capacidad de controlar el Ejército, hasta ahora dominado por el SPD. Por ello, los espartaquistas crearon un órgano encargado específicamente de la propaganda en el interior de las instituciones militares, la

Unión de Soldados Rojos (Der Rote Soldatenbund). Un artículo publicado por Liebknecht en Die Rote Fahne señalaba que

La victoria de las masas de obreros y de soldados se debe menos a su fuerza ofensiva que al hundimiento interno del sistema anterior; la forma política de la revolución no ha sido solo el resultado de la acción proletaria, sino también de la fuga de las clases dominantes que con un suspiro de alivio dejaban al proletariado encargado de liquidar su bancarrota, esperando así evitar la revolución social, cuyos primeros síntomas y señales los hacen sudar de angustia (Badia, 1971, vol. 1: 208).

Además, como pensaban los espartaquistas, el militarismo prusiano se mostró debilitado durante los primeros días de la revolución, pero no derrotado. La posición del nuevo Gobierno no haría otra cosa sino hacerlo funcionar como mecanismo de represión de cualquier intento de llevar la República más allá del Estado parlamentario en la que se había quedado. Lo que para los espartaquistas y otros grupos radicales izquierdistas era solamente el primer paso, para los socialdemócratas suponía el acto final de un cambio suficiente de régimen. Rosa Luxemburg veía igualmente el peligro en un Ejército que, retirado del frente, “no se había podido convertir en veinticuatro horas en los portadores conscientes de las ideas del socialismo” (Badia, 1971, vol. 1: 210). Luxemburg describió más adelante el error de la revolución: creer que reemplazando un Gobierno capitalista por otro podría hacerse una revolución socialista (Broué, 1971: 221). En cualquier caso, la contrarrevolución ya había comenzado:

El Estado apenas había sido tocado. Los propios funcionarios volvieron el lunes, tras el fin de semana revolucionario, a sus oficinas de siempre, también los policías (que el domingo por la tarde evidentemente se habían alegrado de poder volver a casa sin problemas) volvían a estar en sus puestos un par de días más tarde; los mismos generales y oficiales seguían al mando de las fuerzas combatientes en los frentes del Este y del Oeste e incluso el mismo Gobierno del Reich era básicamente como el antiguo, lo único que había cambiado era que ahora, a la cabeza del Gobierno, en lugar de un canciller imperial se encontraba

un colegio de seis miembros denominados “Comisarios del Pueblo”, entre los cuales, en realidad, uno de ellos seguía siendo el canciller: Ebert. Los consejeros, los directores de los ministerios y demás altos funcionarios, conservadores sin ninguna duda, seguían trabajando como siempre. Ninguno de ellos fue destituido, solo les impusieron un par de consejos de trabajadores y con ello se consiguió encresparlos aún más [...]. La contrarrevolución nació al mismo tiempo que la revolución y a partir del 10 de noviembre se pudo oír claramente su voz. Es significativo que este artículo apareciese el 10 de noviembre en Berlín sin ningún problema: nunca una revolución ha permitido de forma tan ilimitada, desde el primer momento, la agitación y el insulto por parte de sus enemigos como la revolución alemana de 1918. Nada que sus enemigos le agradecieran. La mujer de Ludendorff por aquel entonces, Margarete (Mathilde, la segunda, se haría bastante famosa años más tarde), cuenta de su marido: “Tras la revolución, Ludendorff repitió en reiteradas ocasiones: ‘La tontería más grande de los revolucionarios fue dejarnos con vida. Ahora bien, si vuelvo a subir al poder, no habrá perdón alguno. ¡Con la conciencia bien tranquila, veré cómo cuelgan y se bambolean Ebert, Scheidemann y sus colegas!’” (Haffner, 2005: 113, 114).

Respecto de la Rusia revolucionaria, el nuevo Gobierno alemán, preocupado en los términos del armisticio, no restableció las relaciones diplomáticas ni quiso recibir a cualquier clase de delegación. Sus razones estaban explicadas en un artículo publicado en el periódico socialdemócrata: “Renunciamos a la visita de los rusos”. No querían injerencias bolcheviques en los asuntos internos del país. Mientras tanto, el Gobierno alemán mantuvo todo el aparato estatal del Reich prácticamente intacto, como sucedió en otros estados: no hubo cambios en el funcionariado, ni en el aparato militar, ni siquiera en el aparato diplomático. Kurt Eisner había denunciado que incluso el Ministerio de Asuntos Exteriores seguía funcionando como durante la guerra: “Todos, absolutamente todos representan al antiguo régimen y en sus manos está toda la maquinaria que hace funcionar a la opinión pública, la información interior y la extranjera” (Badia, 1971, vol. 1: 215).

El 27 de noviembre, contra las diversas formas en que Ebert y Scheidemann reajustaban el orden social, Luxemburg escribía un artículo sobre las huelgas que se anunciaban en las minas de carbón y en las fábricas de Alta Silesia, que “son el comienzo de un enfrentamiento general entre el capitalismo y el trabajo; anuncian el comienzo de la lucha de clases directa, cuyo desenlace no puede ser

otro que la desaparición del asalariado y la instauración de una economía socialista. Están liberando la fuerza social activa de la actual revolución: la energía revolucionaria de las masas proletarias. Están inaugurando el periodo de la actividad de masas más importante” (Badia, 1971, vol. 1: 221).

Extraausgabe.

Sonntag, den 9. November 1918.

Vorwärts

Berliner Volksblatt.

Zentralorgan der sozialdemokratischen Partei Deutschlands.

Generalstreik!

Der Arbeiter- und Soldatenrat von Berlin hat den Generalstreik beschlossen. Alle Betriebe stehen still. Die notwendige Versorgung der Bevölkerung wird aufrecht erhalten.

Ein großer Teil der Garnison hat sich in geschlossenen Truppeneinheiten mit Maschinengewehren und Geschützen dem Arbeiter- und Soldatenrat zur Verfügung gestellt.

Die Bewegung wird gemeinschaftlich geleitet von der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands und der Unabhängigen sozialdemokratischen Partei Deutschlands.

Arbeiter, Soldaten, sorgt für Aufrechterhaltung der Ruhe und Ordnung.

Es lebe die soziale Republik!

Der Arbeiter- und Soldatenrat.

Portada del 9 de noviembre del periódico socialdemócrata Vörrwarts

Pero la conflictividad laboral también había sido frenada por ciertas medidas reformistas impulsadas por los poderes económicos y políticos:

Las organizaciones patronales, adelantándose a los acontecimientos, firmaron un acuerdo con las direcciones sindicales (acuerdo llamado *Arbeitsgemeinschaft*, que, literalmente significa “comunidad de trabajo”), que regulaba ciertos cambios a raíz de la desmovilización; fijaba en 8 horas la duración máxima de la jornada de trabajo, convenios colectivos y sentaba las bases para lo que más adelante serían los Comités de empresa, cuyos poderes, sin embargo, desde el punto de vista del trabajador, nunca llegarían a ser gran cosa. La reunión y sus acuerdos recibieron el visto bueno político oficial (Badia, 1971, vol. 1: 225).

Entre el SPD y el USPD controlaban prácticamente la estructura económica del país y el aparato militar y policial del Estado, sin embargo, aún estaba en disputa la estructura política. De hecho, en los consejos de obreros y soldados que había en las fábricas, en las minas y en el Ejército todavía los espartaquistas y los grupos radicales de izquierda tenían un peso suficientemente importante como para movilizar a las masas. La estrategia del SPD fue entonces no solo convocar las elecciones a la Asamblea Nacional lo antes posible, en la creencia de que sería considerado un partido de orden y un partido que había favorecido el cambio de régimen, trayendo la paz y, por tanto, masivamente votado; sino mostrar a todo partido o grupo a su izquierda como un peligro para el desarrollo de la democracia y el progreso social. Calificada su acción de bolchevique y subversiva, concentrar en esos grupos todo el sentido del miedo ayudaría a vencer la férrea oposición política que había contra el Gobierno y la Cancillería socialdemócratas. Para orientar a la opinión pública se utilizaron octavillas y artículos en la prensa, además de acciones militares como la ocupación del diario espartaquista *Die Rote Fahne* el 6 de diciembre por unidades del Ejército²⁰. Una de las octavillas difundida por el Ejército decía:

¿Sabéis qué es un bolchevique? Un bolchevique es un hombre que quiere la revolución... por la revolución; un hombre que, con el fin de enriquecerse mediante el robo y el pillaje, lo destruye todo, tanto lo bueno como lo malo, con tal de que pueda aprovechar la ocasión para saquear. Para el bolchevique solo cuenta un ser: él mismo. Que su camarada se muera de hambre a su lado, ¿a él qué le importa? En el fondo está dispuesto, si hace falta, a quitarle su último mendrugo de pan (Badia, 1971, vol. 1: 266).

Otra señalaba las consecuencias de un triunfo espartaquistas:

El Reich se disolvería [...], cundiría la secesión entre las provincias [...], Berlín pasaría hambre, Berlín tendría frío. La guerra civil, el terror y la anarquía se apoderarían de nuestro país [...]. La Entente no firmaría la paz [...] y no nos enviaría víveres. Las fábricas se detendrían como sucede en Rusia desde hace un año [...]. ¿Qué nos traerían de nuevo Liebknecht y compañía si llegaran al poder? Respuesta: el hambre, la muerte, el fin de Alemania (Badia, 1971, vol. 1: 267).

La campaña fue denunciada en el Congreso del Partido Comunista:

“¡Clavad a Espartaco en la cruz!”, gritan los capitalistas temblando por sus cajas de caudales. [...] “¡Clavadlos en la cruz!”, gritan los pequeños burgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de la prensa burguesa, temblando por las chuletas que reciben como recompensa por la dominación de clase de la burguesía. [...] “¡Clavadlos en la cruz!”, repiten como un eco parte de las capas de la clase obrera, a la que se engaña y se la que se sirven, y los soldados que no saben que se están matando a sí mismos al atacar a la Liga Espartaquista. [...] En este odio, en estas calumnias, se mezcla la voz de todos los elementos contrarrevolucionarios, hostiles al pueblo y al socialismo, de todos los elementos sucios y sospechosos que en el fondo temen a la claridad de la luz (Badia, 1971, vol. 1: 268).

Alentado por Hindenburg y otros oficiales que reclamaban contestar ante la información de que Liebknecht y otros pretendían dar un golpe de Estado, y cediendo Ebert ante sus exigencias, el general Lequis preparó un programa de combate con el que se pretendía desarmar a los civiles, realizar redadas en los barrios poco seguros y ejecutar inmediatamente a quienes ejercieran ilegalmente funciones de autoridad (Broué, 1971: 229). Ebert decidió evitar lo que podía ser un combate en las calles de Berlín convirtiendo la entrada de las tropas en una bienvenida a los combatientes que regresaban. Poco antes, un intento de golpe de Estado monárquico en Berlín fracasaba tras una manifestación convocada el 7 de diciembre por la Liga Espartaquista. El segundo intento de Lequis se produjo entre el 23 y el 24 de ese mismo mes, cuando decidió atacar a la División Popular de la Marina, considerada la armada de la revolución. De nuevo, la respuesta de parte de la población y de la División frustró la decisión de restablecer el orden gubernamental. La situación radicalizó a las organizaciones izquierdistas en Berlín. Los comisarios del pueblo del USPD dimitieron.

El año se cerró en Berlín con el congreso de fundación del Partido Comunista de Alemania los días 30 y 31 de diciembre de 1918 y 1 de enero de 1919. Entre las resoluciones más importantes de cara a los próximos acontecimientos políticos: la ruptura con los socialdemócratas independientes del USPD y la decisión de no participar en las elecciones a la Asamblea Nacional. El asunto produjo un agrio debate. A pesar de que Paul Lévi había defendido su utilidad para “actuar sobre la Asamblea desde dentro y desde fuera” y Käthe Duncker su valor táctico, dado que las mujeres iban a votar por primera vez y no entenderían que los revolucionarios no se presentaran, la mayoría pensaba que

la Asamblea Nacional, como idea, está insertada entre las masas revolucionarias como una fortaleza edificada por la voluntad de la burguesía, en donde desean atrincherarse todas las variedades y especies de la actual sociedad, tanto los Ebert y los Stinnes como los generales y subjeses a sus órdenes. Es el ancla que todo el mundo querría hoy hacer suya para amarrar cada cual su barco a la deriva. En lo que a nosotros concierne, nos damos cuenta de todo ello, pero también de que la vía del proletariado no puede pasar más que por encima del cadáver de la Asamblea Nacional (Luxemburg, 1971: 24).

Pero la posición más combativa fue la de Rühle:

Hasta hace muy pocos días, yo tenía entendido que la idea de la participación en las elecciones no debía ni siquiera ser tratada, pues apenas si acabamos de librarnos de un cadáver con el que estábamos cargados, y ahora resulta que ya estamos en trance de tener otro sobre nuestras espaldas. Lévi dice que se trata de un mal impuesto por las circunstancias... Sí, tal vez, pero es que en 1914 los socialistas mayoritarios invocaron un argumento de parecido estilo: “Ellos también estaban contra la guerra, pero una vez desencadenada esta, no podían rechazar los créditos necesarios para su subsistencia”. En la actualidad, nuestra participación sería interpretada como una aprobación de principio con respecto a todo lo que supone la Asamblea Nacional. Una decisión en favor de las elecciones no solo sería censurable, sino que equivaldría a un suicidio, puesto que no haríamos más que ayudar a evitar la revolución en la calle, llevándola al Parlamento. Para nosotros no puede haber más que una tarea y esta tarea es la del reforzamiento del poder de los consejos obreros y de los soldados porque, si se desea verdaderamente eliminar la Asamblea Nacional de Berlín en favor de las masas, es evidente que entonces nosotros tendremos que constituir un nuevo poder en la capital [repetidas aclamaciones] (Luxemburg, 1971: 26-27).

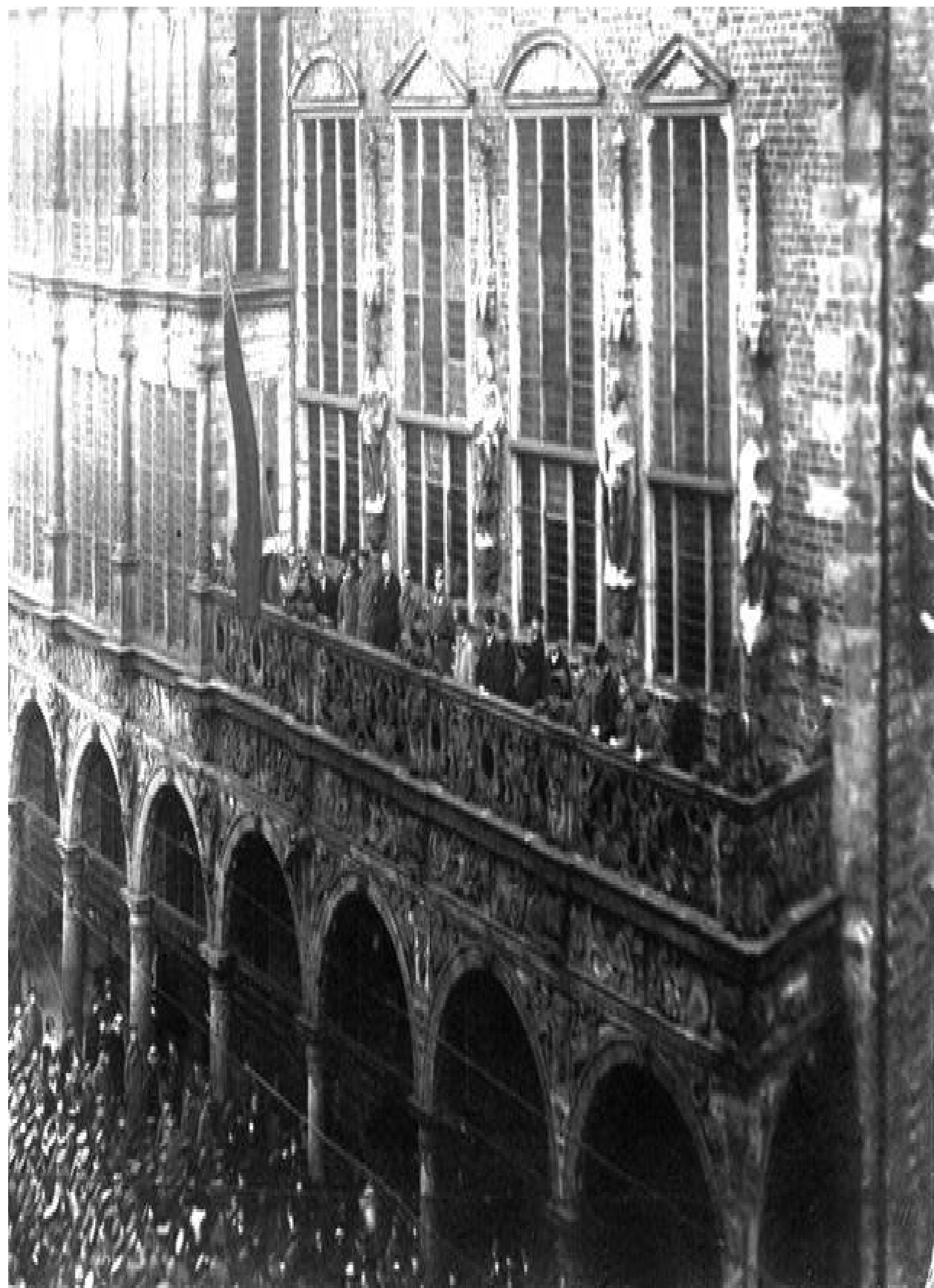
Contra las opiniones de Liebknecht, Zetkin y Luxemburg, el nuevo partido definía una posición extraparlamentaria legitimada por el modelo de consejos que se había ido organizando desde el comienzo de la revolución y que aún luchaba contra un aparato estatal en manos de la burguesía, aunque gestionado por el SPD. Por más que Luxemburg considerara esa decisión como “la victoria de un extremismo pueril, en plena fermentación, sin matices” (Badia, 1971, vol. 1: 248), lo cierto es que la revolución parecía haberse parado.

Brunswick

En la segunda ciudad más grande de la Baja Sajonia, convertida en ducado independiente tras el Congreso de Viena de 1815, fuertemente industrializada durante el siglo XIX, un consejo de obreros y soldados, que se había reunido el día anterior para coordinar las acciones, se dirigió hacia el castillo, después de haber abierto las puertas de la prisión, y forzó el 8 de noviembre al duque Ernesto Augusto de Hannover a abdicar del trono. La bandera roja era izada en el palacio real. El consejo proclamó dos días después la república socialista de Brunswick, que funcionó hasta el 17 de abril de 1919. Gustav Landauer la definió como “el centro del movimiento federalista” y muchos consideraron que Brunswick era una ciudad clave en la implantación del socialismo en Alemania. La declaración oficial tras los acontecimientos fue publicada en el diario socialdemócrata Volksfreund bajo el significativo título de “La revolución ha llegado”. En efecto, habían sido los marineros de Wilhelmshaven y Kiel y los que se habían unido a este movimiento quienes la habían traído. El escrito consideraba que la “erupción era inevitable” después de las dificultades en que había vivido el pueblo por la pobreza, la opresión, el engaño y la traición como consecuencia de las políticas llevadas a cabo con anterioridad. El texto llama la atención sobre la servidumbre brutal que habían sufrido los soldados y la injusticia indignante que se había cometido contra las clases bajas por los gobiernos capitalistas. Proletarios y soldados “están unidos por una miseria común pero también por un mismo anhelo” (Kuhn, 2012: 147). El entusiasmo de la declaración lleva a afirmar que se trata del comienzo de una nueva era para la que se reclama ser disciplinados y leales a “la voluntad de las masas” que se concreta en el Consejo de Obreros y Soldados.

Bremen

Incorporada al Imperio alemán en 1871, con el título de “ciudad libre hanseática”, en Bremen se encontraban los grupos de izquierda más radicales de Alemania. Allí estaba, por ejemplo, Johann Knief, que mantenía un periódico local, Arbeitpolitik. Knief había sabido construir una organización ilegal, vinculada a los lugares de trabajo, que había resistido la represión política del Reich. Con los acontecimientos revolucionarios, los socialdemócratas perdieron el control y se abandonó el senado que había dirigido esta ciudad Estado. El 14 de noviembre, un consejo de obreros y soldados tomó el poder, pero no fue hasta el 10 de enero cuando Bremen se convirtió en una República de Consejos. Al mismo tiempo, Knief hizo de un destacamento de marineros revolucionarios el nuevo poder obrero armado. El 24 de noviembre se organizaron varias manifestaciones de masas frente a las instituciones que se consideraban caducas del antiguo régimen. Frente al ayuntamiento, al Senado, el Consejo de Obreros y Soldados votó en favor de la dictadura del proletariado y contra la Asamblea Nacional.



Revolución en Bremen

En la nueva elección al consejo, ya en enero de 1919, los socialdemócratas del SPD sacaron 113 representantes; los independientes del USPD, 64; y los comunistas, 62. Los resultados mostraron la fuerza de la izquierda radical en Bremen y explican que fuera uno de los pocos lugares en los que se pensaba en la dictadura del proletariado como un paso previo a la constitución de la nueva república. Fue entonces, el 15 de enero, cuando el Gobierno central, después de dejar sin suministros de víveres a la ciudad y de cortar el crédito, envió tropas apoyadas por Freikorps para acabar con el nuevo Estado. El 4 de febrero, un nuevo Gobierno socialdemócrata tomaba el poder. En el texto testimonial *Luchamos en Bremen por la República de Consejos*, que escribe uno de sus dirigentes, Karl Jannack, se considera la precaria situación política de Bremen, con una clase obrera dividida, ausencia de partidos revolucionarios organizados para tomar parte en los organismos centrales del poder, un Estado demasiado pequeño para tal empresa, con una escasa masa de trabajadores industriales y un Gobierno liderado por reformistas que se conformaban con establecer una república burguesa y parar a las masas trabajadoras (Kuhn, 2012: 152). El problema inmediato en Bremen fue el control de las armas y, una vez conseguido, se formaron compañías entre los estibadores del puerto y otros trabajadores. El Consejo de Bremen, además de disolver los consejos municipales, llegó a prohibir toda manifestación a favor de la Asamblea Nacional o de reinstaurar el senado (Broué, 1971: 166). En su proclamación, el 10 de enero de 1919, se recogen aspectos importantes para entender determinados conflictos que querían evitarse:

El robo y el pillaje constituyen sendos crímenes contra la comunidad. ¡Toda persona sorprendida en flagrante delito será inmediatamente fusilada!

Toda tentativa contrarrevolucionaria será considerada como un crimen de alta traición y significará la ejecución inmediata del culpable.

A fin de mantener la seguridad pública, el toque de queda se fija provisionalmente a las 9 de la noche, y está prohibido servir vino y licores en las tabernas.

¡Habitantes de Bremen! Todas estas medidas tienden a proteger a la colectividad. Vigilad vosotros mismos su aplicación.

Si así obráis, toda guerra civil será imposible. De esta manera, estará asegurada la realización de un orden económico socialista que garantice el bienestar de la comunidad (Badia, 1971, vol. 2: 144).

En diciembre, uno de los líderes de los estibadores, Johann Knief, defendió en una conferencia de consejos de soldados de la región la no separación de los consejos de soldados y los consejos de trabajadores que pretendía hacer el Gobierno de Kuhnt en Oldenburg, ciudad cercana a Bremen, así como una República alemana de consejos unida. Al mismo tiempo, la recién formada Internacional Comunista de Alemania (Internationale Kommunisten Deutschlands, IKP) preparaba una conferencia nacional para diciembre. En la misma, se tomó la decisión clave de unirse a la Liga Espartaco para formar un partido revolucionario de los trabajadores, lo que será el KPD.

Berlín, II

En diciembre se habían producido dos acontecimientos importantes que marcarían la llamada semana espartaquista de enero de 1919. Después de la decisión de impulsar la Asamblea Nacional contra el sistema de consejos, votada por los delegados del congreso general de Consejos de Trabajadores y Soldados de Alemania, celebrada entre el 16 y 21 de diciembre, se produjo, como hemos señalado, un enfrentamiento armado en las calles de Berlín entre tropas de la División Popular de Marina (Volksmarinedivision)²¹, leales al movimiento revolucionario, y las tropas gubernamentales, que derivó en una situación de guerra civil. Alrededor de 70 personas murieron en las llamadas navidades sangrientas y esto aceleró la urgencia del Gobierno por optar una solución militar no solo para el Berlín revolucionario, sino para el resto de las ciudades que seguían manteniendo un cuaderno de ruta distinto al previsto por Ebert. El SPD ya era visto como una fuerza contrarrevolucionaria y varios delegados del USPD renunciaron a seguir participando en el Comité de Comisarios del Pueblo. Los miembros que habían dimitido fueron sustituidos por Gustav Noske y Rudolf Wissell. El otro acontecimiento fue la fundación del Partido Comunista (KPD), que de alguna forma aglutinó a diversas fuerzas radicales, y confirmó que la revolución sobrepasaba los hechos de noviembre. En las octavillas de esas fechas ya se reclamaba el derrocamiento del Gobierno Ebert-Scheidemann, el desarme de la contrarrevolución y la fusión de todas las unidades fieles a la revolución.



Insurrección espartaquista en Berlín

Los enfrentamientos armados obligaron al alto mando a cambiar de estrategia:

En realidad, ya desde los primeros días del mes de diciembre, el Estado Mayor ansiaba tomar Berlín en sus propias manos, utilizando para ello las divisiones que volvían del frente bélico y que estaban comandadas por el general Lequis. La operación fracasó, en parte a causa de las dudas que envolvían a Ebert, pero sobre todo porque las masas berlinesas, alertadas acerca del desarrollo de los acontecimientos, paralizaron la operación desde su mismo inicio, desarmando rápidamente a los soldados de Lequis. El Alto Mando recogió bien la lección recibida durante esta experiencia. Llegó a la conclusión de que era contraproducente utilizar las tropas “ordinarias” contra los revolucionarios, debido a la facilidad con que los soldados se dejaban influenciar por el clima existente en la ciudad, y que lo correcto era la formación de unidades especiales, convenientemente adiestradas para el caso. Igualmente se convencieron de que era imposible tomar Berlín desde dentro mismo de la ciudad. Lo más eficaz era partir de la periferia urbana y converger hacia el centro, y era asimismo preciso crear un vacío en torno a los soldados, con el fin de que este aislamiento pudiera facilitar el que operaran según las reglas típicas del arte militar, y no verse “engullidos” por la acción de las masas populares.

Y esto es lo que se hizo:

Hacia finales de diciembre, y con el previo consentimiento del Gobierno, fueron reagrupándose en los arrabales de la periferia berlinesa las formaciones militares tradicionales y los nuevos cuerpos especiales. En un intento de enmascarar la amplitud y envergadura de tanto movimiento militar, todas estas unidades fueron englobadas bajo el nombre de “Sección Lüttwitz”. Noske (que con Wissel, miembro como él de la Mayoría, reemplazó desde el Gobierno a los comisarios independientes dimisionarios) se encargó, desde el primer instante de su

ocupación del cargo, a finales de diciembre, de todas las cuestiones militares, que antes eran de la exclusiva competencia de Ebert. A principios de enero, mantuvo importantes conversaciones con los principales generales que habían de dirigir las operaciones (Badia, 1971, vol. 1: 272-273).



Combates en las calles de Berlín

Cuando el 4 de enero el prefecto de la Policía berlinesa, del USPD, fue destituido, muchos ya sospecharon que se trataba de una maniobra para controlar las fuerzas del orden de la ciudad para evitar que siguiera en manos de quien rendía cuentas ante el comité ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados y que había investigado y desactivado el primer intento contrarrevolucionario ocurrido el 6 de diciembre. Aquel intento de golpe había tenido como protagonista a una recién creada milicia estudiantil (Studentenwehr) que se disponía a actuar, y así lo decían en una de sus octavillas, en favor del Gobierno provisional y contra los radicales. Los espartaquistas valoraron la destitución como “una provocación dirigida contra los obreros revolucionarios [...] que no debería ser aceptada tranquilamente” y llamaron a derribar al Gobierno y a proceder al “desarme de la contrarrevolución, la entrega de armas al proletariado y la fusión de todas las unidades fieles a la revolución” (Badia, 1971, vol. 1: 275). La destitución, suponían espartaquistas y socialdemócratas independientes, era una forma de desarmar al proletariado berlinés y de disolver el cuerpo de Policía creado por Eichhorn, la Sicherheitswehr, que quería ser una verdadera milicia revolucionaria. Las fuerzas revolucionarias convocaron una manifestación para el día siguiente. El 5 de enero miles de personas, trabajadores armados, avanzaron por la avenida de la Victoria del centro de Berlín hasta la prefectura de Policía. Esa misma noche, varios de los convocantes se reunieron en la prefectura con Eichhorn y se acordó, con discrepancias importantes y los votos en contra de Müller y Däumig, pasar a la ofensiva. La llamada insurrección espartaquista fue multitudinaria. Noske, en sus Memorias, escribe que “si aquella masa hubiera tenido jefes con objetivos claros y precisos, aquel mismo día hubieran tenido Berlín en sus manos” (Badia, 1971, vol. 1: 276). Entre el 5 y el 6 de enero, fecha en que se hizo otro llamamiento para una nueva manifestación, se ocuparon varios periódicos, entre otros, la sede del órgano central del SPD, el Vörrwarts, y formaron un Comité Provisional Revolucionario. Se había repartido armas en la prefectura y en el Marstall, donde estaban los marinos. Los enfrentamientos entre tropas del Gobierno y los revolucionarios se hizo sin el apoyo para estos últimos de la División Popular de Marina. De hecho, solo 29 marinos se habían unido a los revolucionarios y fueron fusilados tiempo después, el 10 de marzo, en el patio de la Französische Strasse. Los combatientes revolucionarios “carecieron en todo momento de una dirección organizada y de

un plan mínimamente trazado [...] no estaban encuadrados en unidades ni eran dirigidos ni obedecían a clase alguna de control” (Badia, 1971, vol. 1: 278). La confusión y la división en las mismas filas espartaquistas se entremezclaron con varios intentos de negociación con el Gobierno de Ebert. El 8 de enero, las fuerzas militares de Noske comenzaron una acción represiva tan brutal como la que meses después repetirían en Bremen y en Múnich. Además de la detención de muchos de los líderes de la insurrección, Liebknecht y Luxemburg fueron asesinados. El 19 de enero, el SPD ganó unas elecciones a la asamblea constituyente, en las que no participó el KPD, con el 37,9 por ciento de los votos, y formó Gobierno con los partidos burgueses. El USPD alcanzó solamente el 7,5 por ciento.

Múnich, II

Tras el asesinato de Eisner y el atentado contra Auer, Múnich quedó sumida en un caos social al mismo tiempo que los ministros que quedaban en el Gobierno, tras la huida de dos de ellos y la ocultación de otro, trataban de mantener las estructuras administrativas en funcionamiento. La popularidad de Eisner hizo que enseguida se convocasen manifestaciones de repulsa, huelgas y concentraciones. El entierro se convirtió en una gran marcha de duelo a la que se sumaron trabajadores y campesinos de todo el Estado.

Con un Parlamento bloqueado en su acción por los acontecimientos y con la única autoridad que le hacía sombra, los consejos ahora conformados bajo una institución más poderosa, el Consejo de Trabajadores Revolucionarios (Zentralrat), los socialdemócratas trataron de conformar otro Gobierno que siguiera el ideal de Eisner. Fue también el primer objetivo del Consejo: “la reconciliación” que se pretendía realizar a través de una “comisión para la restitución de la unidad entre los partidos socialdemócratas” y el impulso de diversas medidas que sirvieran al éxito de la revolución e impidieran la guerra civil. Entre los puntos de acción de este comité, la restitución del Parlamento regional que había salido de las elecciones del 12 de enero que habían sido boicoteadas por los comunistas. Entre otras medidas, estaban el cambio del Ejército por unas Tropas de Seguridad Republicana y la restauración de la libertad de prensa, que había sido restringida en varios momentos (Mitchell, 1965: 279-280).



Tropas contrarrevolucionarias

El 25 de febrero se realizó el Congreso de los Consejos de Baviera. Un gran retrato de Eisner cubierto de rojo y negro preside. El congreso, en el que se han producido numerosos incidentes, termina el 1 de marzo. Los debates se centran en si se debe restaurar el parlamento (la forma-Estado) o ir a un sistema de consejos que siga, de alguna manera, el modelo bolchevique (la forma-Consejo). El 4 de marzo, el SPD, el USPD y la Liga de campesinos bávara (Bayerischer Bauerbind) acordaron en Núremberg convocar al Parlamento regional y elegir a un Gobierno que elaborara una Constitución provisional. El acuerdo fue impugnado por el congreso y, después de una serie de complejas negociaciones, a mediados de marzo se consiguió nombrar un nuevo presidente de la República, el socialdemócrata Johannes Hoffmann, que había sido ministro de Educación con el Gobierno de Eisner. Hoffmann consiguió el apoyo suficiente incluyendo a los delegados de los consejos, pero el anuncio de sus medidas comenzó a resquebrajar esta mínima unidad. Entre las decisiones, un nuevo programa de socialización, para el que se requería la suspensión de todas las huelgas y de la lucha entre fracciones (Mitchell, 1965: 290-291). Pero las cifras de desempleo seguían incrementándose, el mercado negro se adueñó de Múnich y otras grandes ciudades bávaras, y los servicios y comercios funcionaban muy defectuosamente. La situación exigía del nuevo Gobierno la creación de un comité de socialización. Por otra parte, el partido más importante fuera del Gobierno, el Partido Popular Bávaro (Bayerische Volkspartei), exigía la independencia de Berlín. El impulso revolucionario se reforzó con el triunfo y la instauración en Hungría de una república soviética, al mismo tiempo que los consejos obreros se afianzaban en Austria. En estos momentos, el Gobierno central en Berlín ya había iniciado la liquidación total de cualquier intento de conformar una República de Consejos.

A estas alturas de la revolución, los consejos —sin embargo— estaban divididos: por una parte, los que procedían de la tradición anarquista, impulsados en Múnich por Landauer, Müsham o Toller; y, por la otra, una tendencia comunista que bebía directamente del modelo soviético, encabezada por Eugen Leviné, al que se le había encargado la formación del Partido Comunista en Baviera. En Múnich hay un cansancio respecto a las instituciones burguesas:

Antes de que el Parlamento pueda comenzar sus tareas, los trabajadores de Augsburg, cansados de las resoluciones revolucionarias, envían delegados al ministerio muniqués, con el encargo de que exijan la proclamación de la república soviética. El Gobierno no detiene a estos hombres como reos de alta traición, sino que los recibe. Los ministros socialdemócratas pierden la cabeza. La dirección, los cargos, los miembros del partido les inspiran temor y se muestran dispuestos a cumplir la exigencia. Casualmente, uno de ellos se halla ausente, el primer ministro Hoffmann. Al principio quiere retirarse. Hay algo que le preocupa: escribe una tarjeta postal al presidente del Comité Central preguntando si la república soviética pagará pensiones a los antiguos ministros (Toller, 1987: 113).



Barricada en Múnich

La república soviética se proclama en varias ciudades de Baviera: Würzburg, Augsburg, Lindau, etc. El Gobierno es sobrepasado:

Durante la noche del 16 al 17 de abril de 1919 se reúnen en el Palacio Wittelsbach el Comité Central y los delegados de los partidos socialistas, los sindicatos y la Liga Agraria. Por donde antes pisaban pizpiretas doncellas y engalanados lacayos, pisan ahora las toscas botas de los obreros, campesinos y soldados y contra los visillos de seda de las ventanas del dormitorio de la reina se reclinan centinelas, correos y secretarias con cara de no haber pegado ojo en toda la noche.

Se procede a la elección de los delegados del pueblo, y también aquí se pone de manifiesto la ignorancia, la falta de objetivos y el confusionismo de la Revolución alemana. Sylvio Gsell, el fisiócrata, el teórico de librecambio y de la economía de libre mercado, se convierte en ministro de Hacienda. Como presidente de la oficina central de asuntos económicos se designa al marxista doctor Neurath. ¿Cómo van a trabajar juntos estos dos hombres? (Toller, 1987: 114).

El 5 de abril se proclamó, finalmente, la República de Consejos, con el voto en contra de los comunistas²², forzando al Gobierno a marcharse a Bamberg, un Gobierno que inmediatamente tuvo que afrontar un golpe militar, encabezado por el ministro socialdemócrata bávaro Schneppenhorst, entre los días 13 y 16 de abril. Las tropas de un improvisado Ejército Rojo, dirigidas por el marinero Rudolf Egelhofer, acabaron con el intento del 13 y las comandadas por Ernst Toller rechazaron el segundo asalto del 16. Fue entonces cuando Hoffmann pidió la ayuda de Noske, que envió fuerzas militares, regulares y Freikorps contra Baviera.

Se prepararon las primeras medidas de la efímera “segunda revolución” en Baviera:

La primera jornada de la República Soviética, día festivo nacional. Por la calle se ven obreros endomingados. Los burgueses, apocados y temerosos, forman corros para hablar sobre los acontecimientos de la última noche. Camiones con soldados recorren la ciudad. En el Palacio Wittelsbach ondea la bandera roja.

Se empieza a trabajar. Un decreto proclama la socialización de la prensa; otro el armamento de los trabajadores y la creación del Ejército Rojo; otro la confiscación de viviendas a fin de paliar su escasez; y otro regula el aprovisionamiento de víveres (Toller, 1987: 115).

Es interesante lo que Toller dice acerca de qué significaba la revolución y la república para buena parte de las masas:

La gente se agolpa en las antesalas del Comité Central. Cada cual cree que la República Soviética ha sido creada para dar cumplimiento a sus deseos particulares. A una mujer le gustaría casarse inmediatamente. Hasta el momento había encontrado dificultades para hacerlo, puesto que le faltaban los necesarios papeles, pero la República Soviética ha de rescatar su felicidad. Un hombre pretende que la patrona de su casa le perdone el pago del alquiler. Se ha formado un partido de ciudadanos revolucionarios que exige la detención de todos sus enemigos personales, antiguos compañeros en el juego de bolos y contertulios en el club.

Incomprendidos reformadores morales ofrecen sus programas para el saneamiento de la humanidad. La obra de su vida, combatida a lo largo de decenios, constituye una garantía de que al fin la tierra se transformará en un paraíso. Pretenden curar al mundo puntualmente. Si se aceptan sus premisas, su lógica es intachable. Estos ven la raíz del mal en el gusto por cocer las comidas, aquellos lo ven en el patrón-oro y los de más allá responsabilizan de todos los males al hecho de llevar ropa interior no porosa, al trabajo mecanizado, a la ausencia de una lengua y taquigrafía unitarias impuestas por decreto ley, a los grandes almacenes o a la educación sexual (Toller, 1987: 116).

Pero el primer Gobierno de la República Soviética de Baviera duró seis días. Los comunistas, que habían encabezado el 13 de abril el enfrentamiento contra las tropas de Schneppenhorst, decidieron transformar la que llamaron “república pseudosoviética”, porque era una República de Consejos sin consejos (Frölich, apud Harman, 2015: 169), y constituir una verdadera a través de la dictadura del proletariado. El KPD tomó el control en lo que se conoce como Segunda República Socialista de Baviera y preparó el enfrentamiento con las tropas del Gobierno central. Para ello, y ante el cierre a que había sido sometido Múnich, que acentuaba el hambre y el caos, confiscó cuentas bancarias, detuvo a opositores políticos y cerró periódicos. Ante la inminencia de la llegada de las tropas del Gobierno central, apenas fue posible desarrollar algo del programa político y económico que preveía Leviné. El Ejército que llegaba a Múnich había pasado antes por Brunswick y allí también había liquidado esta república socialista. Cercada Múnich, se produjeron actos de violencia que obligaron a dimitir a Leviné. Toller tomó el mando y trató de llegar a un acuerdo con el Gobierno de Hoffmann. Las resistencias del Ejército Rojo en distintos puntos de la ciudad fueron cayendo y el 2 de mayo las tropas del Gobierno central entraron en la ciudad. Los días sucesivos se produjo una represión sin precedentes. A los fusilamientos sumarísimos habría que añadir las ejecuciones indiscriminadas y actos de crueldad: Landauer fue golpeado brutalmente hasta la muerte en la prisión de Stadelheim. El jefe de los Freikorps, Manfred von Killinger, quien más tarde haría una fulgurante carrera durante el mandato de Hitler, describe con fruición en su libro de memorias *De lo trascendente y lo intrascendente de la vida durante el Putsch (Ernstes und Heitere aus dem Putschleben)* otras atroces escenas con marcados tintes sexuales cuyas víctimas acostumbraban a ser mujeres, “hembras espartaquistas” (Haffner, 2005: 192). Leviné murió fusilado el 5 de julio gritando “¡Viva la revolución mundial!” (Haffner, 2005: 193).



Dr. Werner Masar
herzlich gewidmet
6. Nov. 75

C. Feigwiler

Ilustración de Conrad Felixmüller, de 1919, titulada Camarada muerto

Después de mayo de 1919 hubo más revueltas. Hasta caídas las barricadas de Hamburgo de 1923, levantadas contra el hambre, la explotación, el paro y la violencia nacionalsocialista, no se estabilizó el sistema social burgués que había implantado la llamada República de Weimar. Como escribe Larissa Reisner: “Para un obrero no hay historia dentro de los confines del Estado burgués, la lista de sus héroes la guardan los consejos de guerra y el vigilante de la fábrica perteneciente al sindicato menchevique. La burguesía, una vez que ha vencido con las armas, ahoga la indeseable memoria del peligro al que ha escapado tan recientemente” (Reisner, 2017: 52). Para un obrero, para una trabajadora, para un marinero, para una empleada, para toda una gran parte del pueblo alemán sí hubo historia fuera de los confines del Estado burgués, en la revolución alemana de 1918-1919.

Capítulo 4

Sobre la Revolución alemana

Antes de haberme muerto y antes de haberme reunido con los muertos, a menudo me resultaba incomprensible cómo puede existir la esclavitud, cómo es posible que exista el servicio militar, cómo es posible que personas sanas y razonables se sometan a cañonazos y balazos sin protestar.

Ret Marut/Bruno Traven

Las interpretaciones

Tras el hundimiento de la Revolución alemana y la instauración de la República de Weimar, se sucedieron los libros de memorias y los ensayos que trataron de justificar las posiciones que se habían tenido durante el periodo. En los años veinte habían salido ya varios textos testimoniales²³ y numerosos trabajos históricos. Cuatro de los más importantes, por el carácter de conjunto que ofrecen, son el de Richard Müller, presidente de los llamados delegados revolucionarios y presidente del comité ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados de Berlín, que publicó con el título *Historia de la revolución alemana* (*Geschichte der deutschen Revolution*), s/f, y conforma un relato pormenorizado de los acontecimientos ocurridos fundamentalmente en Berlín; el de Paul Frölich, *La República de Consejos de Baviera* (*Die Bayerische Räterepublik*, 1920), con más de cuarenta ediciones, una defensa de las acciones realizadas por los comunistas y una crítica de lo que considera errores de Eisner, Mühsam y Landauer; el colectivo *Historia ilustrada de la revolución alemana* (*Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution*), publicado en 1929, un admirable trabajo documental organizado temáticamente en torno a los acontecimientos, ideas y fuerzas sociales que dieron lugar a la revolución y, finalmente, el de Rosa Leviné-Meyer, *Vida y muerte de los revolucionarios* (*Leben und Tod einer Revolutionärs*, 1972), un texto que trata de responder a lo que considera una versión desviada e interesada de las verdaderas posiciones del dirigente comunista durante el tiempo de la revolución socialista de Baviera.

Propiamente no han existido muchas interpretaciones de la Revolución alemana. Por supuesto, los revolucionarios Zinoviev, Lenin y Trotsky le dedicaron algunas páginas centradas, sobre todo, en la importancia capital que tenía que la revolución triunfara en Alemania.

En la misma época, Karl Korsch, el maestro de Brecht y el que concibió lo que, después, sería el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Fráncfort, planteó cuál había sido el fracaso de la revolución:

Si observamos retrospectivamente el desarrollo general de los consejos políticos en Alemania, junto a las notorias causas principales, que naturalmente se hallan en el terreno del proceso económico y político global, podemos aducir también algunas causas secundarias ideológicas para explicar el rápido ocaso y caída de las instituciones consiliares. Aun en el breve lapso en que en Alemania existían de hecho los presupuestos reales para la realización y la construcción de una dictadura proletaria estable, esos presupuestos estaban destinados a permanecer inutilizados porque en amplios sectores del proletariado revolucionario, que abarcaban incluso “consejos” en funcionamiento, faltó casi completamente un conocimiento correcto tanto de las bases organizativas como también de las tareas esenciales que debe desarrollar un sistema consiliar revolucionario.

[El principal error] organizativo consistió en el hecho de que los consejos políticos en su mayoría no eran elegidos —única modalidad que correspondía al sentido del sistema consiliar— por los proletarios mismos reunidos por empresas y oficios, sino que eran formados por los partidos socialistas, y habitualmente en forma paritaria. Eso era casi inevitable al principio, cuando, de golpe y casi en un mismo día, en cada lugar se formó un “consejo obrero” (¡hasta pequeños municipios campesinos, de carácter totalmente no proletario, eligieron entonces su “consejo obrero” por una especie de mimetismo político, para defenderse contra los ataques del consejo obrero de la ciudad más próxima, en sus asuntos municipales internos!). Este error todavía habría podido remediarse si a continuación se hubiera aclarado y reforzado la voluntad de una auténtica constitución consiliar. Esto no ocurrió casi en ninguna parte. Miembros mal vistos fueron “revocados”; otros, desilusionados románticos de la revolución, salieron espontáneamente. La gran mayoría de los miembros de los consejos políticos de los obreros, sin embargo, “se pegó” a su puesto hasta que más o menos inevitablemente se puso fin a todo el poder de los consejos (Korsch, 1982, vol. 1: 60-61).

Pasadas varias décadas, las interpretaciones omitían lo propiamente conceptual para indagar en asuntos de sentido. En 1969, sin embargo, el pensador italiano Furio Jesi, terminaba su ensayo *Spartakus. Simbología de la revuelta* (*Spartakus, Simbologia della rivolta*), pero el texto no se publicó hasta 1980. Se trata de un acercamiento fenomenológico, rigurosamente empático. El primer aspecto que estudia es la “suspensión del tiempo histórico”. Explica cómo durante los primeros quince días de enero de 1919, en Berlín, “cambió la experiencia del

tiempo”. La vida ya se había visto afectada por la guerra, alterando su ritmo habitual en espera. En enero, “esa espera, madurada a lo largo de cuatro años, pareció colmarse con la súbita y brevísima aparición de un tiempo con una cualidad insólita, en el que todo cuanto acontecía, con rapidez extrema, parecía ocurrir para siempre”. Y continúa escribiendo: “No se trataba ya de vivir y de actuar en el contexto de la táctica y la estrategia [...]. Se trataba de actuar de una vez por todas, y el fruto de la acción se hallaba contenido en la acción misma” (Jesi, 2014: 64). El segundo aspecto que destaca Jesi es que en toda revuelta la mayor parte de los que participan en ella “eligen comprometer su propia individualidad en una acción cuyas consecuencias no conocen ni puede prever” (Jesi, 2014: 70). El fracaso espartaquista sirvió a los detentadores del poder, pues

los sublevados no lograron apoderarse de los símbolos del poder y mucho menos de sus instrumentos. Se hizo evidente, tras su finalización, que la revuelta había servido en un grado considerable precisamente al poder contra el cual se había desatado. No solo porque en diez días de combates el proletariado había perdido a un gran número de sus activistas y a casi toda su dirigencia, no solo porque las estructuras organizativas de clase habían dejado de existir, sino también porque se habían producido esa suspensión del tiempo histórico y esa descarga indispensables a quienes detentan el poder para restablecer el tiempo normal, ese que ellos habían suspendido durante los cuatro años de guerra (Jesi, 2014: 79).

GEORGE GROSZ



Sein Leben von ihm selbst erzählt Schöffing & Co.

Ein kleines JA
und ein großes NEIN

Portada de la autobiografía de Grosz

De entre las memorias, destaca el cambio de interpretación (y de posición política) que hizo el pintor George Grosz. En el capítulo 10 de *Un sí menor y un no mayor* (*Eine Kleines Ja und ein Grossen Nein*)²⁴ reduce la Revolución alemana a una guerra fratricida:

Era un mundo del todo negativo, coronado por burbujas multicolores. Muchos creen que esa fue la verdadera Alemania, una Alemania feliz antes del estallido de una nueva barbarie. Los extranjeros que nos visitaron en esos años se dejaban engañar con mucha facilidad por la vida alegre y desbordante, en apariencia despreocupada, que veían en los locales nocturnos y se reflejaba según ellos en la libertad y el florecimiento de las artes. Pero no dejaban de ser unas burbujas de colorines y nada más. Debajo de esa superficie activa que brillaba traidoramente como un pantano y parecía muy divertida, se había formado una espesa capa de odio entre hermanos, una sensación de ruptura. Los regimientos estaban formándose ya para el último y definitivo combate. Era como si Alemania estuviese dividida en dos partes que se odiaban entre sí, igual que en la leyenda de los Nibelungos (Grosz, 1991: 176-177).

Su descripción de la división en bandos resulta sumamente diferente de aquella tan lúcida que apareciera como respuesta en una entrevista en las páginas de *Les Nouvelles Littéraires*, el 12 de abril de 1924: “Cuando se acercó la revolución, comprendimos el significado de este sistema” (Grosz, apud Richard, 1979: 176). Si en sus memorias Grosz escribe que

éramos como veleros batidos por el viento, algunos llevaban la vela negra, otros blanca, otros roja. Había embarcaciones que llevaban gallardetes con tres signos que simbolizaban el rayo, con la hoz y el martillo, o con la cruz gamada sobre un casco de acero... y a cierta distancia, todos esos signos mostraban algún parecido. No sabíamos maniobrar bien nuestras embarcaciones, teníamos que

empeñarnos mucho para que no volcaran en la tempestad reinante. Más de un barquito ya flotaba quilla arriba. El temporal descargaba su furia y nosotros navegábamos alegremente; no entendíamos la melodía porque nuestro oído estaba embotado de tanto “querer estar enterados”. Lo único que sabíamos es que soplaba un viento del este y otro viento del oeste... y que el temporal afectaba al mundo entero (Grosz, 1991: 176).

Sin embargo, en la mencionada entrevista, advierte que “al ver los absurdos productos del orden social vigente, soltamos la gran carcajada. Aún no entendíamos que todo este absurdo se basaba en un sistema” (Grosz, apud Richard, 1979: 176). Grosz reconoce que a pesar de pensar en términos de justicia y razón, las dicotomías “en su fuero interno” le producían una profunda aversión.

Por el contrario, las memorias de Ernst Toller, *Una juventud en Alemania* (Eine Jugend in Deutschland, 1933), se inician con una significativa advertencia: “Quien quiera comprender el desastre de 1933 debe conocer los acontecimientos de los años 1918 y 1919, que aquí relato” (Toller, 1987: 9). En el libro se recorre los sucesos de los que Toller fue testigo o protagonista. Su versión de los hechos, vistos con más de diez años de distancia, resultan hoy aún todavía vivos. Para él,

la Revolución alemana se encontró con un pueblo ignorante y con una capa de dirigentes compuesta de probos burócratas. El pueblo reclamaba el socialismo, pero en los años transcurridos hasta entonces jamás había llegado a hacerse con ideas claras acerca del mismo. Se revolvió contra sus opresores, sabía lo que no quería, pero no sabía lo que quería. Los socialistas de derechas y los líderes sindicales guardaban afinidad con los poderes de la monarquía y se hallaban comprometidos con el capitalismo, cuyos pecados eran los mismos que los suyos propios. Se habían avenido al juste milieu burgués. Su ideal era la dominación del proletario a manos del pequeño burgués encumbrado. Carecían de confianza en la doctrina que habían estado proclamando, desconfiaban del pueblo que confiaba en ellos.

Al día siguiente de la revolución emprendieron la lucha, pero no una lucha contra los enemigos de la revolución, no, sino contra los apasionados pioneros

de esta, a los que acosaron y persiguieron hasta darles caza, por lo que obtuvieron la gratitud de la alta sociedad en los salones donde la misma se reunía. Odiaban la revolución. Ebert tuvo el coraje de decirlo abiertamente.

El pueblo, mantenido por la monarquía al margen de la administración de sus propios destinos, ahora renunciaba voluntariamente. En lugar de destruir la zorrera de la vieja burocracia reaccionaria, esta fue mimada y mantenida. Su respuesta fue rápida como el rayo (Toller, 1987: 103).

Las representaciones artísticas

Si aceptamos que “el arte constituirá siempre una medida para saber si una época dada es o no un periodo de auge, una civilización”, como escribe Gustav Landauer, también podremos decir que “en un momento de apogeo cultural las artes son sociales, no individuales; están como agrupadas y unidas en torno a un punto central, no dispersas; son ante todo representantes de su época y del pueblo” (Landauer, 2016: 82).

Tras noviembre, la escritura, el arte, el teatro y el cine se radicalizan²⁵. Un año antes, Kurt Hiller había constituido el Consejo Político de los Trabajadores Intelectuales (Politischer Rat geistiger Arbeiter) en Berlín. Este consejo estuvo apoyado por autores como Heinrich Mann, Rainer Maria Rilke o Robert Musil. Fue un intento por establecer una relación entre los artistas y el proletariado. Del mismo salieron dos movimientos: el Consejo de Trabajo para el Arte (Arbeitsrat für Kunst), dedicado a la arquitectura y las artes plásticas, al que pertenecen, entre otros, Behne, Taut o Gropius. Y otro, ligado al expresionismo, denominado Grupo de Noviembre (Novembergruppe), fundado el 3 de diciembre de 1918 en Berlín por Cesar Klein y Max Pechstein. La nómina de integrantes muestra que no tuvo expresamente una orientación política socialista o revolucionaria, sino que más bien se constituyó como una plataforma “de los artistas plástico radicales” que consideraban su obligación principal, y así lo expresaba el “Manifiesto del Grupo Noviembre”, “la construcción ética de la joven Alemania libre”, amparado en el lema “¡Libertad, igualdad y fraternidad!”, y con la obligación especial de “reunir todas las capacidades valiosas en el campo artístico y conducir las hacia el bien público de la totalidad” (González, 1979: 114). En sus circulares y escritos apelan a una unión de los revolucionarios del espíritu, entre los que incluye a los expresionistas, los futuristas y los cubistas, a todos los que han “hecho trizas las antiguas formas del arte” (González, 1979: 115). Consideran la revolución como un terreno fructífero. De cualquier forma, en 1921, el grupo ya se había escindido, tal y como había pasado con el SPD, y había una fracción llamada la Oposición. En una carta que dirigen al resto del grupo, firmada por Otto Dix, Grosz, Raoul Hausmann y Hannah Höch, entre otros, denuncian la inconsistencia en la que el propio grupo había entrado

manteniendo una actitud elitista, solicitando los favores de un Gobierno controlado por la derecha y frustrando las esperanzas de los jóvenes artistas de poder unirse al proletariado. Y afirman que

nos sentimos solidarios con los esfuerzos y las nostalgias del proletariado que quiere crear una comunidad humana sin falsos abejorros y en la cual no se trabajará, como hoy día, por oposición a la sociedad, para acabar en parásito viviente de sus gracias; somos conscientes de la responsabilidad que nos impone la lucha del proletariado del mundo entero por una vida impregnada de espíritu puro. Sabemos que nuestra responsabilidad es marchar con las masas a fin de realizar esta comunidad. Y por esto, decimos a la elite: nuestro fin es superar las mezquinerías estéticas de la forma por una nueva objetividad nacida del disgusto hacia la sociedad burguesa de la explotación (González, 1979: 118).

Hausmann, que había comenzado en las filas dadaístas, escribe en 1919 su “Panfleto contra la concepción de la vida de Weimar”, en el declara estar no solamente

contra el espíritu de Postdam —estoy, sobre todo, contra Weimar. Goethe y Schiller han engendrado consecuencias más lamentables que el viejo rey Fritz—; el Gobierno Ebert-Scheideman era una consecuencia natural de la actitud estúpida y codiciosa del clasicismo poético. Este clasicismo es un uniforme, una capacidad métrica de vestimenta para cosas que no rozan la vivencia. Apartados de los torbellinos del acontecimiento real, los poetas serios, los socialistas de la mayoría, los demócratas, envuelven la insignificancia en los ropajes de los decretos honorables; los pies de versos militares se intercambian con arias de la bondad y de la humanidad. De la emboscada segura, que otorga la posesión de un gran número de billetes de banco o de una libra de mantequilla, emerge el ideal de todos los imbeciles: el segundo Fausto de Goethe. Contiene simplemente todo lo que falta en Los Bandidos de Schiller. Así como las obras de estos clásicos solemnes eran el único equipaje de los soldados alemanes y su única preocupación de día y de noche, así, en la actualidad, le era imposible al Gobierno conducir los asuntos de otra manera a no ser en el sentido de Schiller y

Goethe. La idealización de Alemania, según esto, progresa lozanamente, y la bancarrota nacional de todas las facultades vivientes, rodeadas de la danza de las musas, es inevitable. El alemán, ayer tan cristiano, se ha convertido en Goethe-Ebert-Schiller-Scheidemanniano; solo le puede sacar de su juego confuso de posesión y usufructo el miedo del bolchevismo (González, 1979: 187).

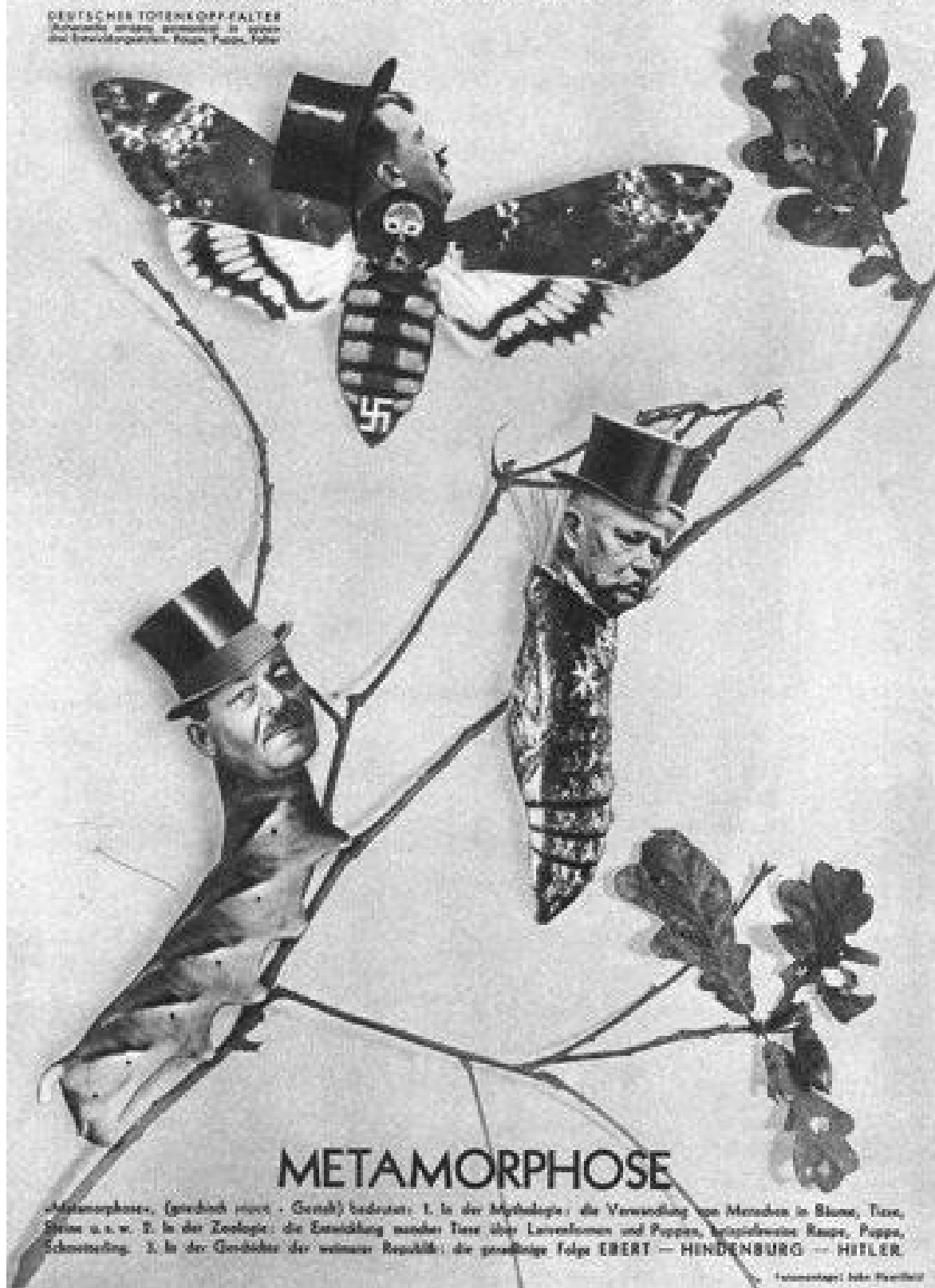
En “El sinvergüenza del arte”(“Der Kunstlump”) (1919), publicado en Der Gegner por John Heartfield y Grosz, se dice expresamente que “el artista no está por encima de su ‘milieu’ y de la sociedad de aquellos que le legitiman. Pues su pequeña cabeza no produce el contenido de sus creaciones, sino que elabora (como una caldera para hacer embutidos) la imagen del mundo de su público” (González, 1979: 191).

Por su parte, Grosz realizó toda una serie de dibujos satíricos que tienen como tema la Revolución alemana y el final de las repúblicas socialistas que se habían formado en todo el país. Caricaturiza a Ebert en su libro de dibujos El rostro de la clase dominante (Das Gesicht der herrschenden Klasse) (1921); lo muestra sentado en un sofá burgués, con los pies en un cojín, siendo servido por un mayordomo, coronado como un nuevo káiser; y a Noske en medio de una calle, rodeado de muertos, brindando con una copa, mientras exhibe, vestido de militar prusiano con casco, a un niño atravesado por su espada. “¡Salud, Noske! ¡La joven revolución ha muerto!”, dice el pie del dibujo. El desolador panorama que muestra su obra gráfica continúa en ¡Ajustaremos cuentas! (Abrechnung folgt) (1923), sobre los efectos del triunfo de la contrarrevolución.

La gráfica crítica de Weimar no olvidó la guerra ni sus consecuencias, que había sido uno de los motivos principales de las movilizaciones que habían desembocado en la Revolución de Noviembre. Gerd Arntz y sus dibujos sobre la “guerra civil”; los óleos de Otto Dix sobre los mutilados (Krieg Krüppel, 1920), sus 50 dibujos sobre la violencia y la destrucción titulados La Guerra (Der Krieg, 1924) o el tríptico con el mismo título pintado entre 1929 y 1932; las escenas sobre la revolución, cercanas al Goya de las pinturas negras, realizados como aguafuertes por Heinrich Ehmsen; los grupos humanos expresionistas de Käthe Kollwitz, los mutilados de Rudolf Schlichter o los trabajos de Conrad Felixmüller, verdadera crónica de los sucesos posbélicos y revolucionarios.

DEUTSCHE NATURGESCHICHTE

DEUTSCHER TOTENKOPF-FILTER
 (Kassette) einzig bewährt in allen
 drei Installationen. Preis: 1,90 Mark.



Metamorphosen. (geschichtl. u. v. Gesch.) bedeuten: 1. In der Mythologie: die Verwandlung von Menschen in Bäume, Tiere, Steine u. s. w. 2. In der Zoologie: die Entwicklung mancher Tiere über Larvenformen und Puppen, z. B. im Insektenreich: Raupe, Puppe, Schmetterling. 3. In der Geschichte der westeurop. Völkerr: die umstrittene Folge EBERT — HINDENBURG — HITLER.

1. *Journal of Management Education* 25(1): 10-12

Fotomontaje de John Heartfield

Heartfield, pocos años después, daba cuenta de lo que había supuesto la Revolución alemana bajo el dominio de Ebert. En el nº 33 (1934) de AIZ (Arbeiter Illustrierte Zeitschrift) publicaba un fotomontaje titulado “Historia natural alemana”, con el lema “metamorfosis”, que mostraba a Ebert, Hindenburg y Hitler como parte de una misma evolución. Susan Buck-Morss lo describe:

Como la mayoría de las imágenes de Heartfield, el póster “Deutsche Naturgeschichte” es un emblema moderno, que utiliza las convenciones de la inscriptio (título) y subscriptio (subtítulo) para hacer que la imagen funcione como una forma de instrucción moral y política. La “historia natural” alemana se representa alegóricamente en las tres etapas biológicas de desarrollo de la Mariposa-de-la Muerte, una progresión de metamorfosis que sugieren un lazo causal entre la República de Weimar y el fascismo (Ebert fue el primer canciller de Weimar, Hindenburg su último presidente que, a su vez aprobó el nombramiento de Hitler como canciller). Al mismo tiempo, esta progresión (sobre una mortecina rama) es vista como retroceso, y el “desarrollo” implica creciente claridad en relación a la naturaleza del animal: la marca visible de la calavera o “cabeza (mariposa) de la muerte” en su forma final hitleriana.

Y también lo analiza:

En la leyenda a “Historia Natural Alemana”, Heartfield nos dice que “metamorfosis” tiene tres significados: el primero surge del discurso de la naturaleza (las etapas del insecto), otro surge de la historia (Ebert-Hindenburg-Hitler) y otro (enumerado en primer lugar), del discurso del mito: “En la mitología: la metamorfosis de los seres humanos en árboles, animales, piedras”. Este significado explica a la vez la representación y proporciona un juicio crítico sobre el referente. Heartfield presenta la evolución natural de la historia política

alemana en la forma mítica de una metamorfosis de los humanos en naturaleza, para así poder subrayar de manera crítica que la creencia en el progreso evolutivo como curso natural de la historia social es un mito, en el sentido totalmente negativo de ilusión, error, ideología. Heartfield, un comunista, no atacaba la adhesión de la clase capitalista al Social Darwinismo como forma de justificar su dominación, sino más bien la adhesión por parte de los socialdemócratas a la idea de progreso histórico, que los había llevado a adormecerse en el seno de un falso sentido de seguridad sobre la adecuación del parlamentarismo de Weimar para una política socialista (Buck-Morss, 1995: 79).

De la escena teatral resulta imposible olvidar la perturbadora obra de Karl Kraus, a medio camino entre drama documental y alegoría apocalíptica, *Los últimos días de la humanidad* (*Die letzten Tage der Menschheit*), que ocupa más de 500 páginas y cuya representación requeriría, como señala su autor en el “Preliminar”, “más o menos diez veladas según la medición humana del tiempo” (Kraus, 1991: I). Escrita entre 1915 y 1922, salieron publicados varios actos en su revista *Die Fackel* en 1919. La multitud de espacios, siempre significativos para el desarrollo de los acontecimientos históricos, y de personajes, que tratan de presentar una relación aproximada de las vidas que se cruzan en esta sátira antibélica y que procuran una gama enorme de registros lingüísticos, la convierten en una obra única. De la misma manera, estilos y estéticas se mezclan para ofrecer una vitalidad y una gran potencia dramática. Asistimos a una representación de los procesos que tuvieron lugar entre 1914 y 1918. La obra se cierra en un campo de batalla transmutado en el fin del mundo y que concluye con la voz de Dios diciendo: “Yo no lo he querido” (Kraus, 1991: 534).

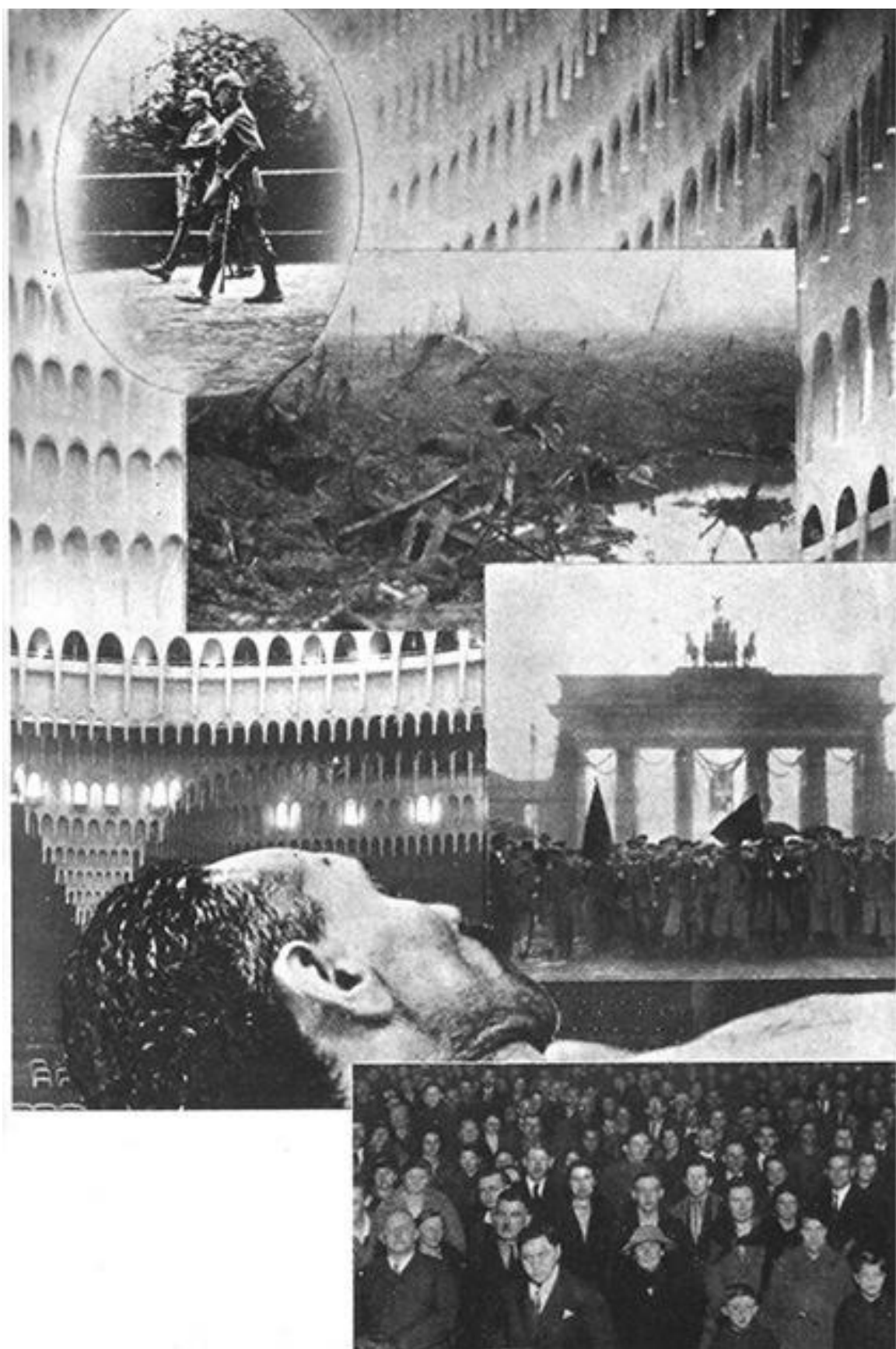
Bertolt Brecht escribió *Tambores en la noche* (*Trommeln in der Nacht*) entre 1918 y 1920, es decir, en parte, mientras ocurrían los acontecimientos revolucionarios. La obra se estrenó en 1922. Comienza a elaborarse como un “drama”, según aparece en el manuscrito, para, finalmente, terminar siendo una “comedia”. Al conflicto que provoca el regreso de un soldado cuatro años después, argumento que narra para el siglo XX la obra teatral de Büchner *Woyzeck*, y su intento de recuperar su vida, su novia y su lugar (los tres primeros actos), se superponen los hechos sucedidos en Berlín cuando, en enero, los revolucionarios combaten en sus calles y se hacen fuertes en el barrio de la prensa, cerca de la sede del periódico *Vorwärts* (los dos actos restantes). Brecht cambió la fecha de la acción de noviembre de 1918 a enero de 1919. La

descripción de los combates es confusa, dominan las sensaciones que hacen inapreciable lo que está sucediendo. En cambio, las opiniones de la familia acomodada de la novia del soldado expresan tanto los beneficios del conflicto como su odio a los espartaquistas. Es una visión deformada, según el modo dadaísta, de lo histórico. El propio Brecht, ya en 1955, incluyó una nota en la que decía: “No conseguí que el espectador viera la revolución de una manera distinta a la de mi protagonista Kragler; para él era algo romántico. La técnica del extrañamiento no estaba aún a mi alcance” (Willett, 1963: 44). Al final de la pieza, Kragler regresa de los combates:

¡Estoy hasta aquí! Se ríe rabioso. No es más que teatro. Tablas, y una luna de papel y, detrás, la carnicería, que es lo único verdadero. Vuelve a dar vueltas, con los brazos colgando hasta el suelo y recoge el tambor de la taberna. Se han dejado el tambor. Golpea en él. El semiespartaquista o La fuerza del amor. El baño de sangre en el barrio de los periódicos o Todo el mundo se siente bien en su pellejo. Levanta los ojos, parpadea. Con pancarta o sin pancarta. Redobla. Suena la gaita, los pobres mueren en el barrio de los periódicos, las casas se les caen encima, amanece, están echados como gatos ahogados en el asfalto, soy un cerdo y ese cerdo se va a casa. Toma aire. Me pondré una camisa limpia, todavía conservo el pellejo, me quitaré la chaqueta y me engrasaré las botas. Se ríe malignamente. El griterío habrá pasado por completo mañana por la mañana, pero mañana por la mañana yo estaré en la cama, reproduciéndome para no extinguirme. Redobla. ¡No me miréis con esos ojos tan románticos! ¡Usureros! Redobla. ¡Acaparadores! Riéndose con todas sus ganas, atragantándose casi: ¡Cobardes sanguijuelas, cobardes! Se le atraganta la risa, no puede más, se bambolea, arroja el tambor contra la luna, que era un farolillo, y tambor y luna caen al río, que no tiene agua. Borracheras y niñerías. ¡Ahora viene la cama, la cama grande, blanca y ancha, ven! (Brecht, 1987: 132-133).

Más adelante, en 1926 y en 1948, Brecht realizó dos proyectos teatrales sobre Rosa Luxemburg. El primero, según los pocos testimonios que hay y las pocas hojas escritas, parece una recreación de las últimas semanas de su vida. El segundo, por otro lado, trataría de varios episodios fundamentales en su biografía²⁶.

La obra de Ernst Toller, miembro del Gobierno de la República Socialista de Baviera, es una de las que derivan directamente de la Revolución alemana. En 1918 se iniciaba en el teatro con la pieza *La transformación* (*Die Wandlung*), una terrible denuncia expresionista de la guerra, a medio camino entre el sueño y la realidad. Con *Hombre-Masa* (*Masse-Mensch*, 1919) y *Los destructores de máquinas* (*Die Marchinenstürmer*, 1920), Toller lleva a escena episodios del movimiento obrero y reflexiona sobre el lugar de las masas en la historia. La pieza *El día del proletariado* (*Der Tag des Proletariats*, 1921) es una coral sobre las condiciones sociales de los trabajadores. Con *Hinkemann* (1922), muestra la vida miserable del proletariado alemán. Toller escribe desde una permanente tensión entre el intelectual y las masas. Esta problemática fue común a otros escritores como Friedrich Wolf (con *El incondicional* [*Der Unbedingte*, 1919]), Ludwig Rubiner (con *Los no violentos* [*Die Gewaltlosen*]) o el mismo Mühsam (con *Judas*, 1920). Por su parte, el director de escena Erwin Piscator describe en *El teatro político* (*Das Politische Theater*, 1929) la pieza *A pesar de todo*, escrita por Felix Gasbarra, como el primer drama documental que narra los acontecimientos que ocurren entre el estallido de la guerra y el asesinato de Liebknecht y Luxemburg. El título se toma del último artículo de Liebknecht, con el que se pretende expresar que “la revolución, aún después de aquella terrible derrota de 1919, sigue su avance” ²⁷ (Piscator, 2001: 110). Toda la representación “fue un solo montaje gigantesco de discursos auténticos, escritos, recortes de periódicos, proclamas, prospectos, fotografías y películas de la guerra, de la revolución, de personajes y escenas históricos” (Piscator, 2001: 113). Lo más importante es lo que escribe un poco más adelante: “Por vez primera nos enfrentamos con la realidad absoluta, vivida por nosotros mismos”, y sigue aún más: “Todos los que llenaban el edificio habían vivido —y en su mayor parte activamente— esta época; era un verdadero destino, su propia tragedia la que se desarrollaba ante sus ojos. Para ellos el teatro se había hecho realidad, dejando enseguida de ser escena contra sala para convertirse en un único salón de mitin, su único campo de batalla, una única imponente manifestación” (Piscator, 2001: 114-116). Describe los efectos de la pieza: “Tenía momentos de tensión y puntos de dramatismo culminante y producía sacudidas de la misma fuerza que el drama compuesto por un poeta. De todos modos, hay que partir de una base: se trata de una realidad política (en el sentido fundamental de todos, concerniente a todos)” (Piscator, 2001: 114). Piscator insiste en el estremecimiento humano que producía el arte.



Película para el montaje de *A pesar de todo*, de Felix Gasbarra, dirigida por Erwin Piscator

Los tres tomos de *Noviembre 1918*, escritos por Alfred Döblin entre 1937 y 1943 y publicados entre 1948 y 1950, muy lejos ya de los acontecimientos, son, sin embargo, un regreso a aquel Berlín de la revolución recorrido por un individuo, enfermo, “al que yo destiné a llevar su (mi) carga a través del relato” (Vanoosthuyse, 2005: 147). En enero de 1919, Döblin había publicado con el pseudónimo de Linke Poot, en *Der neue Merkur*, varias crónicas satíricas sobre los inicios del nuevo Estado atacando la supervivencias del imperio, la persistencia del militarismos alemán, “el triunfo del pasado sobre el presente y el porvenir”. Como el Kracauer del ensayo *De caligari a Hitler*, Döblin también denuncia “la sugestión de las masas que se llama obediencia”. La estructura de la novela sigue el modelo objetivo de la yuxtaposición de secuencias narrativas. De nuevo, un discurso en el que se muestra una pluralidad de voces, los distintos grupos sociales, y a través del cual se desarrolla una crónica.

Si Grosz en sus cuadros de la etapa berlinesa había sumergido a los individuos en el violento caos de la gran metrópolis moderna y los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar producen una atmósfera conflictiva, Kurt Weill, en *Réquiem de Berlín* (*Das Berliner Requiem*), compuesta en 1928 con motivo de la celebración del décimo aniversario de la Revolución alemana, convertía los acontecimientos en espectros sumergidos en un paisaje extraño. Dividida en seis partes, con repetición de la primera y la última, *Réquiem de Berlín* se elabora a partir de cinco poemas de Brecht que entresaca de sus primeros libros. La “Gran coral de alabanza” con la que se inicia es un canto a la noche, las tinieblas, el frío y otros elementos de un desolado paisaje natural expresionista en donde solo quedan animales y humanos. El espacio urbano ha desaparecido y solo el ciclo de la naturaleza (carroña, descomposición) parece transformar las cosas mientras se espera mirando hacia lo alto. El segundo cuadro, la “Balada de la muchacha ahogada” (poema de 1922), parece insinuar con el cuerpo sin vida de la mujer el cuerpo asesinado de Rosa Luxemburg. Todo el poema describe la lenta agonía del hundimiento del cuerpo hasta que, poco a poco, el mismo se pudre “primero el rostro,/ luego las manos y, por fin, el pelo”. El último verso, “Ya no era sino un nuevo cadáver de los ríos”, parece una sepultura de tiempo. La Ofelia de Rimbaud ha sustituido la identidad política. El

tercer movimiento es “Epitafio” (poema de 1928), que establece una contradicción: “Aquí yace la virgen Johanna Beck. Antes de morir ella ya había perdido su inocencia. Los hombres hicieron el resto, y es por eso que ella se escapó de esta vida dulce”. Las dos partes siguientes, “Primer poema al soldado desconocido bajo el arco del triunfo” y “Segundo” son, en efecto, una estremecedora marcha triunfal de la muerte y del crimen, que asola ciudades, vidas y tierras. Un retrato de los rostros mutilados de los soldados cercanos a los que publicara Ernst Friedrich en el demoledor libro antibélico *Krieg dem Krieg* (Guerra a la guerra) (1924). El Réquiem de Berlín contiene una pluralidad de formas musicales que van de la estridente alabanza inicial a un vals, pasando por una agresiva marcha y recitativos neoclásicos que tratan de conformar los rasgos expresivos de las experiencias vividas en el periodo señalado.

Aunque no compusiera ninguna obra específica sobre la Revolución alemana, la obra teórica de Hanns Eisler es fundamental para comprender uno de los efectos que tuvo el movimiento revolucionario de noviembre: que el intento de conseguir “una comunicación colectiva que sea estímulo de lo político suponía no solo nuevos contenidos y formas, sino también nuevas formas de organización de los productores” (Betz, 1994: 52). Todo el ingente esfuerzo compositivo y analítico hecho por Eisler queda aún sin explorar. Sus obras *Recortes de periódicos*, sus piezas corales y su música para la escena teatral mantienen los términos del proyecto comunista de noviembre.

APÉNDICES

TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL (1916)

Rosa Luxemburg

Un gran número de camaradas de todas partes de Alemania ha aceptado las siguientes tesis, que representan una aplicación del programa de Erfurt a los problemas actuales del socialismo internacional.

La guerra mundial ha destruido los resultados de un trabajo de cuarenta años del socialismo europeo al anular la importancia de la clase obrera revolucionaria como factor de poder político y el prestigio moral del socialismo, ha hecho saltar en pedazos la Internacional proletaria, ha llevado a sus secciones al fratricidio mutuo y ha encadenado al barco del imperialismo los deseos y las esperanzas de las masas populares en los países más importantes del desarrollo capitalista.

Con la aprobación de los créditos de guerra y la proclamación de la Unión Sagrada, los dirigentes oficiales de los partidos socialistas en Alemania, Francia e Inglaterra (con excepción del Partido Obrero Independiente) han fortalecido la retaguardia del imperialismo, han movido a las masas populares a soportar pacientemente la miseria y los horrores de la guerra, han contribuido al desencadenamiento desenfrenado de la furia imperialista, a la prolongación de la matanza y al aumento de sus víctimas, haciéndose así copartícipes de la guerra y de sus causas.

Esa táctica de las instancias oficiales del partido en los países beligerantes, y sobre todo en Alemania, hasta ahora país dirigente en la Internacional, significa una traición a los principios más elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera y a los intereses democráticos de los pueblos. Por esta razón, la política socialista ha sido condenada a la impotencia también en aquellos países en los que los partidos han permanecido fieles a sus deberes:

en Rusia, Servia [sic], Italia y —con una excepción— Bulgaria.

En la medida en que la socialdemocracia oficial de los países dirigentes renunció a la lucha de clases en la guerra, postergándola para después, ha garantizado a las clases dominantes de estos países una tregua para fortalecer sus posiciones en lo económico, político y moral a costa del proletariado.

La guerra mundial no está al servicio de la defensa nacional ni de los intereses económicos o políticos de las masas populares, es un aborto de las rivalidades imperialistas entre las clases capitalistas de los diversos países en su lucha por conquistar el dominio mundial y el monopolio para expoliar y oprimir a aquellos territorios que todavía no se encuentran dominados por el capitalismo. En la era de este imperialismo desencadenado no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales no son más que un engaño para poner a las masas populares trabajadoras al servicio de su enemigo mortal, al servicio del imperialismo.

De la política de los Estados imperialistas y de la guerra imperialista no pueden surgir la libertad y la independencia para ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndices y cómplices de sus camaradas de clase en los grandes estados, representan solo piezas de ajedrez en el juego imperialista de las grandes potencias y, al igual que sus masas obreras, son utilizadas durante la guerra como instrumento para ser sacrificadas después, cuando acabe la guerra, a los intereses capitalistas.

Bajo tales circunstancias, en cualquier derrota y en cualquier victoria, la actual guerra mundial significa una derrota del socialismo y de la democracia. Cualquiera que sea su fin —a excepción de la intervención revolucionaria del proletariado internacional—, esta conducirá al reforzamiento del militarismo, de las contradicciones internacionales, de las rivalidades económico-mundiales. Aumenta la explotación capitalista y fortalece la reacción interna, debilita el control público y rebaja cada vez más los parlamentos a la categoría de obedientes instrumentos del militarismo. De esta forma, la actual guerra mundial desarrolla, al mismo tiempo, todas las premisas para una nueva guerra.

La paz mundial no puede ser garantizada por planes utópicos, reaccionarios en el fondo, como son los de las comisiones mixtas de diplomáticos capitalistas, las maquinaciones diplomáticas sobre el “desarme”, “libre navegación en los mares”, abolición del derecho de abordaje, “conferencias estatales europeas”, “asociaciones aduaneras de la Europa central”. Estados nacionales intermedios y

cosas similares. El imperialismo, el militarismo y la guerra no podrán ser eliminados ni frenados mientras las clases capitalistas ejerzan indiscriminadamente su dominación de clase. El único medio para oponerles con éxito resistencia y la única salvaguardia para la paz mundial está en la capacidad de acción política y la voluntad revolucionaria del proletariado internacional para echar su fuerza en el platillo de la balanza.

El imperialismo, como última fase de vida y desarrollo más elevado de la dominación mundial política del capitalismo, es el enemigo mortal común a los proletarios de todos los países. Pero, con las fases anteriores del capitalismo, comparte el destino de reforzar la fuerza de su enemigo mortal en la misma medida en que se desarrolla. Acelera la concentración del capital, la extinción de las capas medias, el aumento del proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas y conduce a la intensiva agudización de las contradicciones de clase. Tanto en la guerra como en la paz, la lucha de clases proletaria ha de concentrarse principalmente contra el imperialismo. La lucha contra él es para el proletariado internacional, al mismo tiempo, la lucha por el poder político en el Estado y el enfrentamiento decisivo entre socialismo y capitalismo. La meta final socialista será realizada por el proletariado internacional cuando presente un frente unido a todo el imperialismo y haga de la consigna “guerra a la guerra” la directriz de su política práctica, poniendo en ella toda su energía y su valor.

Para ello, la tarea principal del socialismo se orienta hoy a reagrupar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva, para hacer de él, mediante una fuerte organización internacional con una concepción unitaria de sus intereses y tareas, con táctica unitaria y capacidad de acción política tanto en la paz como en la guerra, el factor decisivo de la vida política, papel que le ha sido asignado por la historia.

La guerra ha desarticulado a la Segunda Internacional. Su fracaso se ha confirmado por su incapacidad para luchar eficazmente durante la guerra contra la dispersión nacional y para adoptar una táctica y una acción común para el proletariado de todos los países.

Ante la traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los países dirigentes a los objetivos e intereses de la clase obrera, ante su giro desde el campo de la Internacional proletaria al campo de la política burguesa imperialista, es vitalmente necesario para el socialismo crear una nueva Internacional obrera que dirija y organice la lucha de clase revolucionaria contra el

imperialismo en todos los países.

Para cumplir su misión histórica deberá apoyarse en los siguientes principios:

La lucha de clases en el seno de los Estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países son dos reglas de conducta indispensables de la clase obrera en su lucha liberadora histórico-mundial. No existe ningún socialismo fuera de la solidaridad internacional del proletariado, y no existe ningún socialismo fuera de la lucha de clases. El proletariado socialista no puede renunciar, ni en la guerra ni en la paz, a la lucha de clases y a la solidaridad internacional sin cometer un suicidio.

La acción de clases del proletariado de todos los países debe fijarse, como fin principal, tanto en la guerra como en la paz, combatir al imperialismo e impedir las guerras. La acción parlamentaria, así como la acción sindical y la actividad global del movimiento obrero, deben subordinarse al siguiente objetivo: enfrentar lo más radicalmente posible, en cada país, el proletariado a la burguesía nacional, destacar en todo momento la contradicción política y espiritual entre ambos, poniendo de manifiesto y fomentando la comunidad internacional de los proletarios de todos los países.

En la Internacional radica el punto central de la organización de clase del proletariado. La Internacional decide en tiempos de paz sobre la táctica de las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, de política colonial, de política comercial, de la fiesta del Primero de Mayo, y, además, sobre toda la táctica a mantener en tiempos de guerra.

El deber de aplicar las resoluciones de la Internacional está por encima de todos los demás deberes de la organización. Las secciones nacionales que se opongan a sus resoluciones se excluyen por lo mismo de la Internacional.

En las luchas contra el imperialismo y la guerra, la fuerza decisiva solo puede surgir de las masas compactas del proletariado de todos los países. La preocupación táctica de las secciones nacionales debe dirigirse, por lo tanto, a

educar a las amplias masas para que adquirieran capacidad de acción política y puedan desplegar una iniciativa decidida, a asegurar la cohesión internacional de la acción de masas, a estructurar las organizaciones políticas y sindicales para que estén en condiciones de garantizar la rápida y enérgica cooperación de todas las secciones, y de que la voluntad de la Internacional se concrete en una acción de las más amplias masas obreras de todos los países.

La tarea más inmediata del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se manifiesta en la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales deben dirigir su trabajo de agitación tanto en los parlamentos como en la prensa a la denuncia de la fraseología tradicional del nacionalismo como instrumento de dominio burgués. La única defensa de toda libertad verdaderamente nacional consiste hoy en la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios, a cuya defensa hay que subordinar todo lo demás, es la Internacional socialista.

Traducción: José Luis Iglesias

Llamamiento a los soldados de la Alianza (31 de octubre de 1918)

Karl Liebknecht

A los obreros y a los soldados de la Alianza.

¡Amigos, camaradas, hermanos!

En el temblor de la guerra mundial, en el hundimiento caótico de la sociedad imperialista, el proletariado ruso ha construido su poder —la República Socialista de obreros, campesinos y soldados. A pesar de las injurias, calumnias y odios que se le prodigan, es el principio titánico de la reconstrucción social del universo. El proletariado internacional debe tomar parte en esta creación —es su deber histórico. ¡La Revolución rusa ha acelerado el movimiento revolucionario del proletariado mundial! Bulgaria y Austria están preparadas, la Revolución alemana está en sus vísperas. Sin embargo, enormes dificultades se oponen a la victoria del proletariado alemán. El pueblo alemán está con nosotros, el poder de los enemigos más encarnizados de la clase obrera ha sido destruido, pero siempre están atentos a engañar a las masas llenándolas de mentiras y de embustes, haciendo retardar la hora de la liberación del pueblo alemán.

Del mismo modo que la política de pillaje e incendiaria del imperialismo alemán, como la paz forzada de Brest y Bucarest, han fortificado el imperialismo de los aliados, los soberanos alemanes quieren utilizar los ataques de los aliados contra la Rusia Socialista como medio de mantener su poder. Guillermo II, quien, después de la destrucción del zarismo, representa a la reacción más infame, toma el pretexto de la intervención de los aliados contra la Rusia proletaria a fin de arrastrar a las masas populares a una nueva guerra. No permitiremos que los cobardes y monstruosos enemigos del proletariado universal utilicen este pretexto demagógico. Es imposible que los proletarios de la Alianza lo permitan.

Nosotros ya sabemos que habéis alzado la voz en contra de las maniobras de

vuestros gobernantes. Pero el peligro aumenta a cada minuto. El efecto de la alianza del imperialismo mundial se manifiesta, en primer lugar, contra la Revolución rusa.

Esta es la razón del llamamiento que os dirijo.

El proletariado mundial no debe dejar apagar el fuego de la revolución socialista, si no quiere ver morir sus esperanzas y sus fuerzas. La caída de la república rusa significaría la derrota del proletariado de todos los países.

¡Amigos, hermanos, camaradas, seguid a vuestros guías!

¡Viva la revolución del proletariado francés, inglés, italiano y americano!

¡Abajo la guerra, la explotación, la esclavitud!

¡Viva la emancipación de los proletarios de todos los países!

Traducción: Bernardo Muniesa y Armando Sabat

Llamamiento como canciller del Reich (9 de noviembre de 1918)

Friedrich Ebert

¡A LOS CIUDADANOS ALEMANES!

Berlín, 9 de noviembre. El nuevo canciller del Reich Ebert hace el siguiente llamamiento a los ciudadanos alemanes:

¡CONCIUDADANOS!

El hasta ahora canciller del Reich, el príncipe Max de Badén, me ha traspasado la salvaguardia de los asuntos del canciller bajo la aprobación de todos los secretarios de Estado. Estoy en condiciones de constituir el nuevo Gobierno de acuerdo con los demás partidos e informaré en breve públicamente sobre los resultados.

El nuevo Gobierno será un Gobierno democrático. Su empeño consistirá en devolver cuanto antes la paz al pueblo alemán y en afianzar la libertad que ha conquistado.

¡Conciudadanos! Os pido a todos vuestro apoyo en esta dura tarea que todos esperamos cumplir con impaciencia, ya sabéis con qué dureza la guerra amenaza la alimentación del pueblo, el primer requisito para la vida política.

El cambio político radical no debe impedir el suministro de alimentos al pueblo.

La primera obligación para todos debe consistir, tanto en el campo como en la ciudad, en no impedir la producción de alimentos ni su suministro a las ciudades, sino en fomentarlos.

La necesidad de alimentos conlleva saqueos y robos ¡con miseria para todos! Los más pobres serán quienes sufrirán más, los obreros industriales serán los más afectados.

Quien atesore alimentos u otros objetos de primera necesidad o retenga medios de transporte necesarios para su distribución perjudica en primera instancia al conjunto de toda la sociedad.

¡Conciudadanos! Os pido a todos urgentemente: ¡Abandonad las calles!
¡Procurad mantener el orden y la calma!

Traducción: Dina de la Lama

¿Qué quiere la Liga Espartaco? (diciembre de 1918)

Liga Espartaquista

I

El 9 de noviembre los obreros y los soldados derrocaban el antiguo régimen en Alemania. En los campos franceses de batalla se desvanecía la sangrienta ilusión de dominación mundial del espadón prusiano. La banda de delincuentes que había prendido la hoguera universal y sumergido a Alemania en un baño de sangre estaba acabada. Engañado durante cuatro años, el pueblo había olvidado todo deber de cultura, todo sentimiento de honor y humanismo al servicio de Moloch y, tras dejarse utilizar para todo tipo de infamias, despertó de su estupor a tiempo de evitar la catástrofe.

El 9 de noviembre se sublevó el proletariado alemán, destruyendo el yugo ignominioso que le oprimía, y, tras expulsar a los Hohenzollern, eligió consejos de obreros y soldados.

Los Hohenzollern, sin embargo, no eran más que los comisionados de la burguesía imperialista y de la nobleza terrateniente. La verdadera culpable de la guerra mundial, así en Alemania como en Francia, en Rusia como en Inglaterra, en Europa como en América es la dominación de clase de la burguesía. Los auténticos instigadores del genocidio son los capitalistas de todos los países. El capital internacional es el Baal insaciable en cuyas sangrientas fauces desaparecen millones y millones de víctimas humanas palpitantes.

La guerra mundial ha planteado una alternativa a la sociedad: o prosigue el capitalismo, lo que significa nuevas guerras, así como el hundimiento inmediato en el caos y la anarquía, o se abole la explotación capitalista.

Con el fin de la guerra la dominación burguesa de clase ha perdido su razón de ser. La burguesía no está en situación de salvar a la sociedad de la catástrofe

económica producida por la orgía imperialista. Se han destruido cantidades enormes de medios productivos. Han muerto millones de obreros, lo mejor y más capacitado de la cepa de la clase obrera. A los que regresan vivos al hogar les amenaza la miseria siniestra del paro; el hambre y las enfermedades amenazan con destruir las raíces de la fuerza del pueblo. La bancarrota del Estado, a consecuencia de la enormidad de las deudas de guerra, es inevitable.

Frente a esta confusión sangrienta y esta catástrofe amenazante, tan solo el socialismo supone una ayuda, una solución y una salvación. Únicamente la revolución mundial del proletariado puede ordenar este caos, procurar trabajo y pan para todos, poner fin a la carnicería recíproca de los pueblos y proporcionar paz, libertad y cultura auténtica a una humanidad saludable. ¡Muera el sistema de salariado! Tal es la consigna del día. Que la cooperación sustituya al trabajo asalariado y la dominación de clase. Que los medios de producción dejen de ser monopolio de una clase y pasen a ser bien común. Que no haya explotadores ni explotados. Que se regule la producción y la distribución de los productos en beneficio de la comunidad. Que se abole el modo existente de producción, la explotación y el robo, así como el comercio actual, que no es más que un engaño.

¡Trabajadores libres en régimen cooperativo en vez de patronos y esclavos asalariados! ¡Que el trabajo no sea tormento para nadie, pero sí un deber para todos! ¡Que quienes cumplen su deber para con la sociedad tengan asegurada una existencia digna! ¡Que el hambre deje de ser maldición del trabajo para ser castigo de la pereza!

Solamente en esta sociedad quedarán desarraigados la servidumbre y el odio entre los pueblos. Solamente cuando esta sociedad sea realidad, el homicidio dejará de mancillar la tierra. Solamente entonces podrá decirse: esta guerra será la última.

En este momento, el socialismo es la única salvación de la humanidad. Por encima de una sociedad capitalista que se hunde brillan, como un recordatorio ardiente, las palabras del Manifiesto Comunista: “¡Socialismo o hundimiento en la barbarie!”.

II

La realización de la sociedad socialista es la tarea más imponente que ha correspondido nunca a una clase o a una revolución en toda la historia del mundo. Esta tarea requiere una transformación completa del Estado, así como una revolución de los fundamentos económicos y sociales de la sociedad.

Esta transformación y esta revolución no las puede decretar autoridad, comisión o parlamento algunos, sino que son las masas populares quienes han de acometerlas y llevarlas a cabo.

En todas las revoluciones anteriores era siempre una pequeña minoría del pueblo la que dirigía la lucha revolucionaria, le marcaba objetivo y dirección y utilizaba a las masas populares como instrumento, a fin de hacer triunfar sus intereses, los intereses de la minoría. La revolución socialista es la única que puede triunfar gracias a la gran mayoría de los trabajadores y representando los intereses de la gran mayoría.

A la masa del proletariado corresponde no solamente la tarea de dar objetivo y dirección claros a la revolución, sino también la de poner en práctica el socialismo de modo paulatino, a través de la actividad propia.

La esencia de la sociedad socialista consiste en que la gran masa trabajadora cesa de ser una masa gobernada y pasa a vivir, en cambio, de modo autónomo, la vida política y económica, así como a orientarla con autodeterminación consciente.

Desde el escalón más elevado del Estado hasta el municipio más diminuto, la masa proletaria tiene que sustituir a los órganos superados de la dominación burguesa de clase, esto es, el Bundesrat, los parlamentos, los consejos municipales, por sus órganos propios de clase, es decir, los consejos de obreros y soldados, tiene que ocupar todos los puestos, fiscalizar todas las funciones, medir todas las necesidades estatales, según los intereses propios de clase y los objetivos socialistas. Únicamente una acción recíproca continua y vivaz entre las masas populares y sus órganos, los consejos de obreros y campesinos, puede conseguir que su actividad induzca espíritu socialista en el Estado.

De igual modo, la revolución económica únicamente puede darse como un proceso realizado en el curso de una acción proletaria de masas. Los meros decretos de las autoridades revolucionarias supremas, por sí solas, no son más

que palabras huera. Sólo la clase obrera puede dar contenido a tales palabras a través de la propia acción. Los trabajadores pueden conseguir el control sobre la producción y, finalmente, la dirección real de ésta, tan solo por medio de una lucha encarnizada y tenaz contra el capital, en cada empresa, por medio de la presión inmediata de las masas, de las huelgas, de la creación de sus órganos permanentes de representación.

Las masas proletarias tienen que dejar de ser máquinas muertas que el capitalista emplea en el proceso de producción y aprender a convertirse en directores reflexivos, libres y autónomos de tal proceso; tienen que desarrollar el sentimiento de responsabilidad de los miembros activos de la comunidad, que es la única poseedora de toda la riqueza social; tienen que desarrollar celo en el trabajo sin que sea necesario el látigo del empresario, producir al máximo sin capataces capitalistas, mostrar disciplina sin someterse a un yugo y mantener el orden sin necesidad de dominación. El idealismo más elevado en interés de la comunidad, la autodisciplina más exigente y el auténtico sentido de ciudadanía de las masas constituyen el fundamento moral de la sociedad socialista, igual que el embrutecimiento, el egoísmo y la corrupción constituyen el fundamento moral de la sociedad capitalista.

La masa obrera puede apropiarse todas estas virtudes cívicas socialistas, así como los conocimientos y aptitudes para la dirección de las empresas socialistas únicamente a través de la actuación y experiencia propias.

La socialización de la sociedad solo puede realizarse mediante la lucha dura e incansable de la masa trabajadora en su totalidad y en todos aquellos aspectos en los que el trabajo y el capital, el pueblo y la dominación burguesa de clase, se hallan enfrentados. La liberación de la clase obrera ha de ser obra de la propia clase obrera.

III

En las revoluciones burguesas el derramamiento de sangre, el terror y el asesinato político resultaban ser un arma indispensable en manos de la clase ascendente.

La revolución proletaria no precisa de terror alguno para alcanzar sus objetivos; odia y abomina del homicidio; no precisa de estos medios de lucha porque no combate contra el individuo, sino contra instituciones, y porque no alimenta ilusión ingenua ninguna cuya destrucción hubiera de vengar cruentamente. La revolución proletaria no es el intento desesperado de una minoría de modelar el mundo por la violencia según su ideal, sino la acción de la inmensa masa popular, que está llamada a cumplir su misión histórica y a convertir en realidad la necesidad histórica.

Mas, al mismo tiempo, la revolución proletaria es, también, el toque de difuntos de toda servidumbre y toda opresión; por ello se alzan contra la revolución proletaria, en una lucha a vida o a muerte, todos los capitalistas, los terratenientes, los pequeñoburgueses, los oficiales, así como los beneficiarios y parásitos de la explotación y el dominio de clase.

Es una ilusión vana creer que los capitalistas han de someterse por voluntad propia a la decisión socialista de un parlamento o de una asamblea nacional y que van a renunciar pacíficamente a la propiedad, al lucro y a los privilegios de la explotación. Todas las clases dominantes han combatido siempre con la máxima energía hasta el último momento para defender sus privilegios; los patricios romanos, como los barones feudales de la Edad Media, los caballeros ingleses igual que los esclavistas norteamericanos los boyardos valacos como los fabricantes de seda lioneses, todos ellos han derramado ríos de sangre y, para defender sus privilegios y su poder, no les han importado los cadáveres, llegando hasta el asesinato y el incendio e, incluso, provocando guerras civiles o cometiendo alta traición.

En su condición de último brote de la clase explotadora, la clase capitalista imperialista supera la brutalidad, el cinismo descarado y la infamia de todas sus predecesoras. Esta clase defenderá lo que le es más sagrado, su beneficio económico y el privilegio de la explotación, con uñas y dientes y con aquellos métodos de maldad calculada que ha puesto en práctica a lo largo de toda la historia colonial y en la última guerra mundial. Agitará viento y marea contra el proletariado; movilizará al campesinado contra las ciudades, incitará a los sectores trabajadores más retrasados contra la vanguardia socialista, organizará matanzas por medio de los oficiales del Ejército, tratará de bloquear toda medida socialista por medio de mil formas de resistencia pasiva, azuzará a veinte Vendées contra la revolución, llamará al enemigo exterior, al acero asesino de Clemenceau, Lloyd George y Wilson en calidad de salvadores y, antes que

renunciar voluntariamente a la esclavitud asalariada, preferirá transformar el país en un montón de ruinas humeantes.

Esta resistencia se ha de quebrar paulatinamente, con puño de hierro y energía despiadada. A la violencia de la contrarrevolución burguesa ha de contraponerse la violencia revolucionaria del proletariado; a los combates, intrigas y maquinaciones de la burguesía, la claridad inflexible de objetivos, la vigilancia y la actividad siempre presta de la masa proletaria; a los peligros amenazantes de la contrarrevolución, el armamento del pueblo y el desarme de las clases dominantes; a las maniobras de obstrucción parlamentaria de la burguesía, la organización activa de las masas de trabajadores y soldados; a la ubicuidad y los mil medios de poder de la sociedad burguesa, el poder concentrado, comprimido y elevado al máximo de la clase obrera. El frente unido de la totalidad del proletariado alemán, del proletariado del norte con el del, sur de Alemania, del proletariado urbano con el campesino, de los trabajadores con los soldados, el contacto espiritual viviente de la Revolución alemana con la Internacional, la conversión de la Revolución alemana en revolución mundial del proletariado, constituirá el cimiento granítico sobre el que se podrá levantar el edificio del futuro.

La lucha por el socialismo es la guerra civil más violenta que ha conocido la historia mundial, y la revolución proletaria tiene que procurarse el armamento necesario para esta guerra civil, tiene que aprender a utilizarlo, en las luchas y en las victorias.

Este aprestar a las masas obreras unidas con todo el poder necesario para realizar las tareas de la revolución es en lo que consiste la dictadura del proletariado y, por ello, la democracia auténtica. Esta no se encuentra allí donde el esclavo asalariado se sienta junto al capitalista y el proletario agrícola junto al terrateniente en fementida igualdad, a fin de debatir parlamentariamente sus cuestiones vitales; la democracia que no es un engaño popular aparece cuando los millones de proletarios toman todo el poder estatal en sus manos callosas, para, igual que el dios Thor con su martillo, aplastar la cabeza de las clases dominantes.

Al objeto de posibilitar al proletariado la realización de estas tareas, la Liga Espartaco exige:

I. Medidas para el afianzamiento de la revolución:

Desarme de toda la Policía, de todos los oficiales del Ejército, así como de los soldados que no son proletarios; desarme de todos, los pertenecientes a las clases dominantes.

Confiscación de todos los depósitos de armas y municiones, así como de las fábricas de armas, por medio de los consejos de obreros y soldados.

Creación de una milicia obrera por medio del armamento de la totalidad de la población proletaria adulta y masculina. Creación de una Guardia Roja, compuesta por proletarios, como parte activa de la milicia para la defensa permanente de la revolución frente a los ataques y maquinaciones contrarrevolucionarios.

Abolición de la potestad de mando de los oficiales y suboficiales. Sustitución de la obediencia servil militar por la disciplina voluntaria de los soldados. Elección de todos los superiores por parte de la tropa, con derecho permanente de revocación. Abolición de la jurisdicción militar.

Expulsión de los oficiales y capitulacionistas de todos los consejos de soldados.

Sustitución de todos los órganos y autoridades políticas del antiguo régimen por delegados de los consejos obreros y de soldados.

Institución de un tribunal revolucionario, ante el cual han de comparecer los culpables principales de la guerra y de su prolongación, los dos Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Títitz y otros delincuentes, así como todos los conspiradores contrarrevolucionarios.

Incautación inmediata de todos los víveres, a fin de garantizar la nutrición del pueblo.

II. En la esfera política y social:

Abolición de todos los estados independientes; creación de una república alemana socialista y unitaria.

Supresión de todos los parlamentos y consejos municipales y transmisión de sus funciones a los consejos de obreros y soldados, así como a sus comités y otros órganos.

Elección de consejos de obreros en toda Alemania y por empresas con participación de toda la clase trabajadora adulta de ambos sexos en la ciudad y en el campo. Elecciones, también, de consejos de soldados, con participación de la tropa y exclusión de los oficiales y capitulacionistas. Derecho de los obreros y los soldados a revocar en todo momento a sus representantes.

Elecciones en todo el imperio de delegados de los consejos de obreros y soldados para el Consejo Central de consejos de obreros y campesinos que, a su vez, ha de elegir al Consejo Central, Ejecutivo, como órgano superior del poder legislativo y ejecutivo.

Reunión del Consejo Central provisionalmente una vez cada tres meses, por lo menos —con renovación de los delegados cada una de ellas—, con el fin de ejercer un control permanente sobre la actividad del Consejo Ejecutivo y de crear un contacto vivo entre la masa de los consejos de obreros y soldados en la nación” y su órgano supremo de Gobierno. Derecho de los consejos locales de obreros y soldados a revocar y sustituir en todo momento a sus representantes en el Consejo Central, en el caso de que no actúen de acuerdo con el mandato de los electores. Derecho del Consejo Ejecutivo a nombrar y deponer a los diputados del pueblo, así como a las autoridades centrales del imperio y a los funcionarios.

Abolición de todas las diferencias estamentales, de las órdenes y de los títulos. Igualación jurídica y social completa de los sexos.

Legislación social perentoria. Reducción de la jornada laboral con el fin de regular el paro y en consideración al debilitamiento físico de la clase obrera durante la guerra mundial; jornada laboral máxima de seis horas.

Reorganización fundamental inmediata del sistema de alimentación, de la vivienda, la sanidad y la educación, en el sentido y espíritu de la revolución proletaria.

III. Reivindicaciones económicas inmediatas:

Confiscación, en beneficio de la comunidad, de la fortuna y las rentas de la casa real.

Anulación de la deuda del Estado y otras deudas públicas, así como de todos los préstamos de guerra, con excepción de las suscripciones desde cierta cantidad, que determinará el Consejo Central de los consejos de obreros y soldados.

Expropiación de la tierra de todas las explotaciones agrícolas medias y grandes; creación de cooperativas agrícolas socialistas bajo dirección central unificada en todo el imperio; las pequeñas explotaciones agrícolas permanecerán en poder de sus propietarios hasta que estos ingresen voluntariamente en las cooperativas socialistas.

Expropiación, por parte del poder republicano de los consejos, de todos los bancos, minas, fundiciones y todas las grandes empresas en la industria y el comercio.

Confiscación de todas las fortunas a partir de un cierto volumen, que el Consejo Central habrá de determinar.

Incautación, por parte del poder republicano de los consejos, de la totalidad del transporte público.

Elección de consejos de empresa en todas las empresas, que, de acuerdo con los consejos de obreros, habrán de regular los asuntos internos de la empresa, determinar las condiciones de trabajo, fiscalizar la producción y, finalmente, encargarse de la dirección de la empresa.

Establecimiento de una comisión central de huelga que, en relación continua con los consejos de empresa, proporcione al movimiento huelguístico incipiente en todo el imperio una dirección unitaria, una orientación socialista y el apoyo más poderoso por parte del poder político de los consejos de obreros y soldados.

IV. Tareas internacionales:

Establecimiento inmediato de contactos con los partidos hermanos del extranjero, a fin de dar una base internacional a la revolución socialista y de configurar y afianzar la paz por medio de la fraternidad internacional y la sublevación revolucionaria del proletariado mundial.

V. ¡Esto es lo que se propone la Liga Espartaco!

Y por proponérselo, por ser el heraldo, el acicate y la conciencia socialista de la revolución, la Liga se ha ganado el odio, la persecución y la calumnia de todos los enemigos de la revolución, los públicos y los secretos.

¡Crucificadlos!, gritan los capitalistas, temblando por sus cajas de caudales.

¡Crucificadlos!, claman los pequeñoburgueses, los oficiales, los antisemitas, los lacayos de prensa de la burguesía, temerosos por sus garbanzos.

¡Crucificadlos!, claman los Scheidemann que, como Judas Iscariote, han vendido a los trabajadores a la burguesía y temen perder los denarios de su poder político.

¡Crucificadlos!, repiten como un eco sectores engañados, burlados y manipulados de la clase obrera y de la tropa que no saben que, cuando se enfurecen contra la Liga Espartaco, se enfurecen contra su propia carne y su propia sangre.

En el odio y en la calumnia contra la Liga Espartaco se unen todos los elementos contrarrevolucionarios, antipopulares, antisocialistas, turbios, oscurantistas y tenebrosos. Así se atestigua que en la Liga late el corazón de la revolución y que el futuro le pertenece.

La Liga Espartaco no es un partido que pretenda alcanzar el poder por encima o a través de las masas trabajadoras.

La Liga Espartaco es únicamente la parte más consecuente del proletariado, que, en cada momento, señala a las masas amplias de la clase obrera sus tareas históricas y que cada estadio particular de la revolución defiende el fin último socialista, igual que las cuestiones nacionales defiende los intereses de la revolución mundial.

La Liga Espartaco se niega a compartir el poder del gobierno con los cómplices de la burguesía, con los Scheidemann y los Ebert, por considerar que tal colaboración es una traición a los fundamentos del socialismo, un fortalecimiento de la contrarrevolución y una paralización de la revolución.

La Liga Espartaco se negará asimismo a entrar en el Gobierno tan solo porque los Scheidemann-Ebert hayan arruinado la economía, y los independientes, a causa de su colaboracionismo, se encuentren en un callejón sin salida.

La Liga Espartaco únicamente tomará el poder cuando ello se derive de la voluntad clara y explícita de la gran mayoría del proletariado en toda Alemania, esto es, únicamente como resultado de la aprobación consciente por parte del proletariado de los criterios, los objetivos y los métodos de lucha de la Liga Espartaco.

La revolución tan solo puede alcanzar claridad y madurez completas de un modo paulatino, a lo largo del camino del calvario de las experiencias amargas, las derrotas y las victorias.

La victoria de la Liga Espartaco no es el comienzo, sino el fin de la revolución y coincide con la victoria de los millones de proletarios socialistas.

¡Adelante, proletarios! ¡A la lucha! Hay que conquistar un mundo y luchar contra otro. En esta última lucha de clases de la historia mundial en torno a los objetivos más elevados de la humanidad cabe aplicar al enemigo aquella frase de: ¡Mano al cuello y rodilla al pecho!

Traducción: Ramón García Cotarelo

CRONOLOGÍA

1918

7 de octubre

Conferencia nacional de la Liga Espartaquista.

17 de octubre

El Estado Mayor del Ejército alemán se propone seguir la guerra e ignorar las condiciones propuestas por el presidente de EE UU Wilson.

20 y 21 de octubre

Amnistía para los presos políticos. Liebknecht sale de prisión.

30 y 31 de octubre

Los marineros impiden que la flota de guerra salga de los puertos.
Amotinamiento y sublevación en Wilhelmshaven y Kiel.

4 de noviembre

Noske es nombrado gobernador de Kiel.

6 y 7 de noviembre

La revolución iniciada en Kiel se extiende por varias ciudades: Hamburgo, Colonia, Bremen, Múnich, etc.

8 de noviembre

Luxemburg es puesta en libertad. Eisner y Auer constituyen el primer Gobierno revolucionario en Múnich.

9 de noviembre

Revolución en Berlín. El rey Guillermo II abdica y el socialdemócrata Ebert sustituye a Max de Baden en la jefatura del Gobierno. Mientras Scheidemann proclama la república burguesa, Liebknecht proclama la república socialista.

10 de noviembre

Se constituye el Consejo de Comisarios del Pueblo, formado por tres miembros del SPD y otros tres del USPD, y el Consejo Ejecutivo, compuesto equitativamente entre miembros de ambos partidos. En Brunswick se proclama la república socialista.

11 de noviembre

Se firma el armisticio. La guerra ha terminado. El grupo espartaquista se convierte en la Liga Espartaquista.

15 de noviembre

Acuerdo entre empresarios y sindicatos para mantener la producción industrial. Los representantes sindicales radicales son apartados.

16 de noviembre

Aunque se mantienen las leyes anteriores, comienzan a organizarse cambios reformistas que afectan a la economía y a la administración estatal.

18 de noviembre

Debates en torno a la constitución de una Guardia republicana. Otto Wels, nombrado comandante militar de Berlín, se opone a la formación de una Guardia Roja.

23 de noviembre

Se funda la Internacional Comunista de Alemania (IKD).

5 de diciembre

Se reúne la comisión de socialización, que pretende establecer un marco de

cooperación económica entre trabajadores, empresarios y Estado.

6 de diciembre

Los comisarios del pueblo aprueban la celebración en enero de una asamblea nacional en lugar de la conformación de un sistema de consejos.

Enfrentamientos en Berlín entre socialdemócratas y espartaquistas. La sede del Die Rote Fahne es ocupada.

8 de diciembre

Una gran manifestación espartaquista recorre la ciudad en protesta contra el intento de golpe de Estado contrarrevolucionario intentado por paramilitares y fuerzas monárquicas.

24 de diciembre

Violentos enfrentamientos entre tropas regulares y la División Popular de la Marina, considerada el Ejército de la revolución.

16-21 de diciembre

Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados.

29 de diciembre-1 de enero

Congreso fundacional del Partido Comunista alemán.

1919

4 de enero

El precepto de Policía de Berlín, Eichhorn, del USPD, es destituido. La medida es considerada como un modo de control del estado de los cuerpos policiales y las armas.

5 de enero

Manifestación de protesta en Berlín. Ocupación del Vörrwarts.

6-12 de enero

Insurrección espartaquista y de las izquierdas radicales en Berlín. Las acciones revolucionarias se producen simultáneamente en otras ciudades: Nuremberg, Bremen, Stuttgart, etc.

10 de enero

Se proclama la República de Consejos en Bremen.

11 de enero

Noske reprime con tropas venidas de fuera de Berlín la insurrección.

15 de enero

Asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Al día siguiente se suspende el periódico Die Rote Fahne.

19 de enero

Elecciones a la Asamblea Nacional. Los comunistas se niegan a participar.

Febrero a julio

Por toda Alemania se van sofocando los gobiernos revolucionarios y los conflictos armados mediante una sistemática organización compuesta por los Freikorps y las tropas regulares.

11-13 de febrero

Ebert es elegido presidente de la República. Se constituye el nuevo Gobierno. Scheidemann es nombrado primer ministro.

21 de febrero

El presidente de la República de Baviera, Kurt Eisner, es asesinado, así como Auer.

2 de marzo

Congreso de fundación de la Internacional Comunista.

5-11 de marzo

Huelga general en Berlín. Reaparecen los combates armados en Berlín.

10 de marzo

Asesinato del espartaquista Leo Jogiches.

31 de marzo y finales de abril

Huelga general en la cuenca del Ruhr.

7 de abril

Es proclamada la República de Consejos de Baviera, sin el apoyo de los comunistas.

8-14 de abril

Segundo Congreso general de Consejos de Obreros y Soldados de Alemania.

13 de abril

La República de Baviera es atacada por tropas gubernamentales. Los comunistas toman el poder en la que es conocida como la República Socialista de Baviera.

1 de mayo

Las tropas del Gobierno entran en Múnich y liquidan la República Socialista de Baviera que se había constituido semanas antes. Al día siguiente, Gustav Landauer es asesinado en el patio de la prisión a la que había sido llevado.

5 de julio

Eugen Leviné, que había sumido el control del Gobierno de la República Socialista de Baviera, es ejecutado.

20 de octubre

Victoria en el KPD de las tesis reformista de Paul Lévi por las que se decide participar en el parlamento y en los sindicatos.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Althusser, Louis (1974): Para una crítica de la práctica teórica, Madrid, Siglo XXI.

Appel, Jan et al. (2004): Ni parlamentos ni sindicatos: ¡los Consejos obreros!, Madrid, Ediciones Espartaco Internacional.

Azzellini, Darío y Ness, Immanuel (eds.) (2017): Poder obrero, Madrid, La Oveja Roja.

Badia, Gilbert (1971): Los espartaquistas, Barcelona, Mateu, 2 vol.

Barrot, Jean y Authier, Denis (1978): La izquierda comunista en Alemania (1918-1921), Bilbao, Zero-Zyx.

Benjamin, Walter (2008): Obras, libro I, vol. 2, Madrid, Abada.

Betz, Albrecht (1994): Hanns Eisler. Música de un tiempo que está haciéndose ahora mismo, Madrid, Tecnos.

Brecht, Bertolt (1987): Teatro completo, 1, Madrid, Alianza Editorial.

Broué, Pierre (1971): Révolution en Allemagne (1917-1923), París, Les Éditions de Minuit.

Buck-Morss, Susan (1995): Dialéctica de la Mirada, Madrid, Visor.

Droz, Jacques (ed.) (1984): Historia general del socialismo. De los orígenes a 1875, Barcelona, Destino, 2 vol.

—(1985): Historia general del socialismo. De 1875 a 1918, Barcelona, Destino, 2 vol.

Frölich, Paul (1976): Rosa Luxemburgo. Vida y obra, Madrid, Fundamentos.

Fulbrook, Mary (1995): Historia de Alemania, Madrid, Cambridge University

Press.

González García, Ángel (1979): Escritos de arte de vanguardia 1900-1945, Madrid, Turner.

Grosz, George (1991): Un sí menor y un no mayor, Madrid, Muchnik.

Haffner, Sebastian (2005): La revolución alemana de 1918-1919, Barcelona, Inédita Ediciones.

Harman, Chris (2015): La révolution allemande. 1918-1923, París, La Fabrique éditions.

Jesi, Furio (2014): Spartakus. Simbología de la revuelta, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Klemperer, Victor (2017): Munich 1919. Diary of a Revolution, Cambridge, Polity Press.

Kolb, Eberhard (1988): The Weimar Republic, Londres, Unwin Hyman.

Korsch, Karl (1982): Escritos políticos, I, México, Folio.

Kraus, Karl (1991): Los últimos días de la humanidad, Barcelona, Tusquets.

Kuhn, Gabriel (ed.) (2012): All Power to the Councils! A Documentary History of the German revolution of 1918-1919, Oakland, PMPress.

Kühnl, Reinhard (1991): La república de Weimar, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.

La Primera Internacional (1977): Congresos de Ginebra, Lausana y Bruselas, Madrid, Fundamentos, 2 vol.

Landauer, Gustav (2016): La revolución y otros escritos, Madrid, Enclave.

Luxemburg, Rosa (1971): La comuna de Berlín, México, Grijalbo.

— (1978): Obras escogidas, Madrid, Ayuso, 2 vol.

—(1985): La acumulación del capital, Barcelona, Orbis, 2 vol.

Marx, Karl y Engels, Friedrich (2005): El manifiesto comunista, Madrid, Turner.

Michalka, Wolfgang y Niedhart, Gottfried (2002): Deutsche Geschichte 1918-1945, Fráncfort, Fischer Taschenbuch.

Mitchell, Allan (1965): Revolution in Bavaria 1918-1919, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Phelan, Anthony (ed.) (1990): El dilema de Weimar, Valencia, Alfons el Magnànim.

Piscator, Erwin (2001): El teatro político, Hondarribia, Hiru.

Ramos-Oliveira, Antonio (1995): Historia social y política de Alemania, México, Fondo de Cultura Económica, 2 vol.

Richard, Lionel (1979): Del expresionismo al nazismo, Barcelona, Gustavo Gili.

Reisner, Larissa (2017): Hamburgo en las barricadas y otros textos, Barcelona, Dirección Única.

Toller, Ernst (1987): Una juventud en Alemania, Madrid, Muchnik Editores.

Tormin, Walter (1987): “La revolución y el movimiento de los consejos de obreros y soldados”, Debats, nº 22, diciembre, pp. 23-28.

Vanoosthuyse, Michel (2005): Alfred Döblin, París, Belin.

Willer, John (1963): El teatro de Bertolt Brecht, Buenos Aires, Compañía Genral Fabril Editora.

Notas

1. Es evidente que, en los últimos años, estas propuestas historiográficas tiene un mayor peso en la investigación; desde los ensayos globales de Eric Hobsbawm e Immanuel Wallerstein hasta su traducción a la historia del arte, como ha hecho con las vanguardias artísticas Béatrice Joyeux-Prunel. Por supuesto, Oswald Spengler, ya en la época, entendió todos estos cambios y crisis como el hundimiento de la civilización en vez de lo que fue verdaderamente: la instauración definitiva de la civilización burguesa.

2. La base de este libro son los materiales que se encuentran en el tomo 2 de Badia y en las antologías *Alle Macht den Räten! Texte zur Rätebewegung in Deutschland 1918-1919*, Münster, Unrats, 2007 y *All Power to the Councils! A Documentary History of the German Revolution of 1918-1919*, Oakland, PMPress, 2012.

3. Lo sucedido en estas deriva, en buena medida, de lo ocurrido en Francia. En Leipzig se pedía una guardia cívica como la formada en Francia. En el Festival de Hambach (1832) se reclamaba el sufragio y acabar con la asignación de un número de votos posibles en función de la estructura de órdenes que dividían a la sociedad en nobleza, terratenientes, campesinos, habitantes de las ciudades, etc. Las de 1848 derivaron de una situación de crisis económica (contracción cíclica, cosechas pobres, agitaciones y protestas de los tejedores, etc.) y crisis política, con la quiebra del sistema medieval para dar paso a una asamblea (dietas) compuesta de representantes con intención de deliberar acerca de la forma del Estado.

4. Dado que los delegados de cada estado en esta cámara se elegían en función del territorio, también aquí Prusia dominaba e imponía, a través del veto, sus intereses.

5. Un ejemplo concreto es el caso del pre-Parlamento constituido en Fráncfort (Frankfurter Nationalversammlung), cuya sesión inaugural se produjo el 18 de mayo de 1848, compuesto por artesanos, abogados, profesores, periodistas, etc., en el que se deliberó sobre una nueva Constitución y donde se plantearon numerosas reformas legislativas. Sin embargo, este intento de unificación

democrática de Alemania fracasó cuando en marzo de 1849 se disolvió.

6. Se entiende por tal, según Marx, los procesos masivos y violentos de expropiación y privatización de los medios de producción realizados por los capitalistas industriales. Cf. El capital, Libro I, Capítulo XIV.

7. La unión tuvo lugar en la ciudad de Gotha. La Crítica al programa de Gotha, que Marx escribió no se hizo público hasta 1891. Inicialmente se denominó Partido Socialista Obrero de Alemania (Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands, SAPD), pero en 1891 cambió de nombre y pasó a ser Partido Socialdemócrata de Alemania, SPD.

8. No puede olvidarse la enorme influencia que tuvo, en el modelo de organización social, la Comuna de París de la que hablaron Engels y Marx, y sobre la que volvió Lenin más tarde.

9. Años después, dos grandes películas rechazaban estas posiciones y tendían a un argumento internacionalista o de clase. La de Abel Gance, J'accuse (1919) y la de Pabst, Camaradería (Kameradschaft, 1931).

10. El Hamburger Echo fue uno de los periódicos más radicalmente belicistas, cuyos artículos solían denigrar a quienes se oponían a la guerra tachándolos de traidores y francotiradores.

11. Después del análisis histórico de las posiciones socialdemócratas, añade unas "Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional" (cf. Apéndice 1).

12. Por ejemplo, el cambio de actitud de los marineros, aspecto clave para muchos historiadores del fracaso de la revolución, al quedar militarmente desarticulada una fuerza fundamental.

13. Lo que supone considerarlo como una cadena infinita de relaciones jurídicas, del mismo modo que el capital lo es de relaciones sociales.

14. Pues "la praxis del socialismo exige una transformación completa en el espíritu de las masas, degradado por siglos de dominación de la clase burguesa. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia" (Frölich, 1976: 353).

15. La izquierda radical llegó a sostener el grito "¡Salgamos de los sindicatos!",

que se debatió en órganos como Política obrera (Arbeiterpolitik) del ISD (Appel et al., 2004: 13).

16. La composición de ese congreso era: de 488 delegados, 289 se declararon miembros del SPD, 90 del USPD (entre ellos, 10 espartaquistas), 25 demócratas, 10 pertenecientes a grupos de la izquierda radical. Solo había 27 soldados (Tormin, 1987: 26). Por otra parte, existieron unos consejos revolucionarios, vinculados a la izquierda radical (Appel et al., 2004: 15, 22).

17. Y siguió, sin embargo, en Turín y otras ciudades europeas. Cf. Azzellini y Ness, Poder obrero. Sobre el holandés Anton Pannekoek puede leerse la antología preparada por Serge Bricianer, Anton Pannekoek y los consejos obreros, Barcelona, Anagrama, 1976.

18. En una carta, Landauer llega a escribir a Margarete Susman, el 23 de noviembre de 1918, que Hessen, Fráncfort, el valle del Rin y Westfalia se separarán de Prusia y formarán una república autónoma.

19. Mühsam, uno de los pocos supervivientes que dejan testimonio de su paso por la República de Consejos de Baviera, escribe un texto en 1920, aunque publicado en 1929, De Eisner a Leviné (Von Eisner bis Leviné) que establece una interpretación militante de los acontecimientos sucedidos en Múnich.

20. Hay varios incidentes más: el crucial, la descomposición del Ejército que se divide entre quienes apoyan el proceso revolucionario y los que se colocan del lado del Gobierno. Durante el mes de diciembre se forman grupos revolucionarios armados a partir de las tropas que regresaban del frente, al mismo tiempo que Ebert, el 10 de diciembre, saludaba en la Puerta de Brandenburgo a las unidades que volvían tras el final de la guerra, con el propósito de utilizarlas contra la revolución.

21. Formada el 9 de noviembre.

22. Según Leviné, dice Haffner, “los consejos aún no estaban preparados para gobernar. Primero debían organizar los más mínimos detalles, disciplinarse y armarse; solo entonces podrían tomar el poder, y además en solitario, sin coaliciones ni acuerdos. Todo o nada; nada de una democracia de consejos constitucional, sino una dictadura del proletariado. Cuando el 5 de abril se proclamó realmente la República de Consejos, Leviné y sus comunistas fueron los únicos que votaron en contra y se negaron a participar. Pero una semana más

tarde, el 13 de abril, sí se hicieron con la República de Consejos llevando a cabo un golpe de Estado dentro del golpe de Estado” (Haffner, 2005: 189).

23. También, naturalmente, de las fuerzas monárquicas y socialdemócratas de derechas, como los de Gustav Noske, Von Kiel bis Kapp. *Zur Geschichte der deutschen Revolution* (1920); Ludwig R. Maercker, el impulsor de los Freikorps, *Vom Kaiserheer zur Reichswehr, geschichte des freiwilligen Landsjägerkorps* (1922); Hermann Müller-Franken, *Die November Revolution* (1928); o Erich Ludendorff, *Auf dem Weg Feldherrnhalle. Lebenserinnerungen* (1937).

24. En 1946 se editó por primera vez en inglés, con el título *A Little Yes and a Big No*.

25. También sucede en la intelectualidad burguesa que emprenden lo que se ha dado en llamar “la revolución conservadora”. Véase Phelan.

26. Véase Werner Hecht (1998): *Brecht Chronik*, Fráncfort, Suhrkamp.

27. En su artículo, Liebknecht decía: “¡A pesar de todo! A pesar de todos los fracasos y derrotas previas, el ejército aparentemente adormecido de los proletarios se despertará como ante las trompetas del juicio final, y los cadáveres de todos los luchadores asesinados se pondrán de pie para pedir cuentas a los que solo se merecen sus maldiciones. Hoy no se oye más que el rumor subterráneo del volcán, pero mañana estallará en erupción para sepultar a los actuales vencedores entre las cenizas abrasadoras y sus ríos de lava” (Luxemburg, 1971: 84).